

LEILA YOON

Brody
Millonario y
protector

BRODY

Millonario *y protector*



Hermanos McRae. Herederos millonarios #03

LEILA YOON

Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares, eventos o hechos reales es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de la autora, **Leila Yoon**.

El diseño y la ilustración de esta obra también son propiedad exclusiva de **Leila Yoon**.

© 2026 Leila Yoon.

ÍNDICE

<u>1</u>
<u>2</u>
<u>3</u>
<u>4</u>
<u>5</u>
<u>6</u>
<u>7</u>
<u>8</u>
<u>9</u>
<u>10</u>
<u>11</u>
<u>12</u>
<u>13</u>
<u>14</u>
<u>15</u>
<u>16</u>
<u>17</u>
<u>18</u>
<u>19</u>
<u>20</u>
<u>21</u>
<u>22</u>
<u>23</u>
<u>24</u>
<u>25</u>

26

27

Epílogo

Extra

¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?

SINOPSIS

ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

MIS NOVELAS

1



Bella

No podía respirar.

Y no era una forma de hablar.

Era literal.

El aire me entraba a medias, como si alguien me estuviera apretando el pecho con las dos manos y hubiera decidido no soltarme nunca más. El corsé del vestido no ayudaba, claro. Pero no era solo eso.

Era todo.

El vestido.

El castillo.

La boda.

Mi vida.

El pelo moreno me caía en ondas suaves sobre los hombros desnudos, perfectamente peinado para una ceremonia que no quería.

El vestido blanco era precioso, demasiado.

Ceñido en el torso, con encaje delicado y una falda amplia que se abría como si estuviera hecha para una princesa, no para una mujer que quería salir corriendo.

Levanté la vista hacia el enorme cuadro que tenía delante, intentando fijarme en algo que no fuera el pánico que me subía por la garganta.

Era un óleo antiguo del castillo Dunbrae, donde me encontraba. Imponente, majestuoso, perfecto.

Demasiado perfecto.

Desde fuera parecía sacado de un cuento de hadas.

Piedra gris cubierta de enredaderas, torres altas recortadas contra el cielo y esos jardines interminables que olían a historia y a dinero.

Pero Dunbrae no era solo un castillo.

Era una destilería de whisky de lujo en pleno Manhattan. Una de las más exclusivas del país.

Un castillo escocés plantado en mitad de Nueva York.

Un imperio.

Y hoy también era mi prisión.

—Mamá... —mi voz salió más débil de lo que quería—. No puedo hacerlo.

Ni siquiera se giró al principio. Seguía ajustando el vestido delante del espejo, con esa precisión fría que siempre tenía cuando algo le importaba.

—No empieces ahora, Isabella.

Ahí estaba.

Mi nombre completo.

Mala señal.

Tragué saliva. Intenté dar un paso, pero la falda enorme se me enredó en las piernas como si también quisiera retenerme allí.

—Lo digo en serio —insistí, esta vez con algo más de firmeza—. No puedo casarme con él.

Mi madre se quedó quieta.

Muy quieta.

Durante un segundo pensé que, por fin, me había escuchado. Que quizá iba a girarse, mirarme y decirme que todo iba a salir bien. Que encontraríamos otra manera.

Qué ilusa.

Se volvió despacio y me clavó esa mirada suya tan pulida, tan perfecta y tan vacía de empatía.

—¿Sabes lo que estás diciendo, Bella?

—Sí, lo sé. Y precisamente por eso...

—No. No lo sabes.

Su voz sonó firme. Cortante.

Se acercó y me sujetó la barbilla con dos dedos para obligarme a mirarla.

—Esta boda no es solo tuya. Es de esta familia —continuó—. Es nuestro futuro. Nuestra estabilidad. Nuestra única oportunidad.

Sentí cómo se me hacía un nudo en la garganta.

—¿A qué precio, mamá?

—Al precio que haga falta.

El silencio cayó entre nosotras como un golpe seco.

Se me encogió todavía más el pecho.

—Él... —empecé, pero la voz me tembló—. Él no está bien.

Porque no lo estaba.

Nunca lo había estado.

Viktor Bellucci.

Solo pensar en su nombre ya se me erizaba la piel.

Alto, impecable, siempre controlado. Y con esos ojos oscuros que te miraban como si ya fueras suya incluso antes de que tú lo supieras.

Llevaba años obsesionado conmigo.

Años.

Desde aquella maldita gala en la que decidió que yo le pertenecía.

Y lo peor no era solo eso.

Lo peor era que todo el mundo sabía perfectamente quién era en realidad.

Sabían que hacía negocios turbios.

Sabían que su dinero no era limpio.

Sabían que había cosas de las que nadie se atrevía a hablar en voz alta.

Pero también sabían lo otro.

Las empresas legales.

El disfraz.

Viktor tenía suficiente poder como para lavar su dinero y su reputación al mismo tiempo.

Y nadie se atrevía a cuestionarlo.

—Nos compró, mamá —susurré.

—Viktor ha hecho más por esta familia que nadie —replicó ella con frialdad—. Nos sacó de la ruina cuando nadie más quiso hacerlo.

Claro que lo hizo.

A cambio de esto.

De mí.

—Nos salvó —siguió ella—. Y tú vas a demostrarle gratitud.

Me aparté de golpe.

—Eso no es gratitud. Eso es... —me faltó el aire otra vez—. Eso es venderme.

Mi madre suspiró como si estuviera oyendo a una niña caprichosa.

—No dramáticas. Vas a casarte con un hombre poderoso, influyente, que puede darte una vida que ni siquiera imaginas.

—No quiero esa vida.

—Eso no es relevante.

Ahí fue cuando algo se rompió dentro de mí.

De verdad.

—Claro que es relevante. Es mi vida.

—Y también es la de todos los que dependen de esta familia —respondió sin pestañear—. ¿O prefieres vernos perderlo todo otra vez?

Mierda.

Golpe bajo.

Como siempre.

Porque sabía perfectamente dónde hacer daño.

Cerré los ojos un segundo.

Solo uno.

Y en ese segundo lo vi todo.

Las deudas.

Las llamadas.

Las noches sin dormir.

El miedo constante.

Y luego Viktor.

Él se encargó de solucionarlo todo en un abrir y cerrar de ojos, con una única condición. Que yo me casara con él.

Mis padres aceptaron sin preguntarme siquiera, porque en mi familia el bien común siempre había estado por encima del bien individual.

—No puedo —repetí, esta vez casi en un susurro—. Mamá, por favor... no me obligues a hacerlo.

Su expresión cambió.

Se endureció.

No había compasión en sus ojos oscuros, tan parecidos a los míos.

—Puedes y lo harás.

Y justo cuando estaba a punto de romperme del todo, la puerta se abrió de golpe.

—¡Señora Rinaldi! —La voz de Sue, mi mejor amiga, irrumpió en la habitación como una bocanada de aire—. La están buscando abajo.

Mi madre giró la cabeza con fastidio.

Sue apareció vestida de dama de honor, con un vestido elegante en un tono suave que contrastaba con su pelo rubio ondulado cayéndole sobre los hombros.

—Ahora no, Sue. Estamos...

—El señor Bellucci quiere verla antes de la ceremonia.

Mi madre soltó un suspiro, claramente molesta.

—Está bien. Voy enseguida.

Se giró hacia mí por última vez.

—No hagas ninguna tontería, Isabella.

La puerta se cerró.

Durante unos segundos no se escuchó nada salvo mi propia respiración, demasiado rápida, demasiado alta. Notaba el corazón golpeándome contra el pecho como si quisiera escapar antes que yo.

Entonces Sue se volvió hacia mí.

—Tienes diez minutos.

Parpadeé, completamente descolocada.

—¿Qué?

Se acercó deprisa y bajó la voz.

—Diez minutos antes de que tu madre descubra que lo de Viktor es mentira. No la está buscando. Me lo he inventado.

Me quedé mirándola sin reaccionar.

—Sue...

—No hay tiempo, Bella —me cortó, agarrándome de los brazos—. O te vas ahora o no te vas nunca.

Sentí cómo el pánico me apretaba otra vez el pecho.

—No puedo —negué, dando un paso atrás—. No puedo hacer eso.

—Claro que puedes.

—Mi familia...

Las palabras me pesaban. Sonaban débiles hasta para mí.

Sue soltó el aire con frustración.

—Tu familia no tiene que vivir lo que vas a vivir tú.

—No es tan simple.

—Sí lo es —insistió, clavando sus ojos en los míos—. Lo único que tienes que decidir es si quieres destrozarte la vida por ellos o no. Esta noche, cuando estéis solos... cuando él crea que ya no tienes escapatoria... ¿de verdad vas a dejar que te toque?

Cerré los ojos un instante, intentando no imaginármelo, pero era imposible.

Sue me sujetó la cara con firmeza.

—Bella, no puedes hipotecar toda tu vida por tu familia.

Sus palabras se quedaron flotando entre nosotras.

Seguía respirando mal. El vestido me apretaba. El aire no me llegaba suficiente a los pulmones.

Todo dentro de mí gritaba que echara a correr.

—Tienes diez minutos —repitió, esta vez más suave—. Decide si quieres huir... o quedarte aquí para convertirte en la esposa de Viktor Bellucci.

Se apartó despacio y caminó hacia la puerta.

Antes de salir, se giró una última vez.

—Pero si te quedas, que sea porque lo eliges tú. No porque te han obligado.

La puerta se cerró otra vez.

Y esta vez el silencio fue distinto.

Más pesado.

Más real.

Me quedé allí, inmóvil, sintiendo cómo el miedo y algo mucho más peligroso empezaban a mezclarse dentro de mí.

¿Quedarme y aceptar el destino que mi familia había decidido por mí?

¿O escapar y construir uno que fuera solo mío?

Tardé cinco segundos en tomar una decisión.

La decisión que iba a cambiarme la vida para siempre.

2



Brody

Salí de la sala de reuniones cerrando la puerta con un gesto seco.

Un sábado.

Había perdido un sábado por una reunión que perfectamente podría haberse resuelto el lunes con dos correos y un archivo adjunto.

Genial.

Como director financiero de Dunbrae, mi trabajo consistía en asegurarme de que todo funcionara. Inversiones, cuentas, riesgos, beneficios. Nada se escapaba. Nada podía fallar.

Éramos cuatro herederos en el castillo.

Mi hermano mayor, Ewan, tomaba las decisiones finales como director general.

Connor, el mediano después de mí, mantenía en marcha toda la operativa diaria.

El pequeño, Liam, se encargaba de la imagen, las relaciones públicas y la expansión. Además de protagonizar escándalos por sus líos de faldas.

Y yo me aseguraba de que todo no se fuera a la mierda.

Eso a veces implicaba echar más horas de la cuenta. Pero no perder un sábado por algo que podía esperar perfectamente.

Giré la esquina y me paré en seco.

Había movimiento.

Demasiado movimiento.

Varios empleados del castillo iban de un lado a otro con cara de tensión, hablando en voz baja, mirando puertas, revisando pasillos como si estuvieran buscando algo.

O a alguien.

Fruncí el ceño.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Uno de los empleados se giró hacia mí con rapidez. Reconocí a James, del equipo de eventos.

—Señor McRae... —dijo, claramente nervioso—. Ha habido un... problema.

—Define problema.

James dudó un segundo antes de responder.

—La novia ha desaparecido.

Fruncí un poco más el ceño.

—¿Qué novia?

James parpadeó, como si aquella pregunta lo hubiera descolocado más todavía.

—La que se iba a casar esta mañana, señor. La novia del evento principal.

Asentí despacio. Había olvidado por completo que habían alquilado el castillo para celebrar una boda, de ahí el movimiento constante en los jardines y el despliegue de personal desde primera hora.

—Son más de las cinco —señalé, echando un vistazo rápido al reloj—. Si de verdad siguiera en el castillo, alguien ya la habría encontrado.

James se removi6, inc6modo.

—Su prometido est6 convencido de que s6, se6or.

—¿Y en qu6 se basa exactamente?

Dud6 un momento.

—Tiene seguridad en todas las salidas. En la entrada principal, en las puertas de servicio, incluso en los accesos a los jardines. Nadie ha podido entrar ni salir sin que ellos lo sepan.

Lo mir6, sorprendido.

Era excesivo.

—¿No es un poco demasiado para una boda?

James vacil6 antes de responder.

—El cliente insisti6 mucho en eso, se6or. Fue una condici6n desde el principio. Seguridad privada, control de accesos...

Frunc6 el ce6o, descolocado.

¿A qu6n demonios le hab6amos alquilado el castillo?

¿A un pr6ncipe europeo?

¿A una estrella de Hollywood?

No tenía ni idea.

Había vivido completamente desconectado de aquel evento. Cada vez que Liam hablaba de esa boda, en mi cabeza todo sonaba como un largo bla, bla, bla.

Volví a centrarme en James.

—¿Y quién es el novio?

—Viktor Bellucci.

El nombre sí lo conocía.

—¿Del Grupo Bellucci?

James asintió.

—Ese mismo.

Claro.

Ahora sí que todo empezaba a encajar.

El Grupo Bellucci no era un conglomerado cualquiera. Era uno de esos nombres que salían en informes financieros impecables y, al mismo tiempo, en conversaciones que nadie quería tener en voz alta.

Inversiones, inmobiliarias, importaciones... todo perfectamente legal sobre el papel.

Pero en Little Italy todo el mundo sabía que el origen de su fortuna era otro. Mucho menos limpio.

Habían levantado un imperio mezclando dinero real con dinero que necesitaba desaparecer.

Y Viktor Bellucci estaba al frente de todo.

¿Liam le había alquilado el castillo a un mafioso?

Negué con la cabeza, me despedí de James y fui hacia mi despacho con la incómoda sensación de que la desaparición de aquella novia podía acabar convirtiéndose en un problema serio.

Especialmente si implicaba a uno de los hombres más peligrosos de la ciudad.

Abrí la puerta, entré y me senté en el escritorio. Quería dejar por escrito algunos puntos de la reunión para no olvidarlos el lunes.

Nada más acercar la silla a la mesa, algo golpeó contra mis piernas.

—¡Joder!

Me levanté de golpe, apartándome con brusquedad, mientras la silla se deslizaba hacia atrás.

Durante un segundo pensé que se había colado algún animal.

Quizá uno de los gatos del refugio del castillo.

Después mi cabeza me llevó a opciones bastante menos agradables. Una rata mutante de Nueva York. O un mapache lo bastante listo como para colarse en el edificio.

Fruncí el ceño y me agaché.

No era ninguna de esas cosas.

Era una chica.

Encogida debajo de mi escritorio.

Vestida de novia.

Me quedé mirándola unos segundos, procesando la escena sin moverme.

Apenas podía verla bien. Estaba metida en un hueco demasiado pequeño para ese vestido, con la tela comprimida contra la madera y el cuerpo recogido sobre sí mismo, como si intentara ocupar el menor espacio posible.

Pero entonces levantó la cabeza.

Y nuestros ojos chocaron.

Miedo.

Puro.

Del que no se finge.

Y justo en ese momento llamaron a la puerta.

Tres golpes secos.

—¿Señor McRae? —preguntó una voz desde fuera—. ¿Puedo pasar?

La chica se tensó todavía más.

No apartó los ojos de los míos, pero una de sus manos se movió despacio.

Un gesto mínimo.

Negando.

Por favor, no me delates.

Solté el aire por la nariz.

Mierda.

—Sí —respondí, sin alterar el tono.

La puerta se abrió.

Uno de los hombres de seguridad asomó la cabeza.

—Estamos revisando todas las estancias, señor. Buscamos a la novia.

Asentí con normalidad, apoyándome en el respaldo de la silla como si no pasara absolutamente nada.

—Ya han pasado por aquí.

El hombre dudó un segundo.

—¿Está seguro?

Lo miré sin cambiar de expresión.

—Bastante.

Silencio.

Luego asintió.

—De acuerdo. Seguimos con el resto.

—Hacedlo.

Cerró la puerta y el despacho volvió a quedarse en silencio.

Me agaché otra vez, apoyando una mano en el borde del escritorio para enfrentarme de nuevo a esos ojos.

Seguían igual.

Asustados.

—Te están buscando —dije—. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asintió.

—Yo... no quiero que me encuentren.

La voz le salió baja, casi rota.

Solté el aire despacio.

—Si todo esto es porque no quieres casarte... sabes que no tienes por qué hacerlo, ¿verdad?

Negó suavemente.

—Eso lo dices porque no conoces a mis padres. Ni a Viktor. — Tragó saliva—. No estoy segura de lo que sería capaz de hacer.

La observé en silencio un instante.

—¿Y cuál es tu plan? No quiero ser un cabrón aguafiestas, pero Bellucci tiene el castillo rodeado con seguridad privada. No te va a resultar fácil escapar.

Dudó.

—¿Y si me quedo aquí?

Alcé una ceja.

—¿En mi despacho?

Asintió, casi esperanzada.

Yo negué despacio.

—Eso es inviable. Aquí entra gente todo el tiempo. Personal, proveedores, mi equipo... alguien acabaría encontrándote.

Se le tensó la expresión.

—Entonces... ¿alguna otra parte del castillo?

Solté el aire por la nariz y me llevé una mano a la sien.

—A ver... entiendo la situación de mierda en la que estás, pero ¿de verdad esperas que me meta en esto sabiendo que podría hacer enfadar a Bellucci? No es el tipo de hombre al que uno quiere tener de enemigo.

—No te estoy pidiendo que te metas en nada —dijo con firmeza—. Solo que no me entregues. Déjame quedarme aquí el tiempo suficiente para pensar. Eres un McRae, ¿no?

Alcé una ceja.

—¿Y qué tiene que ver eso?

Los labios le temblaron un segundo antes de recomponerse.

—Todo el mundo habla de los McRae como hombres de palabra. De los que hacen lo correcto aunque no sea lo más fácil. Pensaba que alguien con ese apellido... —se interrumpió, tragando saliva— ...no me obligaría a volver con alguien como Viktor solo por miedo a las represalias.

Joder.

Tenía que reconocer que jugaba muy bien sus cartas.

Me había hecho dudar.

—Bonito discurso. Aunque hay algo que no me cuadra. Si tenías tan claro que no querías casarte con él... ¿por qué aceptaste en primer lugar?

Vi cómo la expresión le cambiaba, como si acabara de tocar una herida que seguía abierta. Sus ojos castaños, enormes y demasiado vulnerables para mi gusto, brillaron un instante antes de endurecerse con determinación.

—Porque no siempre puedes elegir —respondió en voz baja, casi desafiante—. Porque cuando tienes a toda tu familia al borde de la ruina... —hizo una pausa mínima, solo la necesaria para recomponerse— y aparece alguien como Viktor ofreciendo una solución, no es tan fácil decir que no.

Mierda.

La observé fijamente, sin decir nada, notando cómo algo me rozaba incómodo dentro del pecho. La forma en que me sostenía la mirada, a pesar de estar escondida bajo un escritorio como un animal acorralado, dejó clara una cosa.

Aquella chica era mucho más que una novia asustada.

Era fuerte.

Fuerte y desesperada.

Y esa era una combinación de mierda.

Solté el aire despacio.

No necesitaba aquello en mi vida.

Joder, no necesitaba más complicaciones.

Pero entonces volvió a mirarme con esos ojos enormes, implorantes, llenos de miedo y de determinación a partes iguales.

Y supe, sin ninguna duda, que estaba a punto de cometer una estupidez.

Una estupidez del tamaño de un castillo escocés en pleno Manhattan.

—Mierda —murmuré al final, rindiéndome a lo inevitable—. Espero que seas consciente del lío en el que me estás metiendo.

La expresión de alivio y esperanza que le cruzó la cara me confirmó lo que ya sabía.

Acababa de meterme en el mayor problema de mi vida.

3



Bella

Y ahí estaba yo.

Otra vez sola. Otra vez escondida.

Agazapada bajo el escritorio de un desconocido cuyo nombre ni siquiera había tenido la decencia de preguntar.

—Espera aquí —me había dicho él con tono seco, claramente arrepentido de haber entrado en su despacho aquella tarde de sábado—. Intentaré ayudarte.

No había sonado muy convencido.

Más bien había sonado como un hombre preguntándose en qué momento su vida se había torcido tanto como para acabar con una desconocida escondida bajo su escritorio.

Y esa desconocida era yo.

Cerré los ojos un segundo y apoyé la cabeza contra la madera pulida.

¿Cómo demonios había acabado así?

Recordaba perfectamente la cara de los guardaespaldas de Viktor cuando les pedí permiso para ir al baño justo antes de la ceremonia. No parecían muy convencidos.

Aun así, me dejaron pasar.

Supongo que ni ellos querían arriesgarse a que la novia se meara encima en mitad de la boda.

Qué detalle.

Lo que no sabían era que aquel baño elegante, lleno de espejos dorados y jabones con olor a lavanda, tenía una segunda puerta, que daba a otro pasillo.

Yo sí lo sabía.

Meses atrás, durante una visita al castillo Dunbrae organizada por Viktor, me perdí al salir por la puerta equivocada. Aquel día me cayó una bronca monumental. Viktor me miró como siempre hacía cuando yo cometía algún error. Con fastidio. Con condescendencia. Como si fuera idiota.

Tragué saliva.

—¿Quién es la tonta ahora, Viktor? —susurré.

No es que decirlo me hiciera sentir mejor, pero algo era algo.

Me re Coloqué como pude bajo el escritorio.

Llevaba horas allí metida.

Encogida.

Esperando.

Mi espalda me estaba matando. Las rodillas me odiaban. Y tenía los pies descalzos tan fríos que empezaba a pensar que ya no formaban parte de mi cuerpo. Había dejado los zapatos en el baño para poder moverme mejor.

Pero lo peor no era eso.

Era la incertidumbre.

«Espera aquí».

Eso había dicho el desconocido de ojos azules y voz profunda que me encontró escondida bajo su escritorio.

Como si yo tuviera muchas opciones.

Porque no. No las tenía. O me quedaba allí o salía y me entregaba a Viktor con un lacito.

Y antes muerta.

Aun así, no dejaba de preguntarme qué iba a pasar cuando ese hombre volviera.

Sí, me estaba ayudando.

Pero lo hacía con tan pocas ganas que hasta tenía mérito.

Tampoco podía culparlo. Cualquiera con dos dedos de frente evitaría meterse en problemas con Viktor Bellucci.

Y menos por una desconocida despeinada, arrugada y escondida bajo una mesa.

—Lo siento, desconocido cabreado —murmuré, rozando la madera con los dedos—. Pero no tenía muchas alternativas.

La puerta se abrió de golpe.

Todo mi cuerpo se tensó.

El corazón se me disparó.

Contuve la respiración y me quedé inmóvil, rezando para que no fueran los hombres de Viktor.

Entonces vi unos zapatos caros acercándose despacio hasta el escritorio.

Un segundo después, los ojos azules del desconocido aparecieron frente a mí.

Tenía cara de pocos amigos.

Y aun así, sentí un alivio ridículo al verlo.

—Sal de ahí, por favor —dijo. Esta vez sonó algo menos seco—. Tengo algo para ti.

Me arrastré fuera como pude, torpe y rígida. Notaba cada músculo protestando.

Cuando conseguí ponerme en pie, miré mi falda y me entraron ganas de llorar.

Parecía un merengue aplastado por una estampida.

Él me tendió una bolsa de tela oscura y señaló hacia ella con la barbilla.

—Tienes que ponerte esto.

Abrí la bolsa y fruncí el ceño.

Dentro había un uniforme oscuro. Sencillo. Con delantal incluido. Ybinas zapatillas.

Parpadeé.

—¿Un uniforme de limpieza?

Él asintió y se cruzó de brazos.

—Se lo he pedido a la novia de mi hermano.

Lo miré, confundida.

—¿La novia de tu hermano limpia en el castillo?

—Limpiaba. Ahora tiene otro puesto, pero... es una historia larga. Cámbiate ya, por favor. Tenemos que sacarte de aquí cuanto

antes.

Nos miramos unos segundos en silencio.

Había tensión en sus hombros. Impaciencia en sus ojos.

Pero también otra cosa.

Algo que me hizo pensar que quizá podía confiar en él.

Aunque fuera un poco.

Aunque fuera a regañadientes.

—Vale —murmuré al final, abrazando la bolsa contra el pecho—. Gracias... desconocido cabreado.

Esta vez puso los ojos en blanco.

—Brody —corrigió con un suspiro—. Me llamo Brody.

—Yo soy Isabella —dije enseguida—. Pero todo el mundo me llama Bella.

Brody me sostuvo la mirada unos segundos, con una expresión difícil de descifrar.

—Bien, Bella. ¿Piensas cambiarte ya?

Alcé una ceja.

—¿Y tú piensas quedarte ahí mirando mientras lo hago?

Brody parpadeó.

Y por un instante juraría que estuvo a punto de sonreír.

Pero solo duró un segundo.

—Claro que no.

Se giró hacia la pared y se cruzó de brazos.

—Adelante. No miro.

Abrí la bolsa, saqué el uniforme e intenté abrirme el vestido yo sola.

Lo intenté una vez.

Y otra.

Y otra más.

Nada.

Apreté los dientes y eché un vistazo por encima del hombro, como si eso fuera a ayudarme a ver mejor la maldita hilera de botones diminutos que recorría toda mi espalda.

—Joder...

—¿Va todo bien? —preguntó él, sin girarse.

—No puedo hacerlo sola —admití al final—. Tiene una hilera de botones minúsculos por toda la espalda. Necesito ayuda.

Se hizo un breve silencio.

Uno de esos que te hacen pensar que la otra persona está valorando seriamente salir corriendo y dejarte allí tirada.

Al final, Brody suspiró.

Luego se giró despacio hacia mí.

Sus ojos buscaron los míos con cierta incomodidad.

—Claro. Supongo que puedo hacerlo yo.

Tragué saliva y me di la vuelta para darle acceso.

Me aparté el pelo hacia un lado y dejé al descubierto los malditos botones que Viktor había elegido con tanto esmero.

Un segundo después sentí a Brody justo detrás de mí.

No me estaba tocando aún, pero notaba su presencia. La tensión de su cuerpo. Su incomodidad.

Cuando sus dedos rozaron el primer botón, contuve la respiración.

Tenía las manos frías.

Y estaba torpe.

Torpe de una forma extrañamente tierna.

Intentaba abrir cada botón con cuidado, como si tuviera miedo de tocarme más de la cuenta.

—¿Quién demonios diseñó esto? —murmuró con fastidio—. Parece hecho para que no puedas quitártelo nunca.

Solté una risa baja. Sin humor.

—Está hecho así a propósito. Ya sabes. Para que el novio lo quite la noche de bodas como si estuviera desenvolviendo un regalo.

Hice una pausa.

—Lo eligió Viktor.

Los dedos de Brody se detuvieron un segundo.

Solo uno.

Pero lo noté.

—Qué detalle —dijo al final, con un sarcasmo seco—. Parece un tipo encantador.

—No tienes ni idea —susurré.

No respondió.

Siguió concentrado en los botones.

Y yo intenté respirar con normalidad mientras sentía el roce involuntario de sus dedos en mi espalda. Ligero. Casi inocente.

Pero suficiente.

Cuando terminó, dio un paso atrás enseguida.

Como si necesitara volver a poner distancia entre los dos.

—Ya está —dijo.

Su voz sonó más grave.

—Ahora cámbiate. Rápido, por favor.

Se giró otra vez para darme privacidad.

Yo solté el aire despacio.

Definitivamente, no era así como había imaginado que alguien me quitaría ese vestido.

Aunque, siendo sincera, prefería mil veces la torpeza incómoda de Brody a la precisión fría y posesiva de Viktor.

Me cambié lo más rápido que pude.

El uniforme oscuro era sencillo. Feo.

Pero era mejor que acabar otra vez en manos de Viktor.

Me quité por fin el vestido y lo dejé caer al suelo.

Allí quedó.

Arrugado.

Abandonado.

Como un mal recuerdo.

—Ya estoy —anuncié al final.

Brody se giró despacio hacia mí.

Y entonces sí.

Entonces lo vi de verdad.

Con todo el caos, el miedo y los nervios, ni siquiera me había fijado bien antes. Pero en cuanto mis ojos se posaron en él, sentí que se me cortaba el aire.

Era obscenamente guapo.

Alto. De hombros anchos. Con un traje oscuro hecho a medida que le quedaba indecentemente bien. La chaqueta se ajustaba a su cuerpo como si hubiera sido diseñada para recordarles a las mujeres que Dios, a veces, se toma demasiadas molestias.

Llevaba una camisa blanca impecable bajo el traje. El pecho firme. Los brazos fuertes.

Y luego estaba la mandíbula.

Madre mía.

Marcada. Angulosa. Masculina hasta decir basta.

De esas que te hacen pensar tonterías que no deberías estar pensando cuando huyes de tu propia boda.

Tenía el pelo oscuro, ligeramente despeinado, como si se lo hubiera pasado por la mano demasiadas veces. Y sus ojos...

Sus ojos eran un problema.

Azules. Intensos. Fríos. De esos que podían atravesarte con una sola mirada o hacerte arder si se detenían en ti un segundo más de la cuenta.

Tragué saliva.

Intenté poner cara de persona normal.

Fracaso absoluto.

No podía permitirme quedarme embobada mirando a un desconocido. No allí. No en ese momento. No mientras me escondía del hombre con el que tenía que casarme.

Y, sin embargo, ahí estaba. Mirándolo como una idiota.

—Espera un segundo —dijo él.

Su voz me sacó de golpe de mi tontería.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó algo.

Parpadeé.

¿Un pañuelo de tela?

¿Quién demonios llevaba un pañuelo de tela encima en pleno siglo veintiuno?

—Date la vuelta —dijo en voz baja, acercándose un poco más—.
Será solo un momento.

Me giré despacio.

Y, por supuesto, en cuanto dijo *date la vuelta*, a mi cerebro le pareció una idea magnífica tener un pensamiento indecente.

Perfecto.

De verdad. Perfecto.

Porque no estaba escondida en un castillo, con un uniforme de limpieza puesto y huyendo del mafioso con el que casi me casaba.

No.

Mi prioridad, al parecer, era imaginar cosas impropias con un desconocido absurdamente atractivo.

Fantástico, Bella.

Intenté centrarme.

En respirar.

En no morir.

En no acabar otra vez en manos de Viktor.

Cosas importantes.

Pero entonces sentí los dedos de Brody en mi nuca.

Cálidos.

Suaves.

Me recogió el pelo en una coleta, usando el pañuelo, y se me erizó la piel.

No era nada.

Solo estaba ayudándome.

Solo eso.

Entonces, ¿por qué demonios mi cuerpo estaba reaccionando como si aquel simple gesto significara mucho más?

—Así mejor —dijo al cabo de un momento, carraspeando un poco—. Más creíble. Ninguna empleada de limpieza llevaría el pelo suelto.

Me giré para mirarle, obligándome a abandonar esa línea de pensamiento.

Brody caminó hacia la puerta con paso seguro. Miró primero al pasillo y luego volvió la cabeza hacia mí.

—Sígueme de cerca —ordenó en voz baja—. Y, por favor, intenta no llamar la atención.

Asentí enseguida.

El corazón me golpeaba tan fuerte que apenas podía pensar con claridad, pero aun así lo seguí en silencio.

Justo antes de salir, no pude evitar hablar.

—¿A dónde me llevas exactamente?

Brody volvió un poco la cabeza hacia mí.

Sus ojos seguían igual de serios.

Igual de intensos.

Y esta vez lograron que se me pasara de golpe cualquier fantasía absurda.

—Al único lugar de este castillo donde nadie pensaría jamás en buscarte.

4



Brody

Nada más poner un pie fuera del despacho, sentí cómo se me aceleraba el pulso.

Bella iba justo detrás de mí. En silencio. Pero no hacía falta mirarla para saber que estaba aterrada. Sus pasos, inseguros, resonaban suaves sobre el suelo de piedra.

Hasta hacía media hora, aquel castillo era solo un negocio.

Ahora era el centro del mayor lío en el que me había metido en mi vida.

Avanzamos por los pasillos estrechos que conectaban la torre principal con el ala norte. Mi plan era sencillo. Al menos sobre el papel. Llevarla hasta la zona privada del castillo, donde nadie entraba sin permiso expreso de un McRae.

Es decir, de mis hermanos o mío.

Mis hermanos.

Solo de imaginar sus caras si descubrían que había escondido a la novia de Viktor Bellucci en nuestras estancias privadas, me entró un escalofrío.

Si Ewan se enteraba, me mataba.

Connor optaría por enterrarme vivo.

Y Liam... bueno. Liam seguramente estaría demasiado ocupado riéndose de mí como para echarme una mano.

Fantástico.

Atravesamos un pasillo lateral, esquivando empleados que iban de un lado a otro con cara de pánico.

A esas alturas, medio castillo debía de estar ya enterado de que la novia había desaparecido.

—Por aquí —murmuré.

Le indiqué a Bella que girara por un corredor estrecho que casi nadie conocía. Estaba reservado al personal interno y comunicaba varias zonas del castillo sin pasar por los salones principales.

Bella me siguió de cerca.

Podía oír su respiración a mi espalda. Rápida. Nerviosa.

Salimos a otro pasillo principal.

Y entonces oí voces.

Una, en concreto.

Fuerte. Autoritaria. Con un acento italiano muy marcado.

Y cabreada de cojones.

Me detuve en seco y alcé una mano para que Bella hiciera lo mismo.

—Quiero ver al encargado —dijo aquella voz, cargada de furia—. Ahora mismo.

Se me tensó todo el cuerpo.

—Señor, yo soy uno de los responsables del evento —intentó explicar uno de los empleados, con voz nerviosa—. Estoy seguro de que puedo ayudarle con lo que...

—He dicho que quiero hablar con un McRae —lo cortó la voz, más dura todavía—. No con un don nadie. Soy Viktor Bellucci y merezco bastante más respeto del que me están mostrando.

Joder.

Miré a Bella.

Estaba justo detrás de mí, pegada a la pared, con la cara pálida y los ojos muy abiertos.

Acojonada.

Tenía que sacarla de allí.

Y tenía que hacerlo ya.

—Quédate aquí —le susurré, señalando un hueco entre dos columnas—. No te muevas. No hagas ruido.

Asintió enseguida y se escondió en el rincón sombrío sin rechistar.

Yo inspiré hondo, me recompuse y salí al pasillo principal.

Aquel hombre de aspecto amenazante debía ser Viktor Bellucci. Sin duda. Estaba allí plantado, impecable en su traje de novio hecho a medida, como si no se estuviera viniendo abajo la boda delante de sus narices.

Tenía la mandíbula apretada. Los puños cerrados. La espalda rígida.

Controlado por fuera.

Peligroso por dentro.

Solo con mirarlo ya se intuía el tipo de hombre que era.

Y no me gustó una mierda.

—Soy Brody McRae —dije, acercándome con paso firme—. He oído que quería hablar con uno de nosotros. ¿En qué puedo ayudarle, señor Bellucci?

Los ojos oscuros de Viktor se clavaron en mí al instante.

Me evaluó en silencio durante un segundo.

Luego relajó un poco la expresión.

Solo un poco.

—Por fin alguien que entiende cómo funcionan las cosas —dijo con frialdad—. Quiero saber qué clase de incompetentes trabajan en este castillo. ¿Cómo es posible que mi prometida haya desaparecido sin dejar rastro? La seguridad aquí es un puto desastre. No hay cámaras. No hay vigilancia. ¿Qué clase de lugar gestionáis?

Respiré hondo.

No perdí la calma.

Por poco.

—Señor Bellucci, Dunbrae no es una cárcel. Es un castillo —respondí con firmeza—. Un lugar exclusivo al que viene mucha gente conocida. Y le aseguro que la mayoría agradece nuestra política de privacidad. Tenemos cámaras en puntos concretos. Los necesarios. Como comprenderá, no solemos instalar vigilancia especial para evitar novias a la fuga.

Viktor me sostuvo la mirada.

No le gustó nada mi comentario.

Pero se contuvo.

Se ajustó la americana con un gesto rígido, automático.

—Espero que entienda la gravedad de la situación, señor McRae —dijo al fin, bajando un poco la voz—. Si Isabella no aparece pronto, consideraré esto una ofensa personal por parte de Dunbrae. Y créame, no es algo que quiera tener en su contra.

Lo miré sin parpadear.

—Comprendo perfectamente su frustración, señor Bellucci. Pero mi apellido no es una varita mágica capaz de resolver todos sus problemas personales. Aun así, le garantizo que haremos todo lo posible por colaborar en la búsqueda de su prometida.

Apretó los labios.

Y asintió muy despacio, como si estuviera valorando cuánto le convenía partirme la cara allí mismo.

—Más le vale —dijo al final, con voz fría—. Por su propio bien, señor McRae.

Se giró y se alejó con pasos firmes, llevándose con él esa jodida aura de amenaza que parecía llenar el pasillo.

Esperé unos segundos.

Solo cuando desapareció al doblar la esquina, solté el aire despacio.

Relajé un poco los hombros.

Noté el pulso bajando.

Mierda.

Si Viktor Bellucci descubría que yo había escondido a su prometida en el ala privada del castillo, iba a estar jodido a un nivel histórico.

Pero ya era tarde para echarse atrás.

Volví sobre mis pasos y fui a buscar a Bella.

Llegamos por fin a la puerta que separaba el ala privada del resto del castillo. Saqué la tarjeta magnética y la pasé por el lector.

La cerradura emitió un pitido suave.

La puerta se abrió.

—Entra —le dije, indicándole que pasara primero.

Bella obedeció en silencio.

Entró sin hacer preguntas.

Yo la seguí y cerré con firmeza a nuestra espalda.

Solté el aire despacio.

Joder.

¿En qué lío me había metido?

—¿Dónde estamos? —preguntó Bella, mirando alrededor con inseguridad—. ¿Qué es este sitio exactamente?

Me giré hacia ella.

—Este es el ala norte del castillo. La parte privada. La que no se visita. Aquí vivimos mis hermanos y yo.

Sus ojos se abrieron un poco más.

—¿Vas a esconderme en tu casa?

Negué enseguida.

—No exactamente. Mi apartamento está ahí delante, pero no sería lo más seguro para ti ahora mismo —expliqué—. Mis hermanos entran y salen todo el tiempo. Y mi asistente de limpieza.

Bella asintió despacio.

—¿Entonces?

—Tenemos dos apartamentos de invitados al fondo del pasillo. Casi nunca se usan —dije, señalando hacia allí—. Te quedarás en uno. Allí estarás segura. Al menos por ahora.

Bella soltó el aire, como si acabaran de quitarle una parte del peso que llevaba encima.

—Gracias —susurró al fin, mordiéndose ligeramente el labio—. Sé que esto es un marrón enorme para ti y...

Levanté una mano y la corté antes de que siguiera.

—No me lo agradezcas todavía —dije, echando a andar hacia los apartamentos de invitados—. Espera a que consigamos salir enteros de esta.

La oí soltar una risa suave y nerviosa detrás de mí antes de seguirme.

Abrí la puerta del apartamento y encendí las luces.

El lugar era amplio y cómodo. Con todo lo necesario para vivir allí.

Bella entró detrás de mí y miró alrededor con cierta cautela.

—Bien. Aquí estarás segura —dije—. Nadie viene nunca sin avisar. Puedes relajarte.

Ella me miró despacio con esos ojos enormes y oscuros.

Luego soltó un suspiro largo.

—Gracias —susurró—. De verdad. No sé qué habría hecho sin tu ayuda.

Asentí una sola vez.

No supe muy bien qué hacer con tanta sinceridad.

—De nada. Descansa, Bella. Volveré en unas horas y hablaremos de qué hacer a partir de ahora.

Ya estaba a punto de irme cuando volvió a hablar.

—Espera...

Me giré.

—¿Podrías conseguirme algo de comer? —preguntó con un hilo de voz—. No he probado bocado desde anteayer y, sinceramente, estoy a punto de desmayarme.

Fruncí el ceño.

—¿No comiste nada ayer?

Negó con expresión derrotada y puso los ojos en blanco.

—Nada. Llevo semanas a dieta estricta y ayer mi madre directamente me prohibió comer. Temía que no entrara en el vestido. Casi no podía respirar con él, así que imagina si encima hubiera comido algo.

La miré unos segundos en silencio.

No sabía si me daba más rabia su madre o el hecho de que Bella hablara de aquello como si fuera medio normal.

Antes de que pudiera decir nada, levantó un poco la barbilla.

—Si pudiera ser algo ecológico... —dijo, arrugando la nariz—. Ya sabes. Orgánico.

Alcé una ceja.

—¿En serio? ¿Estás huyendo de tu boda, escondida en mi castillo, y te preocupa que la comida sea ecológica?

Se abrazó a sí misma y se sonrojó un poco.

—Tengo un organismo delicado —dijo, a la defensiva—. En serio. Me sienta mal comer cualquier cosa.

—Ya veo... —murmuré.

Estaba a punto de salir cuando volvió a detenerme.

—Ah, y... ¿podrías traerme también algo más para ponerme? Este uniforme pica como mil demonios y huele a ambientador barato.

Solté aire por la nariz.

—Claro. Veré qué encuentro.

Me giré otra vez hacia la puerta.

—Y si puede ser de tela orgánica también, sería genial.

Me volví despacio hacia ella.

La miré en silencio, cruzándome de brazos.

Bella se mordió el labio inferior y se encogió un poco bajo mi mirada.

—Por favor —añadió al final, con voz suave—. Sé que sueno súper tiquismiquis, pero de verdad, mi piel reacciona fatal a los tejidos sintéticos.

Negué despacio, aunque una media sonrisa se me escapó igual.

—Ecológico y orgánico —repetí, con todo el sarcasmo que pude—. ¿Algo más, princesa?

Me sostuvo la mirada.

Y entonces, para mi sorpresa, alzó una ceja con un punto de picardía.

—De momento con eso vale. Gracias.

Tuve que morderme la risa.

Negué con la cabeza y me encaminé por fin hacia la puerta, mientras la oía soltar un suspiro de alivio a mi espalda.

En serio.

Aquella chica era un desastre.

Un desastre con mayúsculas.

Y, aun así, no podía dejar de pensar que era el desastre más encantador en el que me había metido jamás.

5



Bella

Me dejé caer en el sofá y me hundí entre los cojines como si pudiera desaparecer dentro de ellos.

Cerré los ojos.

Respiré despacio.

No quería pensar demasiado. Porque si lo hacía, iba a ponerme a llorar otra vez. Y no podía permitírmelo.

No ahora.

No cuando, por primera vez en todo el día, tenía un poco de calma.

Aunque fuera prestada.

Aunque fuera temporal.

La realidad seguía siendo la misma.

Seguía metida hasta el cuello en la mierda.

No tenía ni idea de cómo iba a salir de aquello, y el alivio que había sentido al entrar en el apartamento empezaba a evaporarse. En su lugar solo quedaba ansiedad.

Porque Viktor no iba a rendirse.

Nunca lo hacía.

Y en cuanto me encontrara, porque sabía perfectamente que acabaría encontrándome, volvería a empujarme hacia él.

Inspiré hondo e intenté frenar el temblor que empezaba a apoderarse otra vez de mi cuerpo.

Mi mano fue sola al bolsillo del uniforme.

Allí seguía mi móvil.

Milagrosamente.

Lo tenía apagado, claro. No pensaba ponérselo fácil a nadie. Y mucho menos a Viktor. Si existía una forma de rastrearlo, estaba segura de que él la conocía.

Pero el móvil no era solo un móvil.

Era un salvoconducto.

Lo único capaz de cambiarlo todo.

Hacía solo unos días había descubierto algo por accidente. Algo peligroso. Algo que podía hundir a Viktor Bellucci para siempre.

Había sido en la casa en la que él esperaba que viviéramos después de la boda.

Solo pensarlo me daban ganas de vomitar.

Aquel día entré en su despacho con la excusa de curiosar un poco. No debía hacerlo. Lo sabía.

Viktor siempre guardaba sus secretos bajo llave.

Siempre.

Pero aquella vez se dejó una carpeta en el escritorio.

Aún recordaba el vuelco que me dio el corazón al verla.

Y cómo me temblaron las manos cuando la abrí.

Dentro había de todo.

Contratos sospechosos.

Transferencias imposibles de justificar.

Nombres vinculados a negocios turbios.

Papeles que gritaban ilegalidad por los cuatro costados.

Papeles capaces de mandar a Viktor Bellucci directo a prisión.

Y yo los tenía.

O, al menos, tenía pruebas.

Porque reaccioné sin pensar. Saqué el móvil e hice fotos rápidas antes de que él pudiera sorprenderme husmeando.

Ahora mismo aquello era lo único que jugaba a mi favor.

Lo único que de verdad podía detenerlo.

Y lo sabía.

Sabía perfectamente lo que debería hacer.

Ir a la policía.

Entregarlo todo.

Acabar con esto.

Pero mi familia dependía por completo de Viktor.

Mi padre.

Mi madre.

El negocio familiar.

Todo.

Si yo entregaba esas pruebas, todo saltaría por los aires.

Y Viktor no tardaría ni un segundo en arrastrarlos con él.

Cerré los ojos con fuerza y me mordí el labio inferior.

Rabia.

Impotencia.

Miedo.

Todo se me mezclaba dentro de una forma insoportable.

¿Qué se suponía que tenía que hacer?

¿Callarme y aceptar una vida que me asfixiaba?

¿O destruir a mi familia para salvarme a mí misma?

Me hundí un poco más en el sofá y apreté el móvil contra el pecho.

La angustia volvió a cerrarse sobre mí.

Joder.

Estaba atrapada.

Sin salida.

Entonces oí un ruido suave en una de las habitaciones.

Abrí los ojos de golpe.

Me incorporé despacio.

El corazón volvió a latirme más rápido.

¿Qué demonios había sido eso?

Me puse en pie y avancé hacia la puerta entreabierta del dormitorio.

Despacio.

Con cuidado.

Asomé la cabeza.

Y entonces lo vi.

Un gato negro pequeño me observaba desde el centro de la cama con esos ojos brillantes y curiosos que solo tienen los gatos.

Solté una risa de puro alivio.

El gato se acercó sin ningún miedo. Saltó al suelo con agilidad y se restregó contra mis piernas.

—¿Pero tú qué haces aquí? —susurré, agachándome para acariciarlo—. ¿Vives aquí o eres un fugitivo como yo?

El gato ronroneó al instante, reclamando más caricias.

Sonreí.

Noté cómo algo se aflojaba dentro de mí mientras mis dedos se deslizaban por su pelaje suave.

—Siempre quise tener un gato, ¿sabes? —le susurré—. Pero Viktor dijo que nada de animales. Al parecer no encajaban con su plan maestro de convertirme en esposa decorativa.

El gato levantó la cabeza y me miró como si entendiera perfectamente cada palabra.

—Creo que voy a llamarte Regaliz —dije al final, acariciándole el lomo negro—. ¿Te gusta?

Me respondió restregándose aún más contra mí.

Claramente, sí.

—Bien, Regaliz —suspiré, volviendo al sofá con él en brazos—. Parece que ahora somos dos fugitivos.

Varias horas después, me desperté algo desorientada al oír la puerta principal.

Me incorporé de golpe.

Regaliz bajó de mi regazo con toda la tranquilidad del mundo y estiró las patas delanteras.

Brody entró cargado con varias bolsas. Se detuvo un segundo al verme acurrucada en el sofá con el gato sentado a mis pies.

—Vaya —comentó, alzando una ceja—. Veo que has hecho nuevas amistades.

—Este es Regaliz —anuncié, acariciándole distraídamente las orejas—. Estaba en la habitación. He decidido adoptarlo temporalmente.

Brody negó con la cabeza mientras dejaba las bolsas sobre la encimera.

—Debe de haberse escapado del refugio —dijo—. Tenemos uno aquí en Dunbrae. Lo montó mi hermano Ewan con su prometida. Ese pequeño cabrón seguramente es uno de sus huéspedes fugados.

Sonreí, más animada.

—Entonces tenía razón. Es un fugitivo como yo. ¿Ves? Estamos hechos el uno para el otro.

Brody puso los ojos en blanco, aunque no se le escapó del todo cierta suavidad en la mirada.

—Te he traído lo que pediste —dijo, señalando las bolsas—. Comida ecológica. Ropa cómoda. También orgánica, porque al parecer tu piel es especialmente delicada...

Puse los ojos en blanco.

—Y también algunas cosas de aseo y un móvil —añadió, dejando un teléfono sencillo sobre la mesa—. Para que puedas comunicarte de forma segura.

—Oh, no hace falta —respondí enseguida—. Tengo el mío.

La expresión de Brody cambió al instante.

Su cara se tensó.

Sus ojos se clavaron en mí.

—¿Tienes tu móvil aquí? —repitió con incredulidad—. ¿Estás loca, Bella? Podrían rastrearlo.

Levanté las manos.

—Tranquilo. Está apagado desde que escapé —le aseguré—. No soy tan tonta.

Pero él negó con la cabeza.

Seguía serio.

Demasiado serio.

—Da igual que esté apagado, puede ser rastreado —dijo con firmeza—. ¿No sabes con quién estamos tratando? Estamos hablando de Viktor Bellucci.

Di un pequeño paso hacia él.

—Pero no puedo deshacerme del móvil.

Alzó una ceja.

Tenso.

—Más te vale darme una buena razón, porque ahora mismo lo único sensato sería tirarlo al fondo del Hudson.

Suspiré hondo.

Ya que había llegado hasta allí, no tenía sentido seguir callándomelo.

—Tengo algo dentro. Algo importante.

Sus ojos se entrecerraron.

—Define importante.

Apreté los labios.

—Fotos. Documentos. Información delicada sobre Viktor. Cosas que, si salieran a la luz, podrían hundirlo. Por eso necesito conservarlo.

El silencio que cayó entre los dos fue denso.

Pesado.

Brody pasó una mano por su pelo y soltó el aire con frustración.

—Joder, Bella —murmuró—. ¿Y llevas eso encima como si nada?

—No he tenido mucho tiempo para pensar —repliqué—. Mi prioridad era salir corriendo, por si no lo recuerdas.

Brody se quedó callado unos segundos.

Se notaba que estaba haciendo un esfuerzo por no soltar lo primero que le pasaba por la cabeza.

Al final asintió.

Seco.

—Vale. Lo entiendo. Pero no puede seguir aquí. Es demasiado arriesgado.

—Entonces... ¿qué hacemos?

Guardó silencio un instante más.

Pensando.

Luego soltó el aire.

—Dámelo.

Parpadeé.

—¿Qué?

—El móvil, Bella —repitió, tendiéndome la mano—. No puede quedarse contigo.

Lo miré unos segundos.

Dudé.

Pero al final lo saqué del bolsillo del uniforme y se lo entregué despacio, como si con ese gesto estuviera cediendo algo mucho más valioso que un simple teléfono.

Brody lo sostuvo y lo observó con el ceño fruncido.

—Lo guardaré de forma segura —dijo.

—¿Cómo de segura? —pregunté al instante.

Alzó la vista hacia mí.

—Voy a salir a comprar una bolsa Faraday.

Fruncí el ceño.

—¿Una qué?

—Una bolsa que bloquea cualquier señal —explicó con paciencia—. Da igual que el móvil esté encendido o apagado. No entra ni sale nada. Es como si dejara de existir.

Lo miré un momento, procesándolo.

—Vale... eso suena bastante bien.

—Lo es —asintió—. Mientras esté dentro, no podrán rastrearlo. Tú usa el otro móvil, pero solo conmigo. A estas alturas doy por hecho que Viktor tiene pinchados los teléfonos de todos tus conocidos.

Solté una pequeña exhalación y me crucé de brazos.

—Al menos me gustaría avisar a Sue de que estoy bien —protesté en voz baja—. Debe de estar preocupada.

Brody negó despacio.

Ni un milímetro de duda.

—Bella, ahora mismo hay prioridades —dijo con calma firme—. Y la principal es no levantar sospechas.

Lo miré en silencio.

Sabía que tenía razón.

Lo sabía perfectamente.

Y eso era casi lo más irritante de todo.

—Está bien —dije al final—. Nada de mensajes. Lo he pillado.

Me sostuvo la mirada un instante más, como asegurándose de que iba en serio.

Luego asintió, guardó mi móvil en el bolsillo interior de la chaqueta y se encaminó hacia la puerta.

—Vendré mañana a la hora del desayuno para ver cómo estás —dijo antes de salir—. Es domingo, así que al menos no tendré que preocuparme por reuniones absurdas.

—Qué suerte la tuya —respondí con sarcasmo.

Brody puso los ojos en blanco, aunque no se le escapó del todo una sonrisa.

—Intenta descansar, Bella —añadió ya desde la puerta—. Y mantente fuera de problemas.

Acaricié a Regaliz mientras lo miraba.

—Lo intentaré.

La puerta se cerró despacio detrás de él.

Solté el aire.

Al fin sola.

Me acomodé un poco más entre los cojines y miré al gato.

—¿Lo has oído, Regaliz? —murmuré—. Parece que esta noche nos toca sesión intensiva de sofá y series.

Él ronroneó con total tranquilidad y cerró los ojos, como si todo aquello no fuera con él.

En el fondo, lo envidiaba.

Al menos Regaliz no tenía que preocuparse por lo que podía pasar mañana.

6



Brody

Solté el aire mientras recorría el pasillo hacia mi apartamento.

Llevaba el móvil de Bella dentro de la bolsa Faraday que había comprado a última hora en una de esas tiendas del centro que parecen pensadas para paranoicos con dinero. Si me hubieran dicho hacía una semana que acabaría comprando algo así para esconder el teléfono de la prometida de Viktor Bellucci, me habría reído en su cara.

Ahora no me hacía ninguna gracia.

Me guardé la bolsa dentro de la chaqueta y comprobé otra vez que estuviera bien cerrada.

Al levantar la vista para abrir la puerta, me encontré a Connor plantado delante, con los brazos cruzados y cara de querer

matarme.

Perfecto.

—Hola, Connor —dije, fingiendo una calma que no sentía—. ¿Pasa algo?

Connor soltó una risa seca.

—¿Que si pasa algo? Lo sé todo. Liza me lo ha contado. Y ahora mismo estoy decidiendo si partirte la cara o llamar a un psiquiatra, porque está claro que has perdido la puta cabeza, Brody.

Contuve un suspiro y señalé la puerta, ya abierta.

—¿Quieres entrar para seguir gritándome o prefieres que se entere también medio castillo?

Apretó la mandíbula y pasó a mi lado sin responder. Cerré detrás de nosotros, sabiendo perfectamente lo que venía.

No tardó ni un segundo en girarse hacia mí.

—¿Se puede saber en qué coño estabas pensando? —soltó, furioso—. ¿La novia de Viktor Bellucci? ¿De verdad? ¿No tienes ya suficiente mierda en tu vida?

—Connor, no es tan simple.

—¿Ah, no? —me cortó—. Liza me ha dicho que la ayudaste a escapar. ¿Sabes el puto riesgo que has corrido? ¿Y el que le has hecho correr a ella por meterla en esto?

—Liza apenas hizo nada —respondí rápido, levantando una mano—. Solo me consiguió el uniforme.

Connor resopló, incrédulo.

—Claro. Solo eso. Y ahora explícame cómo cojones has conseguido sacar del castillo a la prometida de Bellucci con todos sus hombres vigilando las salidas. Porque he visto menos seguridad en una cumbre internacional.

Me crucé de brazos y eché el aire despacio.

Ahí estaba el problema.

—No la saqué del castillo —admití al final.

Connor parpadeó.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Sigue en el castillo.

Se quedó mirándome un segundo, como si estuviera decidiendo si le había hablado en otro idioma o si de verdad era tan imbécil como acababa de demostrar.

Y justo entonces sonó el timbre.

Los dos giramos la cabeza hacia la puerta.

—Fantástico —masculó Connor—. A ver quién coño viene ahora a empeorar esto.

Fui a abrir.

Era Liam, con esa sonrisa relajada de siempre, como si no tuviera ni idea de que mi vida acababa de entrar en combustión.

—Menudo día, ¿eh? —soltó nada más verme—. Vaya espectáculo lo de la novia fugitiva. ¿Habéis visto la cara de Viktor Bellucci? Parecía a punto de arrancarle la cabeza a alguien.

Entró en el apartamento como Pedro por su casa, ajeno a la tensión.

—No os vais a creer la que se ha liado —siguió, sacando el móvil—. Somos trending topic en Twitter. El castillo Dunbrae está en boca de todos. Como campaña de marketing, lo de la novia a la fuga ha sido una maravilla.

Pero la alegría le duró poco.

Le bastó con mirarnos bien a Connor y a mí para que la sonrisa se le borrara de la cara.

Liam se quedó quieto en mitad del salón, mirándonos a los dos con esos ojos claros a los que no se les escapaba una.

—Uh... —murmuró, más despacio—. ¿Interrumpo algo?

Connor soltó aire por la nariz y se giró hacia él sin darme margen para frenarlo.

—No interrumpes nada —dijo con un sarcasmo cortante—. Solo intento entender en qué puto momento a nuestro querido hermano Brody le pareció una gran idea esconder a la prometida fugitiva de Viktor Bellucci dentro del maldito castillo.

La sonrisa de Liam desapareció del todo.

Se quedó inmóvil, con la boca entreabierta, parpadeando como si necesitara unos segundos para procesarlo.

—Espera... —dijo al fin, levantando una mano—. Decidme que esto es una broma de mierda.

Connor negó despacio.

—Ojalá.

Liam se pasó una mano por el pelo, despeinándose aún más.

—Joder, Brody —soltó, mirándome como si acabara de descubrir que en realidad no me conocía de nada—. Dime que no es verdad. Eso, o es que tienes muchas ganas de despertarte mañana con una cabeza de caballo en tu cama.

Resoplé y me crucé de brazos.

—Has visto demasiadas películas de mafiosos.

Connor ni se inmutó.

—Todo lo que tú quieras, Brody, pero cuando Viktor Bellucci descubra que tienes algo que ver con la desaparición de su novia, no se va a limitar a una maldita cabeza de caballo. Hará que tu cadáver flote en el Hudson.

El silencio que cayó después lo dijo todo.

Porque los tres sabíamos que no estaba exagerando tanto.

Estaba jodido.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Liam al cabo de unos segundos, ya sin rastro de humor.

Dudé un instante, aunque a esas alturas ocultarlo era absurdo.

—En uno de los apartamentos de invitados.

Liam cerró los ojos un segundo y se frotó las sienes.

—Perfecto. Perfecto, Brody. Todo fenomenal.

—¿Lo sabe alguien más? —preguntó luego.

Miré un segundo a Connor antes de responder.

—Liza.

Liam me clavó la mirada.

—Claro.

—Necesitaba que me consiguiera un uniforme para sacarla de allí.

Apretó los labios, molesto, pero no dijo nada sobre Liza.

—¿Y Ewan?

Negué rápido.

—No sabe nada.

—Y más le vale seguir así —intervino Connor—. Bastante tiene ya encima con la boda.

Ninguno dijo nada durante un momento.

Todos sabíamos que era verdad. Ewan llevaba semanas hasta el cuello con los preparativos. Él y Genny, su prometida, se casaban en pocos meses.

Lo último que necesitaba era enterarse de que uno de sus hermanos había decidido esconder a la novia fugada de un Bellucci en propiedad familiar.

Fue Liam quien rompió el silencio.

—Vale. Lo primero está claro. Hay que sacarla del castillo cuanto antes.

—¿Y luego qué? —corté—. ¿La dejamos tirada en mitad de Manhattan y cruzamos los dedos? Los hombres de Viktor la encontrarían en cuanto pusiera un pie en la calle.

Connor soltó un gruñido.

—Ese ya no es nuestro problema, Brody.

Lo miré de frente.

—Sí lo es. O debería serlo para cualquiera que tenga un mínimo de conciencia. Querían casarla a la fuerza con Viktor Bellucci, joder. ¿Sois conscientes de lo que significa eso?

Ninguno respondió.

No hacía falta.

Liam levantó entonces una mano, pensativo.

—Puede que tenga una solución.

Me giré hacia él al instante.

—¿Cuál?

Liam me sostuvo la mirada con cautela.

—Conozco a un tipo que falsifica documentos oficiales...

Connor arqueó una ceja.

—No sé si quiero saber cómo coño conoces tú a alguien así.

Liam lo ignoró.

—Podría conseguirle un pasaporte falso. La sacamos del país, la alejamos de Viktor y se acabó el problema. O, al menos, se aplaza.

Me quedé callado un momento, dándole vueltas.

Era ilegal. Peligroso. Una locura.

Así que, probablemente, era la mejor opción que teníamos.

—De acuerdo —dije al final—. Habla con tu contacto. A ver qué puede hacer.

Connor soltó un suspiro largo y negó con la cabeza.

—Cada vez lo empeoramos más.

Liam dejó escapar una risa sin humor y nos señaló alternativamente.

—¿Os dais cuenta de que últimamente el hermano más estable de esta familia soy yo? —preguntó con ironía—. Primero Ewan se enamora de su periodista. Luego Connor se líía con una empleada. Y ahora Brody decide ayudar a escapar a una desconocida del tipo de hombre que podría despedazarnos y tirarnos al río.

—Tú tampoco estás libre de culpa —le corté—. ¿Por qué coño alquilaste el castillo a un tipo como Viktor Bellucci? Si no lo hubieras hecho, no estaríamos metidos hasta el cuello en esta mierda.

La expresión de Liam cambió al instante. Levantó las manos, serio.

—No tuve elección. ¿Te crees que no intenté escaquearme? Puse excusas, pegas, retrasos... lo que se me ocurrió. Pero cuando un hombre como Bellucci quiere algo, no le dices que no.

Ninguno respondió.

Porque todos sabíamos que tenía razón.

Viktor Bellucci no era un hombre al que se le negara nada sin pagar un precio.

Y ahora el precio nos había caído encima.

—Vale, basta de darle vueltas —dije al final—. Está decidido. Liam, habla con tu contacto y averigua cuánto antes cómo conseguimos ese pasaporte.

Liam asintió, ya centrado.

—Lo hago ahora.

Miré a Connor. Seguía observándome con esa cara de funeral inminente, pero al menos no discutió más. No le gustaba nada, pero sabía tan bien como yo que ya habíamos cruzado el punto de no retorno.

—Yo hablaré con Bella —añadí—. Le diré que empiece a pensar a qué país quiere irse.

Connor soltó una risa seca y se pasó una mano por la cara.

—Fantástico. ¿Qué podría salir mal?

No contesté.

Me limité a mirar a Liam.

—Avísame en cuanto sepas algo.

—Lo haré —dijo, dándose la vuelta hacia la puerta—. Y tú intenta no hundirnos todavía más hasta entonces.

Connor fue detrás de él, aún mascullando algo entre dientes. La puerta se cerró con un golpe seco que retumbó en todo el apartamento.

Y me quedé solo.

Quieto en mitad del salón, intentando asumir en qué demonios acababa de meterme.

Ahora solo faltaba lo más sencillo de todo: convencer a Bella de que su única salida pasaba por huir del país con una identidad falsa.

Perfecto.

Ya solo me faltaba una puta medalla por arruinarme la vida yo solito.



Brody

Miré el reloj por tercera vez en menos de cinco minutos.

Las diez de la mañana.

Llevaba despierta desde las seis, incapaz de volver a dormirme después de una noche entera de pesadillas. Viktor encontrándome. Viktor arrastrándome hasta el altar mientras yo intentaba gritar y no me salía la voz. Solo recordarlo me revolvía el estómago.

Solté el aire y me acomodé mejor en el sofá, abrazando un cojín mientras Regaliz ronroneaba a mi lado con esa calma insultante que solo tienen los gatos y la gente que no está huyendo de un futuro espantoso.

Le acaricié el lomo distraídamente y levanté la vista hacia el espejo del salón.

Llevaba puesta la ropa que Brody me había traído el día anterior. Un pantalón gris claro de algodón y una camiseta blanca de manga larga. Debajo llevaba la ropa interior que también encontré en la bolsa. Incluso las zapatillas deportivas me iban perfectas.

Eso era lo inquietante.

No solo que hubiera acertado con la talla. Era la sensación de que me había mirado lo suficiente como para saber qué necesitaba sin que yo tuviera que pedirselo.

Y eso, dadas las circunstancias, me parecía tan peligroso como reconfortante.

La verdad era que agradecía todos aquellos pequeños detalles mucho más de lo que quería reconocer.

Durante los últimos años, con mi familia luchando por no hundirse del todo, me había acostumbrado a recortar caprichos y fingir que no me importaba.

Pero nunca terminé de renunciar a ciertas cosas.

La ropa ecológica, los productos naturales, la comida orgánica... Sonaba a problema de niña rica, lo sabía, pero tenía la piel sensible, el estómago delicado y una incapacidad bastante seria para fingir que cualquier cosa me servía.

Me removí inquieta y repasé mentalmente la mañana.

Había desayunado tostadas con aguacate y semillas, y un té verde con jengibre que también venía en la bolsa que me dejó.

Después me había duchado con unos productos de aroma cítrico que, evidentemente, también había escogido él.

Aquel detalle me hizo sonreír a mi pesar.

Porque, incluso incómodo y claramente sobrepasado por todo esto, Brody se había preocupado de verdad.

Miré otra vez hacia la puerta y me mordí el labio.

Estaba nerviosa.

Mucho más de lo que pensaba admitir.

Y, como si me hubiera oído pensarlo, la puerta se abrió con suavidad.

Brody entró en el apartamento y cerró detrás de sí con cuidado.

—Buenos días.

Su voz sonó grave y tranquila, pero debajo de esa calma había algo tenso, contenido.

—Hola.

Se acercó y se sentó frente a mí con una naturalidad que rozaba lo ofensivo, como si esconder a la novia fugitiva de un criminal peligroso en un apartamento secreto fuera una gestión más de su agenda.

Regalíz levantó la cabeza, lo observó un segundo y decidió que no merecía la pena moverse.

—¿Has desayunado bien? —preguntó Brody.

Asentí despacio, intentando no fijarme en lo ridículamente atractivo que seguía estando incluso vestido de forma normal. Vaqueros gastados y camiseta oscura marcándole el pecho y los hombros.

Todo en él daba sensación de control.

Incluso cuando era evidente que no tenía ninguno.

—Sí. Has acertado con todo —dije, intentando sonar serena.

Brody arqueó una ceja, con esa media sonrisa burlona que empezaba a resultarme peligrosamente difícil de ignorar.

—Solo intentaba estar a la altura de tus exigentes estándares. No quería arriesgarme a una queja formal.

Puse los ojos en blanco, divertida a mi pesar.

Y fue ridículo lo mucho que me alivió aquello.

Como si bastara un comentario tonto, una mirada suya, para aflojar un poco la tensión que llevaba apretándome el pecho desde que me desperté.

Entonces algo cambió entre nosotros. Un silencio cálido, denso, nos sobrevoló durante unos segundos que parecieron eternos.

Brody dejó de sonreír, su expresión se volvió más seria y su mirada recorrió lentamente mi rostro, deteniéndose en mis ojos como si fuera la primera vez que realmente me veía.

Tragué saliva, incapaz de apartar la vista, sintiendo cómo mi corazón comenzaba a latir peligrosamente más rápido.

Él carraspeó finalmente, rompiendo el momento y apartando la mirada con incomodidad.

—Bella, tenemos que hablar del futuro.

Solté una risa nerviosa, aferrándome a la broma como mecanismo de supervivencia.

—Vaya, qué rápido vas, McRae. Ni siquiera hemos tenido una cita.

Pero no sonrió.

Y eso bastó para tensarme otra vez.

—No bromeo —dijo, mirándome fijamente—. Tenemos que hablar de lo que va a pasar a partir de ahora. Dos de mis hermanos ya saben que estás aquí. Lo hemos hablado y hemos llegado a una conclusión. Tienes que irte del castillo. Y del país.

Lo miré sin entender.

O quizá entendiéndolo demasiado bien y negándome a aceptarlo.

—Perdona... ¿qué?

Brody soltó aire, incómodo.

—Viktor te encontrará tarde o temprano si sigues aquí. Uno de mis hermanos conoce a alguien que puede conseguirte una identidad falsa. Un pasaporte. Una salida. Podrías empezar de cero en otro sitio.

Negué despacio, sintiendo cómo la ansiedad me trepaba por dentro.

—No. No quiero irme.

Se tensó un poco.

—¿Y cuál es tu plan? ¿Esconderte aquí para siempre?

Su tono no fue cruel, pero sí firme. Demasiado firme.

—Bella, yo también estoy metido en esto. No puedo alargar esta situación indefinidamente y esperar que no nos descubran. No solo me afecta a mí. Mis hermanos también están implicados. Lo entiendes, ¿verdad?

Bajé la mirada un instante, intentando tragarme el nudo que tenía en la garganta.

Claro que lo entendía.

Y precisamente por eso dolía más.

—Tengo una vida aquí —susurré.

Él negó despacio, suavizando un poco la voz.

—¿Qué vida, Bella? Según me contaste, tu familia prácticamente te entregó a Viktor para salir de la ruina. Dudo mucho que quieras volver a eso.

—Está Sue —solté al instante—. Mi mejor amiga. Ella sí me importa. Y también están los niños.

Frunció el ceño.

—¿Qué niños?

Tragué saliva. Noté cómo se me quebraba un poco la voz al decirlo.

—Soy profesora en una escuela. Tengo alumnos. Niños que me esperan cada día. Niños que me necesitan. No puedo desaparecer sin más. No puedo hacer como si no importaran.

Brody me miró con una sorpresa difícil de disimular.

Como si la idea de que yo fuera profesora no encajara en absoluto con la imagen que se había hecho de mí.

Lo noté al instante.

—Sí, ya lo sé —murmuré, incómoda—. No tengo exactamente pinta de maestra de infantil. Me costó bastante convencer a mis padres para que me dejaran estudiar Magisterio en vez de Derecho, Empresariales o cualquiera de esas carreras horribles que, según ellos, tenían más sentido para alguien como yo. Y Viktor... —solté una risa amarga y negué con la cabeza—. Viktor me dijo que podía seguir trabajando en la escuela hasta que me quedara embarazada. Después, según él, ya podría dedicarme a mi verdadero papel. Ser una esposa perfecta, elegante y decorativa.

Brody no dijo nada.

Se limitó a mirarme con esos ojos azules demasiado atentos, como si estuviera recolocando piezas dentro de su cabeza.

—Puedes dar clase en otro sitio —dijo al final, en voz baja—. Empezar de cero.

Solté el aire despacio.

—¿Y mis niños? Está Ben. Sus padres se divorciaron hace poco y lo está pasando fatal. Está Lily, que tenía muchísimos problemas para leer y por fin está avanzando. Está Aaron, que no puede estarse quieto ni treinta segundos pero que, si consigues que te escuche, tiene una cabeza increíble para las matemáticas. No son solo alumnos, Brody. Son niños a los que veo cada día. Niños que

me esperan. Que confían en mí. No puedo desaparecer sin más. No puedo hacer como si no importaran.

Me callé.

Durante unos segundos no vi el apartamento, ni el sofá, ni siquiera a Brody.

Vi una pizarra de juguete. Peluches sentados en fila. Mi voz de niña explicando cosas que apenas entendía. Vi todos los años en los que quise exactamente eso. Mi propia clase. Mis alumnos. Mi sitio.

Nunca me había planteado que alguien pudiera arrancármelo de golpe.

El silencio cayó otra vez entre nosotros, más pesado esta vez.

Regaliz levantó la cabeza un segundo, como si hasta él notara que el aire había cambiado.

—Bella, lo entiendo. De verdad. Y si hubiera otra salida, no te estaría proponiendo algo así. Pero ya no se trata solo de ti. Ni siquiera de mí. Mis hermanos están metidos en esto. Tu amiga Sue también. Y si Viktor decide presionarte, podría usar cualquier cosa. A cualquiera. Incluso a esos niños de los que me hablas.

Negué muy despacio, como si así pudiera empujar lejos esa idea.

—Entonces... ¿tengo que abandonarlo todo? ¿Mi vida entera?

Brody soltó aire y se inclinó un poco hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Sé que no es justo. Nada de esto lo es. Pero la alternativa es peor. Si Viktor te encuentra, no habrá forma de deshacerlo.

Me quedé callada.

Sentí, con una claridad espantosa, cómo algo dentro de mí empezaba a rendirse.

—¿Cuándo tendría que irme?

Brody negó despacio y se pasó una mano por la nuca.

—Aún no lo sé. El contacto de mi hermano no ha dado plazos. Pero supongo que será pronto.

Cerré los ojos un segundo.

Lo odiaba.

Odiaba que tuviera razón.

Odiaba que todo aquello sonara a única salida posible.

Pero Viktor no era un hombre al que pudieras derrotar y seguir con tu vida como si nada. Si quería recuperarme, haría lo que hiciera falta. Y no podía permitir que arrastrara a Sue, a mis alumnos, a Brody o a su familia por mi culpa.

Así que sí.

Al parecer, aquello era lo que me quedaba.

Empezar de cero en otra parte.

Otra ciudad. Otra vida. Otro nombre.

Como si pudiera arrancarme de mí misma y confiar en que, aun así, siguiera quedando algo.

—¿Puedo al menos elegir mi nueva identidad? —pregunté al final.

Intenté que mi voz sonara firme, aunque por dentro me sentía de todo menos firme.

Brody pareció sorprendido, pero asintió.

—Supongo que sí. No veo por qué no.

Me quedé en silencio unos segundos, acariciando el lomo de Regaliz sin mirarlo realmente.

Después levanté la vista hacia Brody.

—Quiero llamarme Chiara.

Él frunció apenas el ceño, con una curiosidad suave.

—¿Por algo en especial?

Asentí despacio.

—Era el nombre de mi abuela materna. La única persona de mi familia que siempre me apoyó. La única que creyó en mí cuando decidí ser maestra. Si tengo que convertirme en otra persona, quiero llevarme algo de ella conmigo.

El silencio que cayó después no fue incómodo.

Fue distinto.

Más quieto. Más cercano.

Brody me sostuvo la mirada un segundo y luego sonrió apenas, con una suavidad que desarmaba más que cualquiera de sus bromas.

—Chiara, entonces —dijo en voz baja—. Me gusta.

Asentí.

La angustia seguía ahí. El miedo también.

Pero, mezclado con todo eso, empezó a abrirse paso algo más.

Una especie de determinación frágil. Inestable. Casi nueva.

Quizá podría hacerlo.

Quizá podría marcharme, convertirme en Chiara y dejar atrás a Viktor, a mi familia y todo lo que habían intentado decidir por mí.

Quizá.

Pero antes tendría que encontrar el valor para saltar.

8



Brody

Entré en mi apartamento, cerré los ojos y me froté la cara con ambas manos.

Vaya día de mierda.

Y apenas había empezado.

Fui al dormitorio y me cambié por algo más cómodo, un pantalón de chándal gris y una camiseta blanca vieja. Me pasé una mano por el pelo, incómodo, y la imagen de Bella volvió a mi cabeza sin pedir permiso.

La expresión de su cara cuando entendió que tendría que irse del país.

La forma en que intentó mantenerse entera aunque se le estuviera rompiendo la vida delante de mis ojos.

Joder.

Me sentía como un cabrón.

Pero ¿qué otra opción teníamos? Necesitaba mantenernos a todos a salvo. A ella también.

Lo de que fuera maestra no me lo había visto venir.

De todo lo que esperaba descubrir sobre Isabella Rinaldi, eso no estaba ni en el top cien. Y, sin embargo, cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. Había algo en ella que encajaba con esa idea. Algo suave. Algo genuino.

Y no sé por qué, recordé ese momento extraño entre nosotros.

Ese silencio raro. Denso. Esa manera en que nuestras miradas se habían quedado enganchadas un segundo de más. Como si, por un instante, la hubiera visto de verdad.

El rostro en forma de corazón. Los ojos oscuros, enormes, llenos a la vez de miedo y de carácter. La boca mullida, tentadora. El cuello delicado. La línea limpia de sus clavículas asomando bajo la camiseta blanca.

Joder.

Bufé y negué para mí mismo.

¿En qué coño estaba pensando?

No podía permitirme eso. Ni de lejos.

Bella no era solo una mujer atractiva atrapada en una situación imposible. Era una complicación con piernas. Una bomba a punto de estallarme en la cara si no encontraba pronto la manera de sacarla de allí.

Era domingo y mi plan había sido sencillo. Tirarme en el sofá, ponerme al día con alguna serie, echar una partida a algo y fingir

durante unas horas que mi vida seguía siendo normal.

Duró poco.

Encendí la consola, me senté frente al televisor y a los tres minutos ya sabía que no iba a conseguir concentrarme una mierda. Tenía la cabeza atrapada en Bella. En su voz. En su cara. En esa mezcla imposible de vulnerabilidad y fuerza que me estaba descolocando más de la cuenta.

Al final dejé el mando sobre la mesa con frustración y cogí el portátil.

Lo abrí sabiendo que no debía hacerlo.

Aun así, tecleé su nombre.

Isabella Rinaldi. Manhattan.

Los resultados aparecieron enseguida. Varias referencias. Algunas fotos. Y una página web de la escuela donde trabajaba. Un colegio privado en Tribeca, con grandes ventanales, jardín interior y aspecto de costar una fortuna.

Entré.

Y entonces la vi.

Bella estaba agachada en medio de un grupo de niños de siete u ocho años, sonriendo de una forma que yo no le había visto nunca. Una sonrisa abierta, luminosa, completamente real. Tenía el pelo oscuro cayéndole sobre los hombros y abrazaba a una niña rubia que enseñaba orgullosa un dibujo.

Me quedé quieto mirando la pantalla.

Había algo en esa foto que me dio un golpe raro en el pecho.

Porque esa mujer no se parecía en nada a la imagen superficial y caprichosa que yo me había hecho de ella al principio.

Ahí parecía feliz.

Libre.

De verdad.

Y yo estaba intentando arrancarla de todo eso para mandarla al otro lado del mundo con un nombre falso.

Cerré la pestaña de golpe y me pasé una mano por la cara.

Tenía que dejar de pensar así.

Tenía que centrarme en resolver el problema. Sacarla de allí. Mantenerla a salvo. Punto.

No mirar su foto como un idiota y preguntarme cómo sería verla sonreír así.

Justo cuando iba a cerrar el portátil, el móvil vibró sobre la mesa.

Era Liam.

LIAM

Mi contacto vuelve al país en unos días.
Hasta entonces, toca esperar.

Eché la cabeza hacia atrás contra el respaldo del sofá y solté el aire lentamente.

Más tiempo.

No sabía si aquello era una buena noticia o justo lo contrario.

Porque, en esa situación, el tiempo era peligroso.

No solo por Viktor... sino también por la propia Bella.

Algo me decía que tenerla cerca podía traer problemas.

Había algo en ella que me afectaba demasiado. Que me sacaba de sitio. Que me hacía olvidarme de que se suponía que yo estaba

ayudándola, no fijándome en sus ojos, en su boca o en la forma en que su piel parecía suave incluso a distancia.

Sí, seguir cerca de Bella podía acabar siendo mi perdición.

Volví a pensar en la expresión de su cara cuando le dije que tendría que irse lejos. En el modo en que había pronunciado el nombre de su amiga Sue. En la desesperación que se le coló en la voz al hablar de todo lo que dejaría atrás.

Y pensé que quizá no tenía por qué ser tan brutal.

Quizá podía hacer algo más por ella.

Cogí el móvil y abrí nuestro chat privado antes de arrepentirme.

BRODY

Estaba pensando que, si quieres, puedes escribirle
una carta a tu amiga Sue. Yo podría hacérsela
llegar.

Su respuesta llegó casi al instante.

BELLA

¿En serio? ¿Harías eso por mí?

Noté una pequeña punzada en el pecho al leerlo y contesté
enseguida.

BRODY

Claro. Es lo mínimo después de todo lo que está pasando.

Observé la pantalla en silencio. Sabía que acababa de saltarme varias reglas autoimpuestas. Sabía que lo inteligente era mantener distancia.

También sabía que no me arrepentía ni un poco.

BELLA

¿Sabes dónde podría conseguir papel y bolígrafo en este lugar?

Sonreí, imaginando su expresión al otro lado.

BRODY

Debería haber en el cajón del escritorio del salón.
Solemos dejar material allí para los invitados.

Vi aparecer el indicador de que estaba escribiendo.

BELLA

¡Lo tengo! Gracias :) Vaya, esto es papel bueno. Muy elegante.

BRODY

Me alegra que aprecies los pequeños detalles.
McRae es sinónimo de calidad.

BELLA

¿Esto entra dentro del paquete completo de rescate de novias fugitivas? ¿Ropa ecológica, desayuno orgánico y papel elegante?

La sonrisa se me ensanchó sin querer.

BRODY

Por supuesto. Lo siguiente es ofrecerte un masaje y un cóctel tropical.

BELLA

Pues en ese caso puede que me esconda aquí durante meses.

Me quedé mirando la pantalla un segundo antes de contestar.

BRODY

Cuidado con lo que deseas. Podrías descubrir que no soy tan bueno preparando cócteles.

BELLA

Bueno, nadie es perfecto, McRae. Creo que podré perdonarte esa pequeña tara.

Solté una carcajada y negué con la cabeza.

BRODY

Me alivia saber que mi reputación no quedará demasiado dañada.

BELLA

Tranquilo. Tu secreto está a salvo conmigo. No pienso ir por ahí contando tus limitadas habilidades cocteleras.

La risa se me escapó otra vez.

BRODY

Gracias. Justo lo que necesitaba: una confidente leal.

El chat se quedó quieto unos segundos.

BELLA

En serio, Brody, gracias por todo. No sé qué habría hecho sin ti.

Me quedé mirando la pantalla, notando algo raro y suave en el pecho.

Antes de darle demasiadas vueltas, respondí con la verdad.

BRODY

No tienes que darme las gracias. Lo importante es
que estás a salvo. Eso es lo único que importa
ahora.

Tardó un poco en contestar.

Y cuando lo hizo, apareció primero un pequeño corazón rojo.

Después, otro mensaje.

BELLA

Que tengas un buen día, McRae.

Me quedé mirando ese corazón rojo unos segundos más de lo
normal.

Luego guardé el móvil y negué para mí mismo, aunque la
sonrisa no se me borró.

Era absurdo.

Que una simple conversación me aligerara el día de aquella
manera era absurdo.

Y, aun así, ahí estaba.

Sonriendo como un imbécil por culpa de Bella.

9



Brody

Hacerle llegar la carta a Sue no fue tan fácil como había creído al principio.

En cuanto Bella me dijo que era su mejor amiga, di por hecho que Viktor la tendría vigilada. No hacía falta ser un genio para imaginar que un hombre como él controlaría de cerca a cualquiera que pudiera conducirlo hasta ella.

Cuando averigüé que Sue trabajaba en el Jardín Botánico de Brooklyn, me paré a pensarlo bien.

No podía aparecer allí sin más y plantarle la carta en la mano. Era demasiado obvio. Necesitaba algo discreto, algo que no llamara la atención.

Después de darle muchas vueltas, se me ocurrió un plan.

No era brillante. Pero sí lo bastante simple como para funcionar.

Doblé la carta de Bella, la metí en un sobre blanco y la guardé dentro de una caja pequeña de cartón. Para disimular, añadí un libro sobre plantas medicinales que compré expresamente para la ocasión. Sue trabajaba en el Jardín Botánico. Era un regalo lógico. Creíble. Si alguien lo veía, pensaría en un paquete cualquiera.

No era perfecto.

Si uno de los hombres de Viktor abría la caja antes de que llegara a sus manos, estábamos jodidos.

Pero era el riesgo más razonable que podía correr.

Y no bastaba con hacerle llegar la carta.

Bella necesitaba también una forma segura de recibir respuesta.

Así que añadí un segundo sobre, más pequeño, con una nota breve y unas instrucciones claras.

Sue:

Dentro del libro encontrarás un sobre vacío y sellado, con franqueo pagado y una dirección segura. Escribe tu respuesta, ciérralo bien y déjalo tú misma en cualquier buzón público lejos de tu casa y de tu trabajo. Mejor si es en una zona concurrida.

Gracias por ayudarla.

Un amigo.

La dirección que le di era la de un apartado de correos alquilado con otra identidad. Me lo había conseguido el contacto de Liam, que al parecer era sorprendentemente eficiente cuando se trataba de cometer ilegalidades con elegancia.

Lo revisé todo dos veces antes de llevar el paquete a una oficina postal lo bastante lejos del castillo. Lo envié por mensajería urgente, dirigido personalmente a Sue.

Cuando salí de allí, sentí una mezcla incómoda de tensión y satisfacción.

Sabía que me estaba arriesgando más de la cuenta.

También sabía que, si eso significaba algo para Bella, iba a seguir haciéndolo.

—¿Todo eso has hecho solo para hacerle llegar la carta a Sue? —preguntó Bella, asombrada, el martes por la tarde.

Tardé cuarenta y ocho horas en montar aquella pequeña operación. Escuchado en voz alta, sonaba incluso más complicado de lo que había sido.

—Sí —dije, quitándole importancia—. Ahora solo queda esperar que funcione y que Sue conteste sin meter la pata.

Bella me miró con una sonrisa entre incrédula y enternecida.

Y, como de costumbre, cometí el error de devolvérsela.

Llevaba puestos otra vez aquellos pantalones suaves y holgados que le había comprado. La camiseta blanca, sencilla, hacía que su piel pareciera todavía más clara. Se había recogido el pelo en una coleta alta con el pañuelo que yo le había dejado el sábado.

No tenía ningún sentido que estuviera tan guapa así.

Ninguno.

Pero lo estaba.

La miré más de la cuenta.

Y, por supuesto, ella levantó la vista justo a tiempo para pillarme.

Aparté la mirada enseguida y carraspeé, incómodo conmigo mismo.

—Gracias otra vez —dijo ella en voz baja, más seria esta vez—. Te has tomado demasiadas molestias por mí. Ojalá poder devolverte el favor algún día.

Preferí no detenerme demasiado en eso.

—¿Has pensado ya adónde querías irte? —pregunté, más por cambiar de tema que por otra cosa.

Bella soltó un suspiro suave y se puso a jugar con la punta del pañuelo que le recogía el pelo. Se quedó pensativa un momento.

—No lo sé —admitió al final—. He pensado en Italia. Hablo italiano y siempre me ha atraído la idea de vivir cerca del Mediterráneo. Pero también podría ser Canadá. O Inglaterra. Quizá me resultaría más fácil adaptarme en un sitio donde se hable inglés.

Asentí despacio.

Tenía sentido. Aquello ya era bastante monstruoso de por sí como para, encima, acabar en un lugar en el que no pudiera ni pedir un café sin sentirse perdida.

—Supongo que también dependerá de la identidad que pueda conseguir el contacto de Liam —dije—. Pero intentaremos ajustarnos a lo que prefieras, dentro de lo posible.

Ella asintió, aunque noté cómo se tensaba un poco al oírlo. Seguía sin hacerse a la idea. Normal.

Se quedó mirando sus manos unos segundos más.

Cuando volvió a levantar la cabeza, sus ojos oscuros estaban llenos de una incertidumbre que me apretó algo por dentro.

—¿De verdad crees que puede funcionar, Brody? ¿Crees que podré volver a tener una vida normal?

Sostuve su mirada.

—Por supuesto que sí —le aseguré con firmeza—. Puede que no te conozca mucho, pero lo poco que sé de ti me basta para entender

que eres una mujer fuerte y llena de determinación. De lo contrario, jamás habrías logrado escapar de las garras de Viktor.

Bella asintió un poco.

Sonrió, pero fue una sonrisa débil, triste, de las que no llegan a los ojos.

Regaliz, a su lado, nos observaba con esa expresión indiferente con la que los gatos parecen juzgar el drama humano sin implicarse jamás.

—Todavía estoy intentando asumir que dentro de unos días voy a dejar atrás toda mi vida —murmuró al final—. Sé que debería sentirme afortunada por tener una oportunidad de empezar de cero, pero sigue doliendo.

Noté un tirón extraño en el pecho.

Y por un momento estuve a punto de decir algo que seguramente no debía.

Algo amable. Algo demasiado cercano.

No lo hice.

—Será mejor que me vaya —murmuré al final, poniéndome en pie—. Seguramente querrás estar tranquila.

Había dado apenas un par de pasos cuando sentí un tirón suave en la manga de la camisa.

Me detuve en seco.

Al girarme, me la encontré muy cerca.

Bella seguía sujetando la tela entre los dedos. Levantó la vista despacio y me clavó esos ojos enormes, oscuros, demasiado sinceros.

—¿Te importaría quedarte un rato más conmigo? —preguntó casi en un susurro—. Sé que probablemente tendrás otras cosas que hacer, pero... me siento muy sola.

El mundo se estrechó de golpe.

Solo estaba ella.

Su mano en mi camisa.

La forma en que se mordía un poco el labio.

La vulnerabilidad desnuda en su voz.

Mi cabeza reaccionó primero.

Me gritó que mantuviera las distancias. Que no hiciera eso. Que aquello era exactamente la clase de error que no podía permitirme.

Pero había otra parte de mí, una mucho más fuerte y mucho menos sensata, que ya había tomado la decisión antes de que yo pudiera pensarla.

Asentí despacio.

—Claro que me quedo —dije en voz baja—. Todo el tiempo que necesites.

10



Bella

Puede que pedirle a Brody que se quedara hubiera sido infantil. E impulsivo. Y un poco patético, si quería ponerme especialmente cruel conmigo misma.

Pero también era la verdad más limpia que había dicho en mucho tiempo.

Me sentía sola.

Terriblemente sola.

En realidad, siempre me había sentido un poco así. Desde niña. Incluso en mi propia casa, rodeada de mis padres y de ese silencio frío que lo llenaba todo, había vivido con una sensación constante de vacío. De distancia. De no estar del todo acompañada ni siquiera cuando había gente alrededor.

Sue y mis clases habían conseguido aliviarlo durante un tiempo. Lo suficiente para hacerme olvidar que, en el fondo, aquella soledad seguía ahí. Esperando.

Por eso quería tanto mi pequeño apartamento de Greenwich Village. El mismo que Viktor había decidido que debía vender en cuanto nos casáramos.

Era pequeño, sí.

Pero era mío.

Y dentro de aquellas paredes podía respirar. Podía estar sola sin sentirme abandonada. Era una soledad distinta. Elegida.

La presencia de Brody consiguió aflojar un poco la ansiedad que me apretaba el pecho.

Se sentó a mi lado en el sofá, dejando entre nosotros una distancia prudente que, por alguna razón, noté enseguida. Regaliz, como si percibiera el cambio en el ambiente, saltó al suelo, se desperezó con dignidad felina y se alejó hacia la habitación.

—¿Te has estado aburriendo mucho? —preguntó Brody, mirándome de reojo con una media sonrisa.

Me encogí de hombros y le devolví una pequeña.

—No más de lo esperable cuando estás encerrada en un apartamento con un gato como única compañía. Aunque Regaliz tiene bastante conversación, no voy a mentirte.

Él soltó una risa baja.

—Ese fugitivo en miniatura parece tener bastante carácter.

Sonreí y crucé las piernas en el sofá, girándome un poco hacia él.

—Desde luego es más agradable que mi última compañía.

Brody arqueó una ceja.

—¿Viktor?

Negué con la cabeza.

—No. Sus guardaespaldas. No sabes lo insoportable que era tener a dos hombres con traje siguiéndome a todas partes. Eran como dos estatuas. No hablaban. Ni conmigo, ni entre ellos. Hubo días en que casi echaba de menos discutir con Viktor solo para oír una voz humana.

Brody hizo una mueca.

—No suena muy divertido.

—No lo era —admití—. Lo peor era cuando Viktor se enfadaba conmigo. Me aplicaba la ley del hielo. Podía pasarse días enteros fingiendo que yo no existía, hasta que al final me disculpaba aunque no supiera qué demonios había hecho. —Solté aire—. Todo con él era una especie de juego retorcido. Él tenía que ganar siempre. Y yo acababa sintiéndome culpable incluso cuando no entendía de qué se suponía que debía arrepentirme.

Brody me observó con una atención que me hizo bajar un segundo la guardia.

—No era precisamente sano —añadí, más bajo.

Él se quedó en silencio un instante.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Asentí.

—¿Cómo acabó alguien como él fijándose precisamente en ti?

Me mordí el labio, sintiendo cómo me volvía de golpe a aquella noche.

—Fue hace cuatro años. En una de esas galas benéficas horribles a las que mis padres adoraban ir. Aquella en concreto tenía algún tema relacionado con la cultura italiana o algo así. No lo recuerdo bien. Solo recuerdo que mi madre insistió tanto en que fuera que al final cedí, aunque odiaba ese tipo de eventos.

—Y ahí apareció Viktor.

—Sí. Y fue un desastre desde el primer minuto.

Brody sonrió un poco.

—Eso suena prometedor.

No pude evitar reírme.

—¿Sabes esas escenas de película en las que la chica torpe le tira accidentalmente una copa encima al hombre más importante de toda la sala?

Su sonrisa se ensanchó.

—¿No me digas que hiciste exactamente eso?

—Hice exactamente eso —admití—. Viktor estaba allí, impecable, con un traje que debía costar más que varios meses de mi sueldo, rodeado de gente. Yo acababa de coger una copa de vino rosado, me giré demasiado deprisa y se la estampé entera sobre la camisa blanca.

Brody soltó una carcajada.

Y, por primera vez en todo el día, sentí que respirar era un poco más fácil.

—Debió de ser memorable —dijo Brody—. Aunque no sé si lo bastante como para obsesionarse contigo.

Solté el aire y me encogí un poco de hombros.

—Creo que no fue el vino. Creo que fui yo. Me puse tan nerviosa que empecé a disculparme como una idiota. Pero luego vi esa expresión suya, esa mezcla de arrogancia y superioridad, y algo en mí se removió. Dejé de pedir perdón y le dije que quizá necesitaba relajarse y dejar de tomarse a sí mismo tan en serio.

Brody arqueó una ceja.

—Eso debió de sentarle fatal.

—Muchísimo. Y todo el mundo estaba mirando. Nadie le hablaba así. Nadie lo contradecía. Supongo que, en lugar de ofenderse sin

más, decidió convertirlo en un reto. Como si yo fuera algo que tenía que conseguir solo porque no se lo estaba poniendo fácil.

Brody asintió despacio, procesándolo.

—Muchas veces me he preguntado qué habría pasado si aquella noche no hubiera ido a esa gala —murmuré—. Si no hubiera cogido esa copa. Si no se la hubiera tirado encima. Si nunca lo hubiera conocido. No sé si se habría obsesionado igualmente de otra manera. No sé si habría encontrado otra forma de meterse en mi vida. No sé si habría aprovechado igual la ruina de mis padres para intentar arrastrarme a todo esto.

No levanté la vista hasta que noté el calor de su mano sobre la mía.

Fue un gesto suave. Casi vacilante.

Pero me atravesó igual.

Alcé los ojos y me encontré con los suyos.

—Quizá ya no importe tanto lo que podría haber sido distinto. Lo importante es lo que hagas a partir de ahora.

Asentí despacio.

Y respiré hondo, como si con eso pudiera empujar de una vez todos aquellos pensamientos fuera de mi cabeza.

Tenía razón.

No podía seguir viviendo dentro de lo que ya no podía cambiar.

—Vale. Ya está bien de drama —dije al final, intentando recuperar algo de ligereza—. ¿Te apetece que veamos una película o algo? Necesito distraerme con cualquier cosa que no incluya pensar en Viktor Bellucci.

Brody me miró con una sorpresa leve, y luego sonrió, como si agradeciera el cambio de rumbo tanto como yo.

—Sí. Buena idea. ¿Alguna preferencia?

Me encogí de hombros.

—Teniendo en cuenta que llevo días viendo películas sobre atracos y huidas, diría que necesito cambiar bastante de registro. Nada de persecuciones, ni de policías, ni de bancos reventados.

Brody soltó una risa baja mientras cogía el mando.

—Entendido. Prometo buscar algo que nos haga reír y que no incluya a nadie escapando por una ventana.

—Perfecto —dije, justo cuando Regaliz volvió a saltar al sofá y se acomodó sobre mi regazo—. Te dejo elegir. Sorpréndeme con ese gusto cinematográfico tuyo, McRae.

Brody sonrió, divertido.

—Solo te aviso de que los McRae tenemos unos estándares peculiares.

—Qué misterio.

—Luego no digas que no te advertí.

Me reí en voz baja y me acomodé mejor en el sofá.

Y, por primera vez en días, conseguí relajarme de verdad.

La tarde con Brody acabó siendo exactamente lo que necesitaba.

Durante la película descubrí que, además de tener bastante mejor gusto del que yo esperaba, también era sorprendentemente gracioso. Tenía un humor seco, rápido, afilado, y esa clase de comentarios murmurados a media voz que te hacen reír incluso cuando intentas no hacerlo.

Más de una vez me descubrí olvidando dónde estaba.

Olvidando por qué estaba allí.

Olvidándolo todo, en realidad.

Después de la película, acabamos picando algo en la cocina. Cosas sencillas. Orgánicas, por supuesto. Y él pareció disfrutar de la comida incluso más que yo.

Cuando lo mencioné, él puso los ojos en blanco con una indignación tan fingida que me hizo reír otra vez.

Y, por raro que sonara, tuve la sensación de que él también lo estaba pasando bien.

Más tarde encontramos varios juegos de mesa en uno de los armarios del salón y decidimos matar el tiempo con una partida rápida.

Fue entonces cuando descubrí otra faceta inesperada de Brody McRae.

Era un perdedor lamentable.

Cada vez que yo ganaba una ronda, negaba con la cabeza, protestaba y me acusaba de hacer trampas con una indignación tan poco convincente que me hacía reír todavía más.

—Eso no vale —dijo por tercera vez, señalándome como si acabara de desenmascarar a una criminal internacional—. Estás manipulando el tablero con energía oscura.

—Claro —respondí, conteniendo la risa—. Mis grandes poderes ocultos. Era evidente.

—Yo solo digo que nadie encadena tanta suerte sin ayuda sobrenatural.

Su forma de ponerse teatralmente dramático cada vez que perdía era tan infantil y absurda que me relajó por completo.

Sin darme cuenta, empecé a sonreír de verdad.

No esa sonrisa educada que se pone para sobrevivir.

Una sonrisa de las buenas.

De las que salen solas.

Cuando terminamos y empezamos a recoger el juego entre pullas, comentarios tontos y esas miradas rápidas que ya empezaban a parecerse demasiado a una costumbre, me di cuenta de algo que me dejó quieta por dentro.

Hacía muchísimo tiempo que no me sentía así.

No solo acompañada.

Feliz.

Plenamente feliz, aunque fuera por unas horas robadas, por una tarde prestada que no me pertenecía del todo.

Y quizá precisamente por eso dolía un poco.

Porque sabía que era temporal.

Porque sabía que no podía quedármelo.

Pero incluso así, aquella tarde sencilla y doméstica con Brody me había dado algo que no esperaba volver a sentir tan pronto.

Esperanza.

Y fue entonces, mientras él abría y cerraba armarios en la cocina y me preguntaba qué me apetecía cenar, cuando el pensamiento apareció de golpe, claro e inoportuno.

Sería muy fácil enamorarme de Brody.

Demasiado fácil.

Porque Brody era exactamente esa clase de hombre que una no sabe que ha estado buscando hasta que lo encuentra.

Aunque llegue en el peor momento.

Aunque no toque.

Aunque sea, de entrada, imposible.

Y, como si el universo quisiera empujarme de nuevo a la realidad, el móvil de Brody vibró.

Él bajó la vista, leyó el mensaje y frunció el ceño.

—Es Liam —dijo. Se me tensó el cuerpo antes de que añadiera nada más—. Dice que su contacto ya está en la ciudad. Podría tener el pasaporte en menos de cuarenta y ocho horas.

Sentí que el tiempo se deformaba a mi alrededor.

No supe si se estaba acelerando o si, sencillamente, se me estaba acabando.

Y no tenía claro cuál de las dos cosas me asustaba más.



Brody

El sitio al que nos citó el contacto de Liam parecía sacado de una mala película de espías.

Un edificio viejo en el Lower East Side. Escaleras que crujían a cada paso. Una bombilla parpadeando en el rellano del segundo piso como si alguien se hubiera esforzado demasiado en crear ambiente sórdido.

—¿De verdad este tío vive aquí? —murmuré mientras subíamos—. Empiezo a pensar que vamos a encontrarnos con el primo raro de Hannibal Lecter.

Liam soltó una risa por lo bajo.

—Relájate. Sé que esto no es el Ritz, pero el tipo es bueno. Y, por si no lo habías notado, cuando te dedicas a este tipo de favores

no eliges sitios visibles. Eliges sitios discretos.

Miré alrededor.

—Claro. Porque nada dice discreción como una bombilla moribunda y unas paredes que no se pintan desde la Guerra Fría.

Liam puso los ojos en blanco, demasiado acostumbrado ya a mí como para molestarse en discutir, y siguió hasta el final del pasillo. Se detuvo frente a una puerta con un número tres torcido y descolorido y llamó con los nudillos.

Esperamos.

Unos segundos después, la puerta se entreabrió apenas y un ojo oscuro apareció por la ranura.

—¿Sí?

—Somos Liam y Brody —dijo mi hermano con toda tranquilidad.

—Ya sé quiénes sois. ¿Habéis traído las fotos?

—Sí —respondí. Las había hecho con el móvil e impreso desde la impresora de la oficina—. Pero si te parece, podríamos hablar de esto dentro y no en este pasillo, que parece el decorado de una serie de terror de bajo presupuesto.

El ojo me observó un segundo más.

Luego la puerta se abrió del todo.

El hombre que apareció al otro lado no se parecía en nada a lo que yo había imaginado. Era bajo, un poco rechoncho, con el pelo revuelto y unas gafas redondas que le daban aire de profesor despistado más que de falsificador profesional.

—Entrad —dijo con tono seco, apartándose.

Pasamos dentro.

Y, para mi sorpresa, el piso estaba bastante mejor de lo esperado.

Todo limpio. Ordenado.

Sobre la mesa del salón había un portátil abierto, varios papeles repartidos con cierto orden, dos tazas de café a medio vaciar y suficiente material informático caro como para que mi hermano y yo no fuéramos, claramente, su clientela más exótica del mes.

—Podéis llamarme Xander —dijo mientras cerraba la puerta—. Aunque, evidentemente, ese no es mi nombre real.

—Qué giro tan inesperado —murmuré.

Liam me lanzó una mirada.

Xander ni se molestó en reaccionar.

—Supongo que entendéis que esto no es legal —dijo, observándonos por encima de las gafas—. Así que necesito saber exactamente en qué me estoy metiendo. ¿Quién es la chica?

—Una amiga en problemas —respondió Liam—. Necesita salir del país cuanto antes y sin dejar rastro.

Xander asintió y se sentó frente al portátil. Luego nos indicó con un gesto que hiciéramos lo mismo.

—Bien. Vamos con la identidad. ¿Habéis pensado en el nombre?

—Chiara —respondí sin dudar—. El apellido te lo dejo a ti. Sorpréndeme.

Xander levantó la vista del teclado y arqueó una ceja, entre divertido e interesado.

—¿Quieres creatividad? Eso se agradece. Me estoy cansando de los Smith, los Johnson y los Miller. —Tecleó algo más y ladeó la cabeza—. Podría ser Chiara Dunham. O Chiara Archer. Chiara Archer suena bien. Tiene carácter.

—Perfecto —dije—. Nos quedamos con Archer.

Él asintió, satisfecho consigo mismo, y volvió a concentrarse en la pantalla.

—Nombre real —pidió a continuación.

Dudé apenas una fracción de segundo.

—¿Es necesario que lo sepas?

—Si voy a hacer esto, quiero saber a quién estoy ayudando a desaparecer.

Asentí, no muy convencido.

—Isabella Rinaldi.

Los dedos de Xander se quedaron quietos sobre el teclado.

Alzó la cabeza despacio.

—Espera —dijo, mirándonos con una sorpresa nada disimulada—. ¿Isabella Rinaldi? ¿La novia fugada de Viktor Bellucci?

Noté cómo se me tensaba el cuerpo entero.

Liam me lanzó una mirada rápida, alerta.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó.

Xander soltó aire por la nariz y negó con una media sonrisa cansada.

—¿Estás bromeando? Hasta mí llegan esas cosas. Es la comidilla de todos los círculos clandestinos últimamente. Debo reconocerlo, tu amiga tiene agallas, eso seguro. No todo el mundo escapa de Bellucci y vive para contarlo.

Me incliné un poco hacia delante y bajé la voz.

—Entonces también entenderás lo delicado que es esto.

Xander levantó las manos con falsa calma.

—Tranquilo, McRae. No me interesan vuestros dramas con Bellucci. Yo solo me dedico a fabricar identidades. Lo que hagáis luego con ellas no es asunto mío.

Respiré hondo, intentando bajar la tensión que me trepaba por dentro desde que el nombre de Bella había salido en voz alta.

La situación ya era bastante complicada sin necesidad de sumar otro idiota bien informado a la ecuación.

—Entonces, ¿puedes hacerlo o no? —pregunté, ya sin paciencia.

Xander volvió al teclado.

—Claro que puedo. Y mejor rápido, por lo que veo. Si alguien necesita desaparecer cuanto antes, es vuestra querida Chiara Archer. Antes conocida como Isabella Rinaldi.

Apreté la mandíbula.

No me gustaba que alguien como él supiera quién era.

Y, precisamente por eso, tenía aún más claro que Bella tenía que irse cuanto antes.

Si hasta ese tipo, encerrado en su cueva de paredes desconchadas y bombillas agonizantes, sabía ya la historia, no podíamos seguir perdiendo tiempo.

—¿Mañana? —preguntó Bella, mirándome con asombro—. ¿Mañana ya tendré mi nueva identidad?

—Sí, mañana —respondí, observando con cuidado su cara, intentando adivinar qué estaba sintiendo de verdad—. Pero antes tenemos que decirle el país que has elegido. Necesita cerrar la documentación.

Frunció ligeramente el ceño.

—¿Es tan importante decidirlo ya?

—Sí —le expliqué—. Todo tiene que cuadrar. Pasaporte, registros, historial, referencias. Si algo no encaja, inmigración puede detectar la grieta. Cuanto antes lo decidamos, antes podrá tenerlo listo.

Bella asintió despacio y apartó la mirada hacia el ventanal.

Se quedó en silencio un momento, como si aquella elección aparentemente simple la obligara a asumir de golpe algo que todavía no quería mirar de frente.

—Inglaterra —dijo al fin, casi sin voz—. Prefiero Inglaterra.

Asentí, grabándomelo.

—De acuerdo. Entonces, a partir de mañana, serás Chiara Archer. Ciudadana británica.

Ella asintió, con un suspiro melancólico.

—Chiara Archer... —repitió en un susurro—. Puede que intente irme a algún sitio pequeño, a la campiña inglesa o algo así. He oído que es preciosa.

La imagen se coló en mi cabeza sin permiso.

Bella en algún pueblo perdido de Inglaterra. Caminando por calles húmedas y silenciosas. Con otra vida. Otro nombre. Lejos. Demasiado lejos.

Y la incomodidad que sentí al imaginarlo me pilló completamente desprevenido.

Fue una punzada seca. Un vacío raro.

Me removí un poco en el sofá.

¿Por qué coño me afectaba tanto pensar en ella tan lejos?

Aparté ese pensamiento antes de darle forma y carraspeé.

—Sí, Inglaterra puede ser una buena opción. Además, Londres es demasiado grande, sería fácil rastrearte allí. Un lugar más tranquilo será mucho más seguro.

Bella guardó silencio unos segundos antes de mirarme otra vez, más tensa.

—Brody... hay algo más que me preocupa. El dinero. Tengo algo ahorrado. No mucho, pero sí un pequeño colchón que logré conservar cuando mis padres se arruinaron. El problema es que no sé cómo tocarlo sin levantar sospechas. Y voy a necesitar dinero para empezar de cero, aunque solo sea hasta encontrar trabajo...

No me lo pensé ni un segundo.

—No te preocupes por eso —dije—. Transferiré a tu nueva cuenta lo suficiente para que puedas vivir tranquila los primeros meses.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—Brody, no. No puedo aceptar eso. Bastante estás haciendo ya por mí. No voy a aceptar también tu dinero.

La miré con firmeza.

—Claro que vas a aceptarlo.

Abrió la boca para replicar, pero alcé una mano antes de que lo intentara.

—No voy a dejar que te marches sola a otro país, con una identidad falsa y sin red. Tengo dinero de sobra. No lo necesito. Tú sí. Así que no voy a discutirlo.

Bella me sostuvo la mirada un segundo más.

Luego bajó los ojos hacia sus manos y sonrió suavemente, resignada.

—Eres increíblemente terco, ¿lo sabías?

—Sí. Me lo han comentado alguna vez.

Eso le ensanchó la sonrisa.

Entonces recordé el sobre que llevaba en el bolsillo.

Lo saqué y se lo tendí.

—Tengo otra cosa para ti. Es de Sue. Ha dejado esta mañana una carta en el apartado.

Bella se quedó quieta un segundo antes de cogerla.

Lo hizo despacio, con los dedos temblándole.

—Gracias, Brody —susurró—. No sabes lo mucho que significa esto para mí.

La miré un momento.

—Sí que lo sé. Te dejo sola para que la leas tranquila. Luego hablamos.

Bella asintió sin decir nada.

Y mientras me levantaba para marcharme, volvió esa sensación.

Esa punzada absurda.

Esa resistencia interna cada vez que pensaba en el momento en que tendría que dejarla ir de verdad.

Y lo peor era que, a esas alturas, ya sabía una cosa con demasiada claridad.

Iba a dolerme mucho más de lo que pensaba admitir.

12



Bella

Cuando Brody cerró la puerta detrás de él, me quedé sentada en silencio en el sofá con la carta de Sue entre las manos.

Durante unos segundos no hice nada.

Solo miré el sobre, repasando con la yema del dedo mi nombre escrito con aquella letra suya familiar, ligeramente desordenada, imposible de confundir.

Respiré hondo y, por fin, lo abrí.

Saqué la hoja doblada con cuidado y empecé a leer.

Bella,

No sabes cuánto me alegra haber recibido tu carta.

Llevo días preocupada por ti, dándole vueltas a todo y esperando cualquier señal que me confirmara que estabas bien. Pero, siendo sincera, en el fondo sabía que lo estarías.

Te conozco, Bella.

Sabía que encontrarías la manera de salir adelante.

Desde aquella primera clase en el taller de jardinería urbana del Jardín Botánico, cuando apareciste con tu entusiasmo contagioso y esa torpeza adorable tuya con las plantas, supe que eras especial.

Sí, lo sigo pensando: eres probablemente la única persona del planeta capaz de asesinar un cactus.

Pero también supe algo más. Que tenías luz. De esa que hace que la gente a tu alrededor respire mejor sin saber muy bien por qué.

No me equivoqué contigo.

Estoy orgullosa de ti. De que hayas encontrado la fuerza para escapar de algo que no merecías.

Sé que ahora mismo todo debe de parecer incierto y doloroso, pero confío en ti más de lo que imaginas.

Hay una vida buena esperándote al otro lado de todo esto. Y cuando por fin puedas alcanzarla, yo seguiré aquí, esperando el día en que volvamos a reírnos juntas de este horror con una copa de vino en la mano y un gusto cuestionable para las decisiones vitales.

Te quiero muchísimo, amiga. No lo olvides nunca.

Con todo mi cariño,

Sue

Cuando terminé de leer, noté que se me humedecían los ojos.

Pero aquella vez no eran lágrimas de pura tristeza.

Eran lágrimas de alivio.

Del tipo de alivio que solo te da saber que, a pesar de todo, todavía hay alguien queriéndote de verdad.

Sonreí mientras me secaba la cara con el dorso de la mano y apreté la carta contra el pecho.

—Gracias, Sue —susurré—. Algún día volveremos a vernos. Te lo prometo.

Pasé el resto del día delante del portátil que Brody me había dejado sobre la mesa del salón, buscando información sobre Inglaterra.

No estaba acostumbrada a pasar tantas horas seguidas mirando una pantalla, pero me empeñé en investigar cada detalle del que podría convertirse en mi nuevo hogar. O, mejor dicho, del lugar en el que tendría que aprender a convertirme en Chiara Archer.

La campiña inglesa era preciosa. Eso no se podía negar.

Colinas suaves de un verde imposible. Pueblos llenos de casitas de piedra cubiertas de hiedra. Jardines desbordados de flores silvestres. Todo parecía sacado de una novela antigua, de esas en las que una mujer llega rota a un sitio remoto y acaba encontrándose a sí misma entre niebla, rosales y tazas de té.

Yo no tenía tan claro lo de encontrarme a mí misma.

Pero el decorado, desde luego, era bonito.

Me sorprendí preguntándome cómo sería vivir allí.

Si podría acostumbrarme a tanta calma. Si era capaz de imaginarme en uno de aquellos pueblos pequeños, comprando pan cada mañana en una tienda diminuta y saludando a vecinos que sabrían demasiado sobre la vida de todo el mundo.

Hasta se me pasó por la cabeza la imagen absurda de mí misma haciendo mermelada casera y cuidando un jardín de rosas.

Sonreí sola.

Probablemente no llegaría tan lejos.

Pero sí necesitaba creer que podría adaptarme.

Tenía que hacerlo.

Quizá encontraría trabajo en alguna escuela pequeña. Algo tranquilo. Algo parecido, al menos en parte, a la vida que había construido aquí. Algo que me permitiera no perder del todo esa parte de mí que seguía sintiendo más verdadera que cualquier apellido, cualquier herencia o cualquier plan de futuro impuesto por otros.

Y, como era inevitable, pensar en eso me llevó directamente a mis niños.

Ben.

Lily.

Aaron.

Se me hizo un nudo en el pecho tan deprisa que cerré el portátil durante un segundo y apoyé las manos encima, como si así pudiera contener el golpe.

¿Cómo estarían?

¿Me echarían de menos tanto como yo ya los echaba de menos a ellos?

Ni siquiera había podido despedirme.

No había habido un último abrazo, ni una última clase, ni un “portaos bien” dicho sonriendo para que no notaran nada raro.

Solo había desaparecido.

Y eso dolía.

Cerré los ojos y respiré hondo, obligándome a tragar el latigazo de tristeza.

Ojalá estén bien, pensé.

Ojalá algún día pueda volver a verlos.

Sacudí suavemente la cabeza, obligándome a centrarme de nuevo en la pantalla y en las fotos idílicas de pueblecitos ingleses. Ahora tenía que mirar hacia adelante, porque por primera vez en mucho tiempo, era libre de imaginar un futuro en el que Viktor no decidiera por mí.

Y en ese futuro, tendría que aprender a ser Chiara. Aunque para eso tuviera que empezar por entender qué demonios era una tarta Bakewell o por qué la gente en Inglaterra bebía tanto té.

Sonreí ligeramente al imaginarlo y volví a concentrarme en buscar un rincón bonito en el que vivir. Porque aunque todavía dolía lo que dejaba atrás, tal vez en Inglaterra podría encontrar algo parecido a un hogar.

Unas horas más tarde, cuando ya había dejado el portátil a un lado y Regaliz dormía plácidamente sobre mis piernas, sonó el pequeño móvil que Brody me había dado. Me incorporé despacio y lo cogí rápidamente para ver su mensaje.

BRODY

Ya tengo confirmación. Documentos listos y en mi poder. Voy a comprar el vuelo para mañana con destino Londres.

Me quedé mirando la pantalla con el corazón acelerado. Dios, esto iba en serio. En menos de veinticuatro horas, mi vida como Isabella Rinaldi habría acabado para siempre. Respiré profundo,

tratando de controlar el nudo que se me formaba en la garganta, y respondí rápidamente.

BELLA

Vale. Wow, mañana ya... Gracias por avisarme. Es raro que algo tan grande pueda pasar tan rápido, ¿no?

Su respuesta no tardó en llegar.

BRODY

Lo sé. Pero cuanto antes estés lejos, más segura estarás.

Sabía que tenía razón, pero algo dentro de mí no quería marcharse tan rápido sin más. Tecleé de nuevo con cierto nerviosismo.

BELLA

¿Puedo pedirte algo antes de marcharme?

BRODY

Claro, dime.

Dudé unos segundos antes de enviar mi siguiente mensaje. Era algo tonto, probablemente un capricho imprudente, pero no podía

evitarlo.

BELLA

Sé que es arriesgado, pero me gustaría despedirme de la ciudad antes de irme. No he salido de este apartamento desde que estoy aquí, y... Nueva York ha sido mi hogar toda la vida. Quiero decirle adiós de algún modo.

Durante casi un minuto entero, Brody no respondió.

Me mordí el labio, nerviosa, preguntándome si habría sido una petición absurda y demasiado peligrosa. Finalmente, el teléfono vibró otra vez.

BRODY

Vale. Dame un poco de tiempo, ¿de acuerdo? Voy a preparar algo seguro para que puedas despedirte bien.

Sonreí despacio, notando cómo la ansiedad cedía paso a una sensación cálida en mi pecho. Le contesté enseguida, antes de pensarlo demasiado:

BELLA

Gracias, Brody. Eres el mejor.

Guardé el teléfono junto a mi pecho, respirando profundamente mientras miraba por el ventanal. El sol se estaba poniendo, tiñendo el cielo de Nueva York con tonos rosados y dorados.

Mañana me marcharía para siempre.

Pero esta noche, al menos por una última vez, la ciudad seguiría siendo mía.

13



Bella

No tenía ni idea de qué hora era cuando escuché unos golpes suaves en la puerta.

Me desperté sobresaltada en el sofá, incorporándome de prisa mientras Regaliz bostezaba con absoluta falta de solidaridad. Me alisé el pelo con una mano, luego los pantalones, y caminé hasta la puerta todavía medio aturdida.

Cuando abrí, allí estaba Brody.

Vaqueros gastados. Camiseta oscura. Esa forma exasperante de llenar el espacio sin hacer ningún esfuerzo.

Me miró con sus preciosos ojos azules y, durante un segundo ridículo, olvidé por completo qué hacía yo allí plantada como una idiota.

—¿Lista para despedirte de la ciudad? —preguntó con una pequeña sonrisa.

Parpadeé y asentí, sintiendo cómo el pulso se me disparaba.

—Sí. Claro. ¿Vamos a salir del castillo?

Negó con suavidad.

—No exactamente. Pero confía en mí. Te va a gustar.

Cerré la puerta con cuidado, le dije a Regaliz que volvería enseguida como si pudiera entenderme y seguí a Brody por el pasillo. Subimos por una de las torres de piedra del castillo, peldaño a peldaño, en un silencio que a mí se me hizo larguísimo aunque en realidad no debieron de ser más que unos minutos.

Sentía el corazón latiéndome deprisa. Mitad nervios. Mitad expectación.

Cuando abrió la pequeña puerta al final de la escalera y salimos al exterior, me quedé completamente quieta.

Una terraza dominaba Manhattan entera.

La ciudad se extendía frente a nosotros como una constelación viva. Miles de luces encendidas bajo la noche, parpadeando a lo lejos como si el cielo se hubiera caído del revés sobre la tierra.

Pero no fue solo eso lo que me dejó sin aire.

Brody lo había preparado todo.

Había una manta extendida sobre la piedra, velas pequeñas colocadas con cuidado para crear una luz cálida e íntima, y una bandeja con una botella de champán y dos copas esperándonos al lado.

—Oh, Dios mío —susurré, acercándome despacio—. Esto es... increíble.

Brody se colocó a mi lado y apoyó los antebrazos en la balaustrada.

Durante unos segundos no se oyó nada salvo el rumor lejano del tráfico y mi propia respiración, todavía acelerada.

—Pensé que merecías una despedida digna. Sin sacar un pie fuera del castillo, pero con la ciudad entera para ti. Y, bueno, una copa de champán tampoco hace daño.

Giré la cabeza hacia él.

Y sentí que algo se me apretaba dentro del pecho.

—Gracias, Brody —dije con sinceridad—. Es perfecto.

Sonrió un poco.

Yo aparté la vista de inmediato, más pendiente de Manhattan que de reconocer que me estaban ardiendo las mejillas.

Nos sentamos sobre la manta y brindamos.

Durante un buen rato nos quedamos allí, bebiendo despacio y hablando de cosas pequeñas que de algún modo no lo eran. La conversación fluyó con una facilidad extraña, hecha de sonrisas, silencios cómodos y frases aparentemente inofensivas que, entre nosotros, se cargaban de algo más.

Hablamos de películas. De libros. De cosas absurdas de mi vida diaria que ya echaba de menos y de detalles de la infancia de Brody que fue soltando casi sin darse cuenta. Cada minuto hacía que me sintiera un poco más cerca de él. Como si entre los dos se estuviera construyendo algo suave, cálido

Cuando la botella estaba ya casi vacía, Brody se volvió hacia mí con una media sonrisa.

—Creo que ha llegado el momento de que te levantes y digas unas palabras.

Parpadeé, divertida y desconcertada.

—¿Perdona?

Señaló con el mentón la ciudad desplegada frente a nosotros.

—Ya sabes. Un discurso de despedida. Algo simbólico. A veces ayuda cerrar ciclos antes de abrir otros.

Le miré con escepticismo.

—¿Hablas en serio? ¿Quieres que me ponga de pie y le hable a Nueva York?

—Exactamente —respondió, divertido—. Y tienes suerte de que tu público se limite a mí. Prometo no burlarme. O no demasiado.

Negué con la cabeza, aunque en el fondo ya me había convencido.

Suspiré, me levanté y me acerqué a la balaustrada. La brisa nocturna me rozó la cara mientras miraba la ciudad extendida ante mí.

—Vale, ciudad... —empecé, sintiéndome un poco ridícula—. Supongo que toca despedirse.

Solté aire y, poco a poco, las palabras empezaron a salir solas.

—No sé muy bien cómo hacerlo, porque nunca pensé que me iría así. Pero gracias. Gracias por haber sido mi hogar. Por tus calles. Por tus parques. Por esa cafetería de la esquina que hacía los mejores muffins de chocolate del mundo. Gracias por Sue. Por la escuela. Por mis niños...

La voz se me quebró, pero conseguí seguir.

—No sé si volveré a verte algún día, Nueva York. Pero quiero creer que, si lo hago, será libre. De verdad.

Me giré despacio hacia Brody.

Él seguía sentado en la manta, mirándome con una intensidad que me dejó sin respiración. La luz de las velas le recortaba la cara en sombras suaves y hacía que sus ojos parecieran aún más claros en la oscuridad.

—¿Contento con mi discurso?

Asintió despacio.

—Mucho —dijo—. Ahora sí estás lista para empezar de cero, Bella. Vas a estar bien. Lo sé.

Algo dentro de mí se estremeció al oírle decirlo.

Cuando volví a sentarme a su lado, supe con una certeza extraña que nunca olvidaría aquella noche. Ni la ciudad que estaba dejando atrás. Ni al hombre que tenía sentado a mi lado.

Entonces Brody se aclaró la garganta, metió la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros y sacó una hoja doblada.

Me la tendió con una mezcla adorable de vergüenza y resignación.

—Ya que estamos con las despedidas dramáticas, yo te he escrito algo —murmuró—. Aunque ya te aviso de que probablemente me arrepienta en cuanto empieces a leer.

Lo miré, sorprendida y divertida a partes iguales, mientras cogía la hoja.

—Vaya. Brody McRae escribiéndome una carta. Esto sí que no me lo esperaba.

Desdoblé el papel con cuidado, consciente de que él estaba pendiente de cada gesto, y empecé a leer en voz alta.

Querida Bella,

O quizá debería decir Chiara, ahora que ya estás oficialmente en fase de reinención británica.

He pensado en varias formas de despedirme de ti, pero ninguna me ha convencido del todo, así que voy a improvisar antes de arrepentirme y romper esta carta.

Lo primero: gracias por elegir mi escritorio como escondite improvisado. Podrías haber acabado arruinándole la vida a

cualquier otro, pero decidiste que fuera yo. Todo un honor.

También gracias por obligarme a descubrir el mundo de la comida ecológica, los téis con ingredientes imposibles y los productos que parecen prometerme una vida espiritual mejorada. No sabía que mi dieta podía volverse tan orgánica y tan cara en tan poco tiempo.

Ahora en serio.

Gracias por recordarme que la valentía no siempre hace ruido. Gracias por ser lo bastante fuerte como para escapar, aunque lo hicieras muerta de miedo. Gracias por seguir siendo tú incluso cuando todo a tu alrededor ha intentado convertirte en otra cosa.

Sé que vas a estar bien. Y sé que Inglaterra no tiene ni idea de lo que se le viene encima contigo. Si empiezan a escasear los aguacates ecológicos en la campaña inglesa, prométeme que me avisarás.

Cuídate mucho, Bella.

Siempre,

Brody.

Cuando terminé, levanté la vista despacio.

Tenía un nudo cálido en la garganta.

Brody me miraba con esa incomodidad tierna que solo aparece cuando alguien hace algo sincero y no sabe muy bien dónde meterse después.

—¿Aguacates ecológicos? —pregunté, intentando no sonreír demasiado—. ¿De verdad esa es tu gran preocupación sobre mi futuro?

Él soltó una risa baja y se encogió de hombros.

—Alguien tenía que encargarse de los detalles importantes.

Se me escapó una carcajada.

Doblé la carta con cuidado y la sostuve entre las manos.

Luego el silencio volvió a caer.

Y esta vez no fue ligero.

Fue de esos silencios que lo cambian todo.

Nos miramos.

Y de pronto fui consciente de lo cerca que estábamos.

Nuestras miradas quedaron entrelazadas. Conectadas.

Y supe que iba a pasar antes que sucediera.

Mi respiración se volvió superficial cuando vi que Brody se inclinaba despacio hacia mí.

Sus ojos, tan claros, tan intensos, brillaban con una calidez que me hizo estremecerme entera.

Sentí el roce de sus dedos sobre mi mano y una oleada de anticipación me recorrió el cuerpo mientras yo misma me acercaba un poco más.

Íbamos a besarnos.

Pero... entonces, la puerta de la torre se abrió de golpe.

Los dos nos apartamos al instante.

—¿Brody? ¿Estás aquí? —dijo una voz masculina desde la entrada.

Me giré de inmediato, todavía con el corazón disparado, y me encontré con la figura de un hombre alto, imponente, con unas facciones tan parecidas a las de Brody que no necesité que nadie me explicara nada.

Era uno de sus hermanos.

Su expresión oscilaba entre la confusión y el absoluto estupor. Primero me miró a mí. Luego a Brody. Luego a las velas, al champán y a la escena entera como si estuviera intentando decidir si se había equivocado de puerta o de realidad.

—¿Qué demonios...? —empezó, aunque ni siquiera terminó la frase.

Y, bajo aquella mirada de incredulidad total, supe que mi despedida tranquila acababa de estallar por los aires.



Brody

Mierda.

De todos los hermanos que podían aparecer justo en ese momento, tenía que ser Ewan.

No Connor o Liam, que ya sabían perfectamente en qué desastre estaba metido.

No.

Tenía que ser Ewan.

El hermano mayor. El responsable. El sensato. El que con una sola mirada conseguía que volviera a sentirme como un crío al que acaban de pillar haciendo algo estúpidamente imprudente.

Y, siendo sinceros, eso era exactamente lo que acababa de pasar.

Durante un segundo ridículo, uno muy breve pero lo bastante largo como para notarme el corazón golpearme en el pecho, tuve la esperanza absurda de que quizá no la reconociera.

De que tal vez no supiera quién era Bella.

Pero claro.

No iba a tener tanta suerte.

La expresión de estupor absoluto en la cara de Ewan lo dejó clarísimo incluso antes de que abriera la boca. La mandíbula se le tensó y respiró hondo, como si estuviera haciendo un esfuerzo monumental por no empujarme escaleras abajo desde la torre.

—Por todos nuestros malditos antepasados, Brody McRae —dijo despacio, con una voz tan tensa que casi cortaba—, dime que esa chica no es la novia fugada de Viktor Bellucci.

Solté el aire poco a poco.

Miré de reojo a Bella.

Estaba pálida, con los ojos enormes, claramente al borde del pánico.

Y eso hizo que la culpa me pesara todavía más en el estómago.

Respiré hondo y forcé una calma que no sentía.

—Sé cómo parece esto, Ewan, pero te aseguro que está controlado.

Ewan soltó una risa corta, sin humor.

—¿Controlado? —repitió—. Tienes a la novia fugitiva de Viktor Bellucci tomando champán contigo a la luz de las velas en la maldita terraza del castillo. ¿Qué parte exacta de esto consideras que está bajo control?

Bella se aclaró la garganta con timidez y dio un paso al frente.

—Esto es culpa mía —dijo, nerviosa—. Él solo intentaba ayudarme.

Ewan volvió la cabeza hacia ella.

La observó en silencio durante un segundo. Su expresión se suavizó apenas, lo justo para delatar que había notado el miedo en su voz. Pero cuando volvió a mirarme, la dureza regresó entera.

No necesitó decir nada más.

La noche acababa de torcerse del todo.

—Bajemos. Ahora.

No discutí.

Apagué las velas a toda prisa, recogí la botella y las copas y bajamos en silencio hasta el apartamento de Bella. Ella se quedó en la puerta, lanzándome una mirada preocupada antes de entrar. Cerré despacio detrás de ella y me volví hacia Ewan.

—A mi apartamento —dije.

Fui delante, con la mandíbula apretada.

Nada más entrar, saqué el móvil y escribí en el grupo familiar.

BRODY

Necesito veros a todos. Ahora. En mi apartamento.

Connor y Liam tardaron menos de cinco minutos en aparecer.

Los dos se quedaron quietos al cruzar la puerta, captando enseguida que aquello no tenía buena pinta.

Connor soltó un resoplido de frustración antes siquiera de sentarse.

—¿Qué ha pasado?

Miré a mis hermanos uno por uno antes de clavar la vista en la cara seria e impenetrable de Ewan.

—Que Ewan ya lo sabe. Sabe lo de Bella.

Ewan nos observó con una dureza poco habitual en él. Su mirada pasó de mí a Connor y de Connor a Liam, como si estuviera recalculando de golpe cuánto idiota había criado esta familia.

—¿Todos sabíais lo de esa chica? —preguntó al final, con la voz cortante.

Connor suspiró y se cruzó de brazos.

—Yo me enteré por Liza. Brody arrastró a mi novia a todo esto.

Ewan apretó la mandíbula y miró a Liam.

—¿Y tú?

Liam hizo una mueca incómoda.

—Yo... me enteré de rebote.

Ewan dejó escapar aire por la nariz, frustrado.

—Fantástico. ¿Se puede saber por qué demonios soy el último en enterarme?

Connor se pasó una mano por la nuca.

—Con la boda tan cerca pensamos que ya estabas bastante saturado. No queríamos meterte más presión.

Ewan soltó una risa amarga.

—Qué detalle tan considerado por vuestra parte.

Luego volvió a mirarme a mí.

Y su expresión se endureció todavía más.

—Muy bien, Brody. Se acabó. Quiero que me cuentes absolutamente todo.

Y eso hice.

Le conté cómo Bella había aparecido escondida bajo mi escritorio, vestida de novia y aterrorizada. Cómo me había suplicado que no la entregara a los hombres de Viktor. Cómo la había llevado al ala privada porque no se me ocurrió nada mejor y porque, por mucho que intentara racionalizarlo, no podía dejarla en manos de ese cabrón.

Le conté lo de Liam moviendo hilos con su contacto. Lo del pasaporte falso. Lo del plan para sacarla del país al día siguiente.

Mientras hablaba, Ewan escuchó sin interrumpirme ni una sola vez. Connor seguía con los brazos cruzados y cara de estar harto de todos nosotros. Liam parecía incómodo, pero firme.

Cuando terminé, el silencio que cayó en el salón pesó como una losa.

Al final, Ewan se frotó el puente de la nariz y soltó un suspiro largo antes de volver a mirarme.

—¿Te has parado un segundo a pensar en las consecuencias de todo esto, Brody? —preguntó con una frialdad que casi me hizo perder la paciencia—. Viktor Bellucci no es un hombre con el que se juegue a los héroes. ¿En qué coño estabas pensando?

—Su familia prácticamente la vendió, Ewan —respondí, notando cómo se me tensaba la mandíbula—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Mirar hacia otro lado? No podía hacer eso.

Ewan me sostuvo la mirada, implacable.

—¿Estás seguro de que ese es el único motivo por el que te has implicado tanto?

Fruncí el ceño.

—¿Qué se supone que significa eso?

Él arqueó una ceja.

—Significa que, teniendo en cuenta lo que acabo de ver ahí arriba, las velas, el champán, ese pequeño espectáculo íntimo que

habías montado, empiezo a preguntarme si sabes realmente dónde están tus límites con esa chica. Así que dime la verdad, Brody. ¿A qué coño estás jugando?

No respondí de inmediato.

Y lo peor fue darme cuenta de que no era solo porque estuviera cabreado.

Era porque ni yo mismo tenía muy clara la respuesta.

No había planeado nada de aquello.

Ni la terraza. Ni las velas. Ni ese momento suspendido entre Bella y yo justo antes de que Ewan apareciera.

Nada.

Y, aun así, negar que estaba pasando algo habría sido mentir de una forma bastante patética.

Respiré hondo antes de contestar.

—No te preocupes, Ewan —dije al final, mirándolo de frente—. Da igual lo que haya pasado o no haya pasado ahí arriba. Dentro de veinticuatro horas Bella estará en un avión rumbo a Inglaterra. Lejos de aquí. Y entonces todo esto se habrá acabado.

Ewan no apartó la vista de mí.

Me sostuvo la mirada varios segundos más, como si intentara decidir cuánto de lo que acababa de decir le parecía verdad y cuánto simple autoengaño.

Al final asintió muy despacio.

—Espero que así sea —dijo—. Por tu bien y por el de todos nosotros.

Durante unos segundos nadie dijo nada.

Luego Ewan frunció ligeramente el ceño, como si acabara de recordar algo que había quedado sepultado bajo todo aquel caos.

—Por cierto, si he subido a la torre en mitad de la noche no ha sido porque sospechara que estabas organizando citas clandestinas —dijo con sequedad—. Es por esos gatos del refugio que montamos Genny y yo. De vez en cuando alguno consigue escaparse y acaba colándose precisamente allí arriba. De hecho, hay uno negro, Salem, que lleva días perdido. Genny está preocupada.

Me aclaré la garganta.

—Sobre eso... creo que sé dónde está. Bella lo encontró en el apartamento de invitados. Alguien dejó la ventana abierta. Y, bueno... digamos que ha sido rebautizado. Ahora responde al nombre de Regaliz.

Ewan cerró los ojos un momento y volvió a frotarse el puente de la nariz.

—Fantástico. Seguro que a Genny le entusiasma. Ya sabes cómo es con sus gatos.

—Mañana lo dejaré en el refugio antes de que ella salga hacia el aeropuerto —dije con una media sonrisa conciliadora—. Dile que no se preocupe.

Ewan asintió, algo menos tenso, aunque solo un poco. Luego volvió a ponerse serio y me miró a los ojos una última vez.

—Voy a confiar en ti con esto, Brody. Pero ten muchísimo cuidado cuando la saques del castillo. Que no os vea nadie. Ni una sombra.

Asentí con firmeza.

—No habrá errores.

Ewan hizo un gesto breve y salió del apartamento.

Connor y Liam tardaron poco en seguirlo, dejándome por fin solo.

En cuanto cerré la puerta detrás de ellos, apoyé las manos en la encimera de la cocina y cerré los ojos.

Inspiré hondo.

No sirvió de nada.

Porque el caos seguía allí.

Dentro de mí.

Y porque, por mucho que hubiera fingido control delante de mis hermanos, la verdad era mucho más simple y mucho más peligrosa.

No conseguía sacarme a Bella de la cabeza.

Su voz. La forma en que se le iluminaban los ojos cuando hablaba de sus alumnos. Esa sonrisa tímida, casi traviesa, que le salía cuando me seguía una broma.

Y, sobre todo, la escena de la terraza.

Bella bajo las estrellas, con Manhattan extendida detrás como si la ciudad entera existiera solo para enmarcarla a ella.

Ese instante suspendido entre nosotros.

Ese casi.

Ese beso que estuvo a punto de pasar.

Mierda.

Si la hubiera conocido en otro momento...

Si no estuviera huyendo de un mafioso obsesivo.

Si su vida no dependiera de subirse a un avión y desaparecer.

Todo habría sido distinto.

Podría haberla invitado a cenar como una persona normal. A uno de esos restaurantes que me gustaban de verdad y no a un escondite improvisado con velas robadas al dramatismo. Podríamos haber paseado por Central Park o entrar en algún club pequeño con música en directo. Podríamos haber hablado sin la sensación constante de que cualquier segundo de calma era prestado.

Podríamos habernos reído más.

Podría haberla besado sin pensar en Viktor Bellucci, en pasaportes falsos o en despedidas inminentes.

Pero todo eso era una fantasía de mierda.

Una posibilidad imposible.

Dentro de veinticuatro horas, Bella estaría volando hacia Inglaterra.

Y yo me quedaría aquí, pensando durante demasiado tiempo en todo lo que podría haber pasado si el destino hubiera decidido cruzarnos de otro modo.

En otra vida.

Una en la que ella no llegara huyendo.

Una en la que yo no tuviera que dejarla marchar.

15



Bella

No podía dormir.

Daba tantas vueltas en la cama que, finalmente, Regaliz se había hartado y, tras un pequeño bufido indignado, había saltado al suelo en busca de un rincón más pacífico donde descansar.

Genial. Hasta mi gato improvisado huía de mí en la noche más larga de mi vida.

Suspiré profundamente y me senté sobre el colchón, abrazando mis rodillas contra el pecho. Mi mente era un torbellino incesante de pensamientos que no podía controlar. Preocupaciones, dudas, inseguridades... y Brody.

Especialmente Brody.

Esperaba que estuviera bien después de lo ocurrido con su hermano. No podía quitarme de la cabeza la tensión en su rostro cuando nos habíamos despedido en la puerta del apartamento. Había pasado horas desde entonces, pero aún sentía una incómoda opresión en el pecho al recordarlo.

Y al mismo tiempo, tampoco podía sacarme otra cosa de la cabeza.

Brody había preparado aquella pequeña despedida para mí en la terraza. Velas, champán, la ciudad a nuestros pies. Me había escrito aquella carta divertida, tan suya, tan llena de sarcasmo y sinceridad a la vez, que había acelerado mis latidos al leerla.

Y después, justo antes de que la puerta se abriera bruscamente, habíamos estado a punto de besarnos. Un beso que había quedado suspendido en el aire, flotando como una promesa inconclusa entre nosotros.

Me tumbé de nuevo, mirando al techo con frustración, los dedos apretando el borde de las sábanas.

Dentro de unas horas, mi vida cambiaría para siempre. Nueva identidad, nuevo país, nueva existencia. Sin embargo, en ese preciso momento, lo único que podía pensar era en Brody McRae y en el beso que nunca había llegado a ocurrir.

Mañana dejaría atrás todo lo que conocía, me despediría definitivamente de Nueva York y de las sombras que Viktor había arrojado sobre mi vida. Lo que me llevaría conmigo sería escaso: algunas prendas cómodas, el móvil seguro con las pruebas contra Viktor y la carta de Brody. Pero, sobre todo, me llevaría los recuerdos de esos días extraños en el castillo, de aquel hombre que apareció inesperadamente para ofrecerme protección y esperanza.

Sentía en la piel la necesidad urgente de besar a Brody. De borrar definitivamente con un nuevo recuerdo los besos fríos, calculados y posesivos de Viktor. Él había accedido a esperar hasta después de la boda antes de que tuviéramos sexo, un detalle que,

según él, mostraba su consideración, pero no había renunciado a besarme. Sus besos siempre fueron algo desagradable, una forma de reclamar lo que consideraba suyo, sin amor ni calor. Solo propiedad.

Necesitaba borrar eso. Reemplazar aquellos recuerdos amargos con uno bueno, dulce, auténtico. Necesitaba besar a Brody y convertir ese beso frustrado en realidad.

Necesitaba dejar Nueva York con algo real. Algo mío.

Antes de darme cuenta de lo que hacía, ya estaba levantándome de la cama. Me puse los pantalones cómodos y suaves que él mismo me había comprado, junto con una camiseta.

Abrí la puerta con cuidado y recorrí el pasillo vacío hasta llegar al apartamento de Brody. Dudé apenas unos segundos antes de llamar, con el corazón latiéndome en las sienes.

Él abrió la puerta enseguida, despeinado y sorprendido, con unos pantalones de pijama y una camiseta sencilla que se le ajustaba perfectamente al pecho. Incluso así, con ropa cómoda y mirada confundida, estaba tan guapo que sentí un calor intenso recorrerme el cuerpo.

—Bella —pronunció mi nombre despacio, frunciendo ligeramente el ceño, preocupado—. ¿Ha pasado algo?

Negué rápidamente con la cabeza, intentando mantener la calma.

—No, nada malo. Yo solo... Necesitaba verte. —Tragué saliva, nerviosa—. Me he dado cuenta de que tú me escribiste una carta de despedida, pero yo no llegué a despedirme de ti.

Brody entrecerró ligeramente los ojos, como si intentara entender lo que estaba ocurriendo.

—Nos veremos mañana por la mañana. No tienes que preocuparte por nada, de verdad...

Di un pequeño paso hacia él, reduciendo aún más la distancia entre nuestros cuerpos. Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas.

—No puedo esperar hasta mañana, Brody —susurré con sinceridad absoluta—. No con esto.

Él se quedó en silencio, observándome intensamente, sus ojos oscuros y profundos se clavaron en los míos.

Sentí cómo se me aceleraba la respiración cuando di otro paso adelante, cerrando la distancia que aún quedaba.

Me puse lentamente de puntillas, acercando mi rostro al suyo, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera aquel beso pendiente.

Brody no se movió ni se apartó. Simplemente se quedó ahí, quieto, mirándome con una mezcla de sorpresa y deseo contenido, mientras mis labios se aproximaban lentamente a los suyos.

Hasta que, por fin, lo besé.

16



Bella

El beso fue suave al principio.

Apenas un roce.

Una caricia incierta, como si los dos estuviéramos tanteando un terreno peligroso al que, aun así, lleváramos demasiado tiempo acercándonos.

Sus labios se movieron sobre los míos con una lentitud que me hizo contener la respiración.

Pero duró exactamente dos segundos.

Porque entonces Brody dejó escapar un sonido bajo, un gemido ahogado que me atravesó de arriba abajo, y una de sus manos subió

con firmeza a mi cintura, pegándome más a él. La otra se enredó en mi pelo, inclinándome la cabeza lo justo para profundizar el beso.

Y esta vez sí.

Esta vez su lengua rozó la mía, lenta al principio, como una pregunta.

Y yo respondí abriendo la boca del todo, buscándolo con la misma hambre que él ya no intentaba ocultar.

El beso se volvió más húmedo. Más profundo. Más desesperado.

Gemí contra su boca cuando noté su erección apretándose contra mi vientre.

Todo en él estaba duro, caliente, contenido al límite.

Y todo en mí respondió igual de rápido. El calor me bajó por el pecho, por el estómago, entre las piernas, con una intensidad tan súbita que casi me mareó.

—Joder... —murmuró contra mis labios antes de volver a besarme.

No me dio tiempo ni a respirar.

Su lengua volvió a colarse en mi boca, más posesiva ahora, y yo se la devolví con la misma falta de control. Le mordí el labio inferior. Él respondió apretándose más fuerte por la cintura y arrancándome un jadeo.

Podía sentir su respiración rota mezclándose con la mía. El roce de su pecho. La presión creciente de su cuerpo contra el mío.

Y eso fue lo que terminó de hacerme perder la poca cordura que me quedaba.

Mis manos subieron solas a su cuello, a su pelo, a sus hombros.

Lo besé como si me fuera la vida en ello.

Como si todo el deseo contenido entre nosotros hubiera decidido estallar de golpe.

La boca de Brody dejó mis labios solo para bajar por mi mejilla hasta mi cuello. Su lengua rozó la piel justo debajo de mi oreja y se me doblaron un poco las rodillas.

—Bella —dijo con la voz ronca, pegado a mi garganta—. Deberías irte antes de que esto se vuelva demasiado intenso.

Tardé un segundo en poder responder, no porque dudara, sino porque me faltaba el aire.

—Pero yo no quiero irme, Brody.

Sus ojos se cruzaron con los míos.

—No quiero que hagas nada de lo que no estés segura.

—Pero estoy segura de esto —susurré—. Quiero llevarme este recuerdo como Bella. Antes de convertirme en Chiara.

Me sostuvo la mirada unos segundos más.

Y entonces volvió a besarme.

Esta vez sin contención.

Se metió en mi boca con una urgencia que me hizo arquearme contra él. Sentí cómo sus manos recorrían mi espalda, mi cintura, la curva de mi cadera, como si necesitara tocarme entera para convencerse de que aquello estaba pasando de verdad.

Yo bajé las manos por su pecho, por su abdomen, y cuando mis dedos rozaron el bulto duro bajo la tela de sus pantalones, Brody soltó un gemido grave que me hizo arder.

—No me toques así si quieres que siga teniendo autocontrol —masculló.

—No quiero que lo tengas.

Sus ojos se oscurecieron.

Y un segundo después me levantó del suelo.

Enredé las piernas en su cintura y lo sentí duro contra mí incluso a través de la ropa, firme, caliente. El roce me arrancó un jadeo.

No dejó de besarme mientras me llevaba hasta la habitación y me dejaba caer sobre el colchón.

Se quedó encima de mí, sosteniéndose sobre los antebrazos.

Durante un segundo solo nos miramos.

Su respiración estaba tan agitada como la mía.

Mis dedos temblaban sobre sus hombros.

—Todavía estás a tiempo de echarme —dije, intentando sonar ligera, aunque la voz se me quebró igual.

Apoyó la frente en la mía.

—No quiero echarte. Llevo demasiado tiempo queriendo justamente lo contrario.

Me besó otra vez, más despacio. Como si, después de toda aquella urgencia, necesitara saborearme.

Sus labios recorrieron mi mandíbula. Bajaron por mi cuello. Se detuvieron en mi clavícula.

Cada beso me iba dejando la piel encendida.

Él me desabrochó el sujetador con una facilidad que me sorprendió. Cuando la tela cayó a un lado y el aire fresco me rozó la piel, se quedó quieto durante un segundo, mirándome.

—¿Qué? —pregunté, de pronto nerviosa.

—Nada —dijo con la voz más grave de lo habitual—. Solo estoy intentando no perder la cabeza. Eres demasiado hermosa. ¿Puedo?

Asentí.

Bajó la boca hasta mi pecho y me besó despacio. Primero con una delicadeza que me hizo contener el aliento. Después con más

intención. Su lengua dibujó círculos lentos, húmedos, y se me arqueó la espalda sin remedio.

Cerré los ojos.

El calor me bajó por el vientre y se acumuló entre las piernas con una intensidad cada vez más difícil de soportar.

—Brody... —jadeé.

Él alzó la vista, atento a cada reacción, y eso me deshizo todavía más. Como si no solo quisiera tocarme, sino aprenderme.

Siguió bajando.

Besó mi estómago. La cadera. La cara interna del muslo.

Tan cerca del centro de mi cuerpo que acabé mordiendo la almohada para no gemir demasiado alto.

—Dime lo que quieres —dijo.

Lo miré.

Estaba entre mis piernas, con las manos abiertas sobre mis muslos, con esos ojos clavados en mí como si no existiera nada más importante en el mundo.

—Quiero que me toques —susurré—. Quiero tu boca.

Algo se tensó en su expresión.

Separó un poco más mis piernas y el primer roce de su lengua sobre mi clítoris me arrancó un gemido instantáneo.

Fue directo. Firme. Lento solo el tiempo suficiente para que todo mi cuerpo reaccionara.

—Joder... —murmuré.

Brody soltó un sonido grave, satisfecho, y volvió a hacerlo. Más despacio esta vez, como si quisiera alargarlo. Como si le gustara demasiado ver cómo me iba deshaciendo encima del colchón.

Me besó y me lamió con una concentración casi obscena, alternando la lengua con succiones profundas que me hicieron perder el hilo de la respiración. Cada vez que encontraba el punto exacto, mi cuerpo respondía solo. Las caderas se me movían buscando más. Mis dedos se enredaron en su pelo. Ya no podía pensar con claridad.

—Así... no pares —supliqué.

No paró.

Al contrario. Me sujetó por la cadera, inmovilizándome con firmeza, y siguió usando la boca sobre mi sexo hasta que empecé a temblar. Luego noté sus dedos. Primero acariciándome. Después entrando despacio, con una paciencia que casi dolía.

Gemí más alto.

La combinación de su boca y sus dedos me rompió por dentro. Todo en él parecía calculado para llevarme justo al borde y mantenerme ahí. La presión de su lengua. El ritmo de sus dedos. La forma en que abría mis piernas cuando intentaba cerrarlas por puro reflejo.

—Brody, por favor...

Me llevó hasta el límite una vez y aflojó justo antes de dejarme caer.

La segunda vez hizo lo mismo y solté un gemido de frustración, medio desesperada.

—No seas cruel.

Levantó apenas la cabeza. Tenía la boca húmeda y la mirada encendida.

—Quiero sentir cómo te corres.

Y volvió a bajar.

Esta vez no me dio tregua. Su lengua se movió con más presión, más constancia, mientras sus dedos encontraban por fin el ritmo

exacto que mi cuerpo llevaba minutos rogando. La tensión me subió por el vientre, por la espalda, por las piernas, apretándome por dentro hasta volverme loca.

Me corrí diciendo su nombre.

Temblando entera. Con una mano tirando de su pelo y la otra aferrada a las sábanas.

Él no se apartó.

Siguió acompañándome durante el orgasmo, alargándolo hasta dejarme completamente deshecha, respirando como si acabara de salir de una tormenta.

Cuando por fin levantó la cabeza, sonreía de una forma que me hizo arder otra vez.

—Así —dijo—. Así quería verte.

No supe si me reí o si se me llenaron los ojos de lágrimas.

Quizá las dos cosas.

Brody subió hasta mí y me atrajo contra su pecho el tiempo justo para que pudiera volver a respirar.

Pero yo no estaba aún satisfecha.

Quería más.

Deslicé las manos por su espalda, por su cintura, y le desabroché el cinturón con dedos todavía torpes. Bajé la cremallera y, cuando conseguí deshacerme de la tela que nos separaba, lo sentí duro y caliente en la mano.

Brody cerró los ojos un segundo y soltó una exhalación que me hizo apretar un poco más.

—Bella...

Lo volví a tocar, despacio esta vez, disfrutando de su reacción.

Él me observaba como si le estuviera costando muchísimo no perder el control. Había algo en eso, en verlo así por mí, que me llenó de una seguridad nueva.

—¿Condón?

—En el cajón.

Lo busqué a tientas y volví enseguida.

Cuando se lo puse y Brody volvió a colocarse sobre mí, nuestras miradas se encontraron otra vez.

—Mírame —dijo, con la voz áspera—. Quiero verte.

Lo hice.

Y cuando entró en mí, no aparté los ojos.

Fue lento al principio.

Profundo.

Como si quisiera darme tiempo a sentirlo todo.

Noté la tensión cediendo poco a poco, mi cuerpo adaptándose al suyo, abriéndose, aceptándolo. Solté un gemido ahogado y él apoyó la frente en la mía.

—Así... joder, así.

Empezó a moverse con más ritmo, cada vez más firme. Yo me aferré a sus hombros, perdida en la fricción, en el calor, en el sonido húmedo de nuestros cuerpos. Cuando su mano bajó entre nosotros y encontró otra vez mi clítoris, mi cabeza se vació por completo.

—Brody...

Dijo mi nombre contra mi boca. Contra mi cuello. Contra mi piel. Como si también se estuviera rompiendo por dentro.

Me corrí una vez más con el cuerpo hecho un temblor.

Él siguió empujando unos segundos, tenso, deshecho, hasta correrse después con un gemido ronco que me recorrió entera.

Durante un rato no nos movimos.

Solo respiramos.

Luego Brody me atrajo contra su pecho, me acomodó de espaldas a él y pasó un brazo por mi cintura.

—Bella —dijo en voz baja.

—Dime.

Tardó un segundo en hablar.

—No quiero que llegue mañana.

Cerré los ojos.

Noté otra vez ese escozor detrás de los párpados.

—Yo tampoco.

Y allí, en la oscuridad de la habitación, con su corazón latiendo contra mi espalda y el peso de todo lo que nos esperaba flotando en el aire, quise creer que aquello podía ser algo más que una despedida.



Bella

Desperté cuando apenas había amanecido.

Durante unos segundos me quedé quieta, desorientada, con la calidez de unas sábanas que no eran las mías pegada a la piel y el cuerpo todavía lento, satisfecho, extrañamente ligero.

Entonces recordé dónde estaba.

Y con quién.

Giré un poco la cabeza y lo vi.

Brody seguía dormido, boca arriba, con una mano descansando sobre el colchón y el pelo oscuro revuelto contra la almohada. Tenía el rostro relajado, sin la tensión que casi siempre llevaba encima, y

por un instante me permití mirarlo sin prisa. Como si pudiera guardar aquella imagen en algún sitio seguro y llevármela conmigo.

Porque iba a irme.

Y aquel momento, tan bonito que casi dolía, no iba a repetirse.

Tragué saliva.

Luego me moví con cuidado para no despertarlo.

Recogí del suelo la ropa que me había quitado la noche anterior y me vestí despacio, todavía notando en la piel el rastro de sus manos, el calor de su boca, la forma en que me había mirado como si yo fuera algo precioso.

Antes de salir, volví la vista una última vez hacia la cama.

Brody seguía dormido.

Tan ajeno a todo lo que estaba a punto de pasar que se me apretó algo dentro del pecho.

Cerré la puerta con suavidad y crucé el pasillo de puntillas hasta mi habitación, con el corazón latiéndome raro. No acelerado. No exactamente.

Solo... lleno.

En cuanto entré, Regaliz levantó la cabeza desde la cama y soltó un maullido suave, ofendido y cariñoso a la vez.

Me agaché para rascarle detrás de las orejas.

—Hola, pequeño —le susurré—. Sí, ya sé. Anoche te abandoné de una forma escandalosa.

El gato ronroneó, traicionando cualquier intento de reproche.

Sonreí a mi pesar.

Después empecé a recoger mis pocas cosas.

No tardé mucho. Tampoco tenía gran cosa que guardar. La ropa que Brody me había conseguido. Los productos que me había

comprado. Cuatro detalles improvisados para una huida que en cualquier momento iba a dejar de parecer temporal para convertirse en mi nueva vida.

Mi nueva vida.

Chiara.

El nombre me atravesó la cabeza con una punzada extraña.

Metí la última camiseta en la bolsa y me quedé quieta un segundo, mirando alrededor del apartamento.

Aquel lugar había sido mi refugio.

Un escondite absurdo dentro de un castillo en Manhattan.

El único sitio en semanas donde había podido respirar sin sentirme vigilada.

Y Brody...

Solté el aire despacio.

Nunca habría imaginado que algo así pudiera pasarme justo en medio del caos. Ni que, cuando todo estaba a punto de romperse, fuera a encontrar algo tan real.

Porque lo de la noche anterior había sido real.

Algo de verdad.

Me senté en el borde de la cama y miré a Regaliz, que se había acomodado sobre la colcha como si nada en el mundo pudiera alterarlo.

—Te voy a echar de menos —le dije bajito—. A ti también.

La palabra *también* se me quedó flotando dentro.

A ti también.

A Brody también.

A mi escuela.

A Sue.

A mis niños.

A la vida que se suponía que era mía.

Inspiré hondo, cerré la cremallera de la maleta y me obligué a no pensar más de la cuenta.

No podía permitírmelo.

Lo único que tenía que hacer era llegar al aeropuerto, subir a un avión y desaparecer.

Así de fácil.

Así de imposible.

A las cinco en punto llamaron a la puerta.

Di un pequeño respingo.

Había pasado horas intentando mantener la cabeza ocupada, pero en cuanto oí aquellos nudillos suaves golpeando la madera, toda la calma fingida se me vino abajo de golpe.

Caminé hacia la puerta con la garganta seca.

Tomé aire.

Abrí.

Y allí estaba él.

Brody me observó en silencio durante un segundo.

Había algo tenso en su postura. Algo controlado. Pero cuando nuestras miradas se encontraron, su expresión se suavizó y me

regaló una sonrisa pequeña que me aflojó el pecho y me lo apretó al mismo tiempo.

—¿Lista? —preguntó.

Asentí despacio.

No hablé enseguida porque tenía la sensación ridícula de que, si abría la boca demasiado pronto, iba a decir algo inconveniente. Algo honesto. Algo de lo que después no habría vuelta atrás.

Él tampoco mencionó nada de la noche anterior.

Pero estaba ahí.

En la forma en que me miraba.

En la forma en que yo no podía dejar de mirarlo a él.

En ese silencio cargado que ya no resultaba incómodo, sino íntimo.

Había cambiado algo entre nosotros.

Y los dos lo sabíamos.

—Estoy preparada —dije al fin.

Llevaba la peluca corta y negra que habían conseguido para mí, además de unas gafas de sol demasiado grandes que ocultaban media cara.

Brody inclinó un poco la cabeza, estudiándome.

—Estás muy diferente así.

—¿Para bien o para mal?

Una sombra de sonrisa le rozó la boca.

—Lo importante es que parezca convincente.

Solté una exhalación que casi fue una risa.

—Espero que lo sea. Aunque algo me dice que nunca debí plantearme una carrera como espía.

Él me miró muy serio.

—Bella, los hombres de Viktor siguen vigilando el castillo —dijo—. Hay un coche esperando junto a una de las puertas secundarias, lejos de la entrada principal. Creo que podremos salir sin que nadie te vea, pero necesito que hagas exactamente lo que te diga.

Mi estómago se tensó.

—Vale.

—Cuando lleguemos al coche, te meterás detrás y tendrás que ir tumbada. Voy a cubrirte para que no puedan verte. ¿Podrás aguantarlo?

Asentí enseguida.

—Sí. Lo que haga falta.

Me sostuvo la mirada un instante más.

Como si quisiera asegurarse de que no iba a romperme delante de él.

—Bien. Vamos.

Caminamos juntos por los pasillos del castillo en silencio.

Yo llevaba la pequeña maleta agarrada con tanta fuerza que empezaban a dolerme los dedos. Brody avanzaba a mi lado atento a cada esquina, a cada sonido, a cada sombra. La tensión se le notaba en el cuerpo entero.

No iba relajado.

Iba preparado.

Llegamos a una puerta discreta en la parte trasera del castillo, alejada de la entrada principal. Brody abrió con sumo cuidado, miró primero hacia fuera y solo entonces me hizo un gesto para que saliera.

El coche nos esperaba donde había dicho.

Oscuro. Con los cristales tintados. Lo bastante anodino como para no llamar la atención y lo bastante cerrado como para esconderme.

—Rápido —murmuró.

Abrió la puerta trasera y yo me colé dentro sin discutir. Me tumbé en el asiento y, un segundo después, noté cómo me cubría con un abrigo grueso y oscuro que olía a él.

A limpio.

A madera.

A Brody.

Mi corazón latía tan fuerte que me parecía imposible que no se oyera desde fuera.

Escuché la puerta cerrarse. Luego el movimiento del asiento delantero cuando él se puso al volante.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—Sí —mentí.

El motor arrancó con suavidad.

Cerré los ojos debajo de la tela, agarrándome al forro del abrigo como si eso pudiera sostenerme.

El trayecto empezó despacio.

Demasiado despacio.

Cada giro me parecía eterno. Cada segundo se estiraba hasta hacerse insoportable.

Y cuando el coche se detuvo, supe al instante que habíamos llegado a la salida.

Oí voces amortiguadas al otro lado.

Masculinas.

Tensas.

Se me heló la sangre.

—Buenas tardes, señor McRae —dijo una voz con acento italiano. ¿Un hombre de Víktor?—. ¿Va a salir?

—Sí. Tengo recados qué hacer—respondió Brody con una calma que me pareció inhumana—. ¿Hay algún problema?

Silencio.

Yo estaba conteniendo la respiración de una forma tan salvaje que empezaba a marearme.

—No. Disculpe las molestias. Puede pasar.

—Gracias.

La voz de Brody sonó seca. Controlada.

El coche volvió a ponerse en marcha.

No solté el aire hasta que noté que acelerábamos de verdad y dejábamos atrás el castillo.

Atrás.

Lo estábamos dejando atrás.

—Ya está —dijo él desde delante, más suave esta vez—. Ha salido bien.

Cerré los ojos con más fuerza y por fin respiré.

Todavía nos quedaba el aeropuerto.

Pero durante unos segundos me permití sentir algo parecido al alivio.

Había conseguido salir de Dunbrae.

Llegamos al aeropuerto antes de lo que esperaba.

Cuando por fin me incorporé en el asiento trasero, el cuerpo me pesaba como si hubiera pasado horas escapando en vez de ir escondida bajo un abrigo. Miré por la ventanilla las cristaleras inmensas, la gente entrando y saliendo, el movimiento constante de maletas, taxis y despedidas.

La vida normal de los demás.

Qué cosa tan obscena.

Brody aparcó cerca de salidas internacionales y se giró hacia mí.

Tenía una sonrisa leve en la boca, pero en los ojos llevaba otra cosa.

Algo triste.

—Ya estamos aquí —dijo.

Asentí.

La garganta se me había cerrado tanto que ni siquiera estaba segura de poder responder sin romperme.

Bajamos del coche y él rodeó el vehículo para abrirme la puerta, como si incluso entonces, en medio del desastre, todavía le quedara espacio para ser así de considerado.

Cogí la maleta.

Eché a andar a su lado.

Entramos en el aeropuerto en silencio.

A nuestro alrededor todo el mundo parecía tener clarísimo adónde iba. Yo también, en teoría.

Inglaterra.

Una nueva identidad.

Una vida prestada.

Pero mis pies pesaban como si cada paso me estuviera arrancando algo.

Brody me acompañó hasta la zona previa al control de seguridad. Allí nos detuvimos.

Nos miramos.

Y por un momento el ruido del aeropuerto desapareció. No había maletas ni pantallas ni viajeros ni anuncios por megafonía.

Solo él.

Solo yo.

Solo esa despedida que ninguno de los dos quería tener.

Brody sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y me lo tendió.

—Toma.

Lo cogí sin apartar la vista de su cara.

—Dentro tienes dinero en efectivo, una tarjeta para sacar dinero en Inglaterra y los datos del hotel en Londres —dijo—. He reservado unos días para que puedas organizarte antes de decidir qué hacer.

Me costó un segundo reaccionar.

Siempre iba un paso por delante.

Siempre pensando en todo.

Incluso cuando eso significaba prepararme la vida lejos de él.

—Gracias —dije al fin, guardándome el sobre—. Por todo.

Él negó un poco con la cabeza.

—Has hecho mucho más tú por mí de lo que crees.

Eso me dolió.

Me dolió porque sonó a despedida de verdad.

A balance final.

A punto y aparte.

Di un pequeño paso hacia él y apoyé una mano en su pecho. Noté el calor firme de su cuerpo bajo la camiseta y tuve que apretar los labios para no decirle que no quería irme. Que no quería esta libertad si el precio era perder un posible futuro donde pudiéramos conocernos de verdad.

—Te voy a echar muchísimo de menos —susurré.

Brody bajó la vista a mi mano y la cubrió con la suya.

Despacio.

Como si también él necesitara tocarme una última vez.

—Y yo a ti —dijo.

Sin bromas.

Sin rodeos.

Así de simple.

Así de devastador.

Asentí, porque hablar se me había vuelto imposible.

Retrocedí un paso.

Luego otro.

—Adiós, Brody.

Él tragó saliva antes de responder.

—Adiós, Bella.

Me giré y fui hacia la cola del control.

Avancé un poco.

Solo un poco.

Porque a los pocos segundos sentí que no podía hacerlo así.

No podía irme con aquella despedida ordenada y contenida, como si lo nuestro hubiera sido algo pequeño.

Me di la vuelta de golpe.

Brody seguía allí.

Quieto.

Mirándome.

Con las manos en los bolsillos y esa tristeza brutalmente controlada que solo él era capaz de llevar con tanta dignidad.

Y corrí.

Salí de la fila ignorando las miradas de la gente y volví hasta él sin pensar, sin medir, sin importarme nada más.

Cuando llegué, lo besé.

No le di tiempo ni a sorprenderse.

Fue un beso lleno de todo lo que no había sabido decirle. Gratitude. Deseo. Miedo. Ternura. Dolor. Algo mucho más peligroso que todo eso junto.

Algo que se parecía demasiado al amor.

Cuando nos separamos, me faltaba el aire.

—Gracias por enseñarme a ser libre —susurré.

Su mano subió a mi mejilla con una delicadeza que se me clavó hondo.

—Cuídate mucho, Bella.

Asentí.

Si me quedaba un segundo más, no iba a subir a ningún avión.

Volví a la cola.

Pasé el control de seguridad.

Y esta vez no miré atrás.

Cuando llegué a la terminal, el cuerpo se me vino abajo un poco.

Fui hasta una cafetería, me compré un café para llevar y me senté junto a la cristalera con el vaso entre las manos, mirando los aviones como si pertenecieran a otro planeta.

Intenté pensar en pasos concretos.

En lo práctico.

En Inglaterra.

En el hotel.

En comprar un móvil nuevo al llegar.

En aprender a responder al nombre de Chiara sin sentir que me estaban arrancando la piel.

Pero no me salía.

Solo podía pensar en lo que dejaba atrás.

Me bebí el café casi sin notarlo.

El sabor era amargo, pero no tanto como el nudo que tenía en la garganta. Cuando quise darme cuenta, tenía el vaso vacío entre las manos y los ojos llenos de lágrimas que me negaba a dejar caer allí, delante de todo el mundo.

Se había acabado.

Mi vida en Nueva York.

Mi trabajo.

Mi nombre.

Todo.

Respiré hondo y me puse en pie.

Era hora de ir hacia la puerta de embarque.

Agarré la maleta y empecé a caminar entre la gente, intentando no pensar demasiado en el hecho de que estaba huyendo del país con una identidad falsa y una vida metida en una bolsa de mano.

Miré al suelo un segundo. Y choqué contra alguien.

—Lo siento —dijo una voz masculina.

Di un paso atrás.

—No, ha sido culpa mía.

Levanté la vista.

Era un hombre vestido completamente de negro. Alto. Corpulento. Gorra oscura. Expresión neutra.

Demasiado neutra.

Y entonces lo sentí.

No sabría explicar qué fue exactamente.

Tal vez la forma en que me miró medio segundo de más.

Tal vez cómo sus ojos se quedaron en mi cara incluso con la peluca y las gafas.

O quizá solo fue ese instinto afilado que llevaba días manteniéndome viva.

Pero todo mi cuerpo se puso en alerta.

Seguí caminando.

Más deprisa.

Intentando convencerme de que estaba exagerando.

De que era paranoia.

De que Viktor no podía alcanzarme también allí.

Escuché pasos detrás de mí.

No mires atrás.

No mires atrás.

No mires atrás.

Giré apenas la cabeza.

Y sí.

El hombre estaba ahí. Caminando justo detrás de mí.

El miedo me golpeó tan fuerte que casi me dejó sin aire.

Aceleré.

Él también.

Mierda.

El pulso empezó a retumbarme en los oídos.

—Espera —dijo a mi espalda.

No.

Eché a correr.

La maleta chocaba contra mi pierna mientras atravesaba la terminal esquivando personas, sillas, carros, malditas maletas ajenas y miradas sorprendidas. Detrás de mí oí pasos más rápidos.

Venía corriendo.

—¡Espera!

Seguí.

No iba a dejar que me cogieran.

No iba a volver con Viktor.

No.

Sentí una mano rozarme el brazo.

Grité ahogada y, por puro reflejo, lancé una patada hacia atrás con toda la fuerza que pude. Escuché un gruñido de dolor y aproveché ese segundo para seguir corriendo todavía más rápido.

La respiración me quemaba.

Los pulmones me dolían.

Pero no paré.

Doblé una esquina a toda velocidad.

Y alguien me agarró de la muñeca.

Solté un grito aterrorizado.



Brody

—¡Bella, cálmate! ¡Cálmate! Soy yo —dije con voz firme, intentando sonar tranquilizador al mismo tiempo.

Ella alzó la mirada, aterrada.

Tardó unos segundos en reconocermé y sentí con claridad cómo le temblaba todo el cuerpo entre mis manos.

—¿Brody? ¿Qué...? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo...? —tartamudeó, mirándome atónita—. ¿Cómo has pasado el control de seguridad?

—Ahora no hay tiempo para explicaciones. Confía en mí, ¿vale? Tenemos que salir de aquí ya.

Asintió deprisa, respirando agitada, con los ojos brillantes de puro terror.

Le sujeté la mano con firmeza y echamos a correr juntos por el aeropuerto.

Notaba cómo Bella luchaba por seguir mi ritmo, pero sabía que no podíamos permitirnos bajar la velocidad. Cruzamos una zona abarrotada de pasajeros que nos miraban con curiosidad y desconcierto.

Eché un vistazo rápido por encima del hombro.

Y entonces lo vi.

El hombre de negro avanzaba entre la multitud buscándonos con la cara tensa de rabia.

Joder.

Teníamos que desaparecer cuanto antes.

—Por aquí —dije, tirando de Bella hacia una pequeña tienda de souvenirs.

—¿Qué...? ¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella, jadeando.

—Seguir corriendo.

Atravesamos la tienda a toda velocidad, esquivando estantes llenos de recuerdos y turistas que nos lanzaban miradas sorprendidas. Salimos por otra puerta que conectaba con una cafetería llena de gente y aproveché el gentío para mezclarnos un instante con ellos antes de girar hacia una zona más lateral.

Mi cabeza iba demasiado deprisa.

Necesitábamos un sitio seguro. Aunque solo fuera por unos minutos. Lo suficiente para perderle la pista.

Entonces la vi.

Una puerta blanca, discreta, con un cartel indicando que era un baño accesible.

No dudé.

Tiré de Bella hacia allí, abrí rápido y la empujé dentro antes de cerrar tras nosotros.

La estancia era pequeña, iluminada por una luz fría y tenue.

Bella se apoyó en la pared, respirando con dificultad, con el pecho subiendo y bajando demasiado deprisa. Me giré hacia ella intentando controlar mi propia respiración mientras observaba cómo seguía temblando de pies a cabeza.

—Bella, mírame. Estás a salvo, ¿me oyes? —dije en voz baja, acercándome despacio para tomarle la cara entre las manos—. Aquí estás segura.

Sus ojos, enormes y llenos de miedo, se clavaron en los míos.

Poco a poco, la desesperación empezó a dar paso al alivio.

—Brody... —susurró con la voz rota—. Él... él me ha encontrado. Viktor...

—No, no lo ha hecho. ¿Me oyes? —repetí con firmeza—. No voy a dejar que te haga daño. Vamos a solucionarlo, ¿vale?

Asintió despacio, todavía intentando calmarse, mientras yo seguía sosteniéndole el rostro con cuidado.

Y en ese instante supe que jamás permitiría que Viktor Bellucci volviera a ponerle un dedo encima.

Costara lo que costara.

Bella seguía respirando deprisa, con la confusión todavía clavada en los ojos.

Sabía lo que iba a preguntarme antes incluso de que abriera la boca.

—Brody... espera. ¿Qué demonios haces aquí? ¿Cómo has pasado el control de seguridad?

Solté un suspiro y me froté la mandíbula con incomodidad.

Había llegado el momento de confesarlo.

—Cuando te dejé en la cola del control no fui capaz de marcharme —admití al fin—. Compré un billete cualquiera para poder entrar contigo y asegurarme de que subías al avión sin problemas.

Parpadeó despacio, procesándolo.

—¿Compraste un vuelo solo para asegurarte de que yo embarcara?

Asentí.

—Exactamente. No te lo dije porque pensé que no tenía sentido complicar más las cosas. Solo quería vigilar desde lejos, verte embarcar y asegurarme de que estabas a salvo. Pero entonces vi al hombre vestido de negro. Vi cómo chocaba contigo y cómo luego empezaba a seguirte —expliqué, notando cómo se me tensaba la mandíbula al recordarlo—. Supe enseguida que era alguien de Viktor. No podía quedarme mirando. Esperaba no tener que intervenir, pero en cuanto vi lo que estaba pasando tuve que moverme. Y por suerte tenía pensado un plan B por si algo salía mal.

Bella tragó saliva.

—Entonces ya no puedo coger ese vuelo.

Negué lentamente.

—Sería demasiado peligroso intentarlo ahora. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Su expresión se ensombreció todavía más.

—¿Volvemos al castillo, entonces?

—No podemos —respondí sin rodeos—. Seguramente los hombres de Viktor ya me han identificado. Puede que a estas alturas sepan perfectamente quién soy. Y eso significa que el castillo ya no es seguro para ninguno de los dos.

La realidad cayó entre nosotros con una fuerza demoledora.

Pero no me arrepentía de nada.

La idea de dejarla marcharse sola sin asegurarme al cien por cien de que subía a ese avión sana y salva me había resultado insoportable.

Por eso, casi sin pensarlo, compré aquel billete absurdo.

Un vuelo que no tenía intención de coger, pero que me permitiría entrar con ella y vigilarla desde lejos.

Y al final había sido la decisión correcta.

Porque si no hubiera estado allí, si no hubiera visto a aquel hombre siguiéndola con esa determinación, ahora mismo Viktor Bellucci ya habría puesto las manos sobre ella.

Y eso era algo que yo no iba a permitir jamás.

Que Viktor tuviera vigilancia en el aeropuerto era una opción, pero deseaba a toda costa que no fuera así.

Una lástima.

Bella dio un paso hacia mí y me sacó de mis pensamientos al deslizar su mano dentro de la mía.

—Gracias, Brody —dijo en voz baja—. Por estar aquí, por venir a por mí... por todo.

Le devolví la presión de los dedos y respiré hondo sin apartar la vista de sus ojos.

—Siempre, Bella. Pero ahora tenemos que movernos rápido —dije con determinación—. ¿Estás preparada para correr una vez más?

Asintió, con los ojos brillando.

—Contigo, estoy preparada para lo que haga falta.

Solté un suspiro largo antes de sacar el móvil del bolsillo, todavía con los dedos algo torpes por la tensión acumulada.

Bella me observaba expectante, pegada a la pared del baño, aún con el susto metido en el cuerpo.

—Tengo que llamar a Liam —le dije—. Ya estaba prevenido por si algo así pasaba. Tenemos un conocido en el aeropuerto.

Abrió los ojos con sorpresa, pero asintió sin hacer preguntas.

Marqué el número de Liam y él contestó casi al instante.

—¿Brody?

—Sí. Ha habido problemas, nos han descubierto. Bella está conmigo. Dile a tu hombre que necesitamos salir ahora mismo.

Hubo una pausa brevísima y luego la voz calmada de mi hermano.

—Dame dos minutos. No os mováis de donde estáis.

Colgué y miré a Bella intentando transmitirle calma.

—Ya está hecho. Vamos a salir de aquí enseguida.

Ella soltó un poco el aire, aliviada.

Durante esos minutos interminables, el silencio entre nosotros se volvió denso, cargado de tensión. No pude evitar acercarme un poco más y tomarle la mano entre las mías.

Necesitaba que supiera que no iba a dejar que le pasara nada.

Finalmente el móvil vibró en mi mano.

Era un mensaje de Liam.

LIAM

Puerta E17. Mi conocido ya os espera.

—Ya está —dije con decisión, apretando la mano de Bella—. Vámonos.

Abrí la puerta despacio y miré a ambos lados del pasillo para asegurarme de que estuviera despejado. Después empezamos a caminar deprisa, intentando pasar inadvertidos entre los viajeros que llenaban la terminal.

Mis ojos iban fijos al frente, buscando la señalización de las puertas.

Cuando por fin localicé la E17, aceleré todavía más el paso.

Junto a la puerta, un hombre uniformado del personal del aeropuerto nos observó con discreción y nos hizo una pequeña señal para que lo siguiéramos.

Sin decir palabra, abrió rápido una puerta marcada con *Solo personal autorizado* y nos coló dentro de un pasillo estrecho, silencioso y vacío.

—Seguidme. Rápido —dijo con una voz firme.

Recorrimos aquel laberinto de pasillos internos sin cruzarnos con nadie.

Bella caminaba muy pegada a mí, apretándome la mano con fuerza mientras avanzábamos.

Al final del recorrido, una puerta metálica se abrió hacia una plataforma de carga exterior.

Allí nos esperaba un coche oscuro con el motor en marcha y las puertas traseras abiertas.

—Subid deprisa —ordenó—. Este coche os sacará de aquí ahora mismo.

Le di un apretón rápido de agradecimiento antes de empujar con suavidad a Bella hacia el interior.

En cuanto entramos, las puertas se cerraron de golpe y el coche arrancó al instante.

Las ventanas estaban tintadas, ocultándonos por completo del exterior, pero aun así ambos nos agachamos por reflejo en el asiento

trasero.

No queríamos correr ningún riesgo.

Si todavía quedaban hombres de Viktor Bellucci rondando por el aeropuerto, no podían vernos.

Bella me miró con los ojos brillantes, llenos de emoción contenida.

Yo asentí despacio, intentando darle la seguridad que necesitaba con desesperación.

Íbamos a estar bien.

Y ya no había vuelta atrás.

19



Bella

Era noche cerrada cuando abrí los ojos despacio, todavía algo desorientada, con la cabeza apoyada sobre el hombro de Brody.

Durante unos segundos no tuve ni idea de dónde estaba.

Pero poco a poco volvió la conciencia.

El aeropuerto. El hombre de negro persiguiéndome por la terminal. Brody. La escapada en coche.

La tensión me atravesó otra vez y me incorporé con cautela, mirando alrededor.

Estábamos parados frente a una pequeña casa aislada. A través del cristal tintado solo distinguía sombras borrosas, pero estaba claro que ya no seguíamos en Manhattan. La ciudad había quedado atrás

y, en su lugar, había un paisaje que parecía sacado de una postal. La silueta oscura de unas montañas recortaba un cielo lleno de estrellas.

Parpadeé, confusa, y me froté un poco los ojos mientras intentaba ubicarme.

—¿Dónde estamos? —pregunté con la voz todavía adormilada, girándome hacia Brody.

Él me dedicó una sonrisa tranquila, aunque se lo veía tan cansado como yo.

—En un sitio seguro. Liam y Xander, su contacto, ya habían previsto esta posibilidad. Nos han conseguido esta casa, lejos de la ciudad, alquilada con un nombre falso. Nadie debería encontrarnos aquí.

Solté el aire, aliviada, y volví a mirar por la ventanilla, fijándome en el entorno.

Parecía una zona tranquila, silenciosa, lejos de miradas indiscretas.

Un sitio perfecto para esconderse unos días.

Brody salió primero, revisó la zona con rapidez y luego me abrió la puerta.

Una brisa fría me golpeó la cara y me despejó del todo.

Inspiré ese aire limpio con gratitud.

Nos acercamos despacio hasta la entrada de la casa. Brody rebuscó unos segundos cerca del marco superior y sacó una llave pequeña escondida detrás de la madera vieja.

—Esto es muy de película, ¿no crees?

—Sí. Parece que sin pretenderlo nos hemos metido en una peli de espías.

La puerta crujió al abrirse y dejó ver el interior de la vivienda.

Todo estaba en penumbra, pero se intuía una calidez sencilla y acogedora. Muebles de madera rústica. Una chimenea pequeña en el centro del salón. Alfombras gastadas que daban al ambiente un aire hogareño.

Era el tipo de casa perfecta para esconderse del mundo y recuperar el aliento.

Encendimos algunas luces suaves y, por primera vez en horas, sentí que podía respirar un poco mejor.

Estábamos lejos de Viktor y de sus hombres.

Lejos del peligro.

Al menos de momento.

Brody me observó un instante en silencio antes de hablar.

—¿Tienes hambre?

Negué con suavidad.

Seguía teniendo el estómago cerrado por toda la tensión acumulada.

—No, gracias. No creo que pueda comer ahora mismo.

Asintió y fue hacia la pequeña cocina. Lo oí abrir armarios, revisando lo que había.

—Hay comida preparada y todo lo que necesitamos para aguantar aquí unos días —comentó con calma—. Liam y Xander lo tenían bastante bien pensado.

Sonreí un poco.

Brody llenó una tetera y la puso al fuego.

—Te prepararé una infusión. Nos vendrá bien a los dos.

Asentí en silencio y fui a sentarme en el sofá mientras él seguía moviéndose por la cocina.

Unos minutos después regresó con dos tazas calientes. Me entregó una y se sentó a mi lado.

Sostuve la taza entre las manos, dejando que el calor me empapara los dedos.

Brody se reclinó ligeramente contra el respaldo y soltó un suspiro cargado de cansancio.

—¿Y ahora qué va a pasar, Brody? —pregunté al fin, rompiendo el silencio espeso que había crecido entre nosotros—. Estamos a salvo aquí, pero no podemos quedarnos eternamente.

Respiró hondo y se pasó una mano por el pelo oscuro, en uno de esos gestos de inquietud que ya empezaba a reconocerle.

—No lo sé, Bella. De momento tenemos que quedarnos aquí unos días, eso seguro. Ahora que Viktor sabe quién soy y que estoy implicado, todo se complica todavía más —dijo con expresión grave.

Fruncí el ceño, preocupada de repente por la magnitud del lío en el que se había metido por mi culpa.

—Entonces, ¿cómo salimos de esto?

Brody soltó otro suspiro antes de responder.

—La verdad es que llevo un rato dándole vueltas a algo —admitió, mirando la taza entre sus manos—. Los documentos que guardas en tu móvil, toda esa información sobre Viktor... ¿hasta qué punto podrían hundir su negocio?

La pregunta me pilló un poco por sorpresa.

Parpadeé y pensé en las fotos que había tomado aquella tarde en su despacho, con las manos temblando de miedo y prisa.

—Bastante —admití al final—. Había contratos raros, transferencias sospechosas, nombres conocidos vinculados a cosas ilegales... Con eso la policía podría detenerlo sin demasiados problemas. Podría hacer pedazos todo su imperio.

Brody alzó la mirada y la clavó en mí con intensidad, como si intentara leer cada matiz de lo que acababa de decir.

—¿Te importaría que Xander sacara esa información del móvil y la analizara sin que puedan rastrearlo?

Parpadeé.

Dudé apenas un segundo antes de asentir.

—No, claro que no. Pero ¿cómo vamos a hacerle llegar el móvil desde aquí?

Él me apretó la mano con una sonrisa tranquilizadora.

—Eso también está previsto. Mañana por la mañana vendrá alguien de confianza para traernos un móvil limpio, imposible de rastrear. He dejado el mío dentro de una bolsa faraday también. Podemos darle tu móvil a esa persona para que se lo haga llegar a Xander.

Tragué saliva, todavía inquieta por la facilidad con la que Brody parecía ir cerrando cada cabo suelto.

Aun así, su seguridad me reconfortó.

—Y cuando tengamos todo eso, ¿qué haremos exactamente? —pregunté bajando un poco la voz—. ¿Se lo enviaremos a la policía?

Brody suspiró despacio.

—Todavía no lo sé. Primero tenemos que ver con exactitud qué tenemos entre manos. Pero me da la sensación de que en esos documentos está la clave para sacarnos de esta situación. Creo de verdad que nuestra salvación está ahí dentro.

Asentí despacio, dejando que sus palabras se me asentaran dentro.

Tenía razón.

Por primera vez en días sentí algo parecido a la esperanza.

Frágil. Pequeña. Pero real.

Porque quizá, solo quizá, todo podía terminar bien.



Brody

Después de recoger las tazas y apagar las luces del salón, comprobé una última vez que puertas y ventanas estuvieran bien cerradas. Bella me siguió en silencio por el pasillo estrecho donde estaban las dos habitaciones pequeñas de la casa.

Me detuve frente a la primera y me giré hacia ella con cierta incertidumbre.

—Hay dos habitaciones. Puedes quedarte aquí y yo dormiré en la otra.

Bella vaciló un instante y clavó en mí esos ojos oscuros, grandes, dulces, llenos de una vulnerabilidad que me apretó algo por dentro.

—¿Te importaría si dormimos juntos esta noche? —preguntó en voz baja, algo insegura—. Sé que suena tonto, pero ahora mismo no me apetece estar sola.

La miré en silencio unos segundos, sintiendo cómo se me formaba un nudo cálido en el pecho.

—Claro que no me importa —respondí al final, acariciándole el brazo—. La verdad es que a mí tampoco me apetece demasiado estar solo ahora.

Entramos despacio en la habitación, bañada por una luz plateada que entraba por la ventana. Bella se acercó a la mochila que habíamos subido del coche para buscar algo cómodo con lo que dormir, mientras yo me quitaba la ropa hasta quedarme en bóxers.

—Siento no haber traído pijama —comenté, intentando sonar ligero.

Bella alzó la cabeza y sonrió un poco, aunque no se me escapó cómo sus ojos me recorrieron el cuerpo antes de volver a mi cara.

—No pasa nada. Creo que podré superarlo.

Su sonrisa tenía un punto travieso que me hizo apretar la mandíbula un segundo. Sacó de la mochila uno de los pijamas suaves y holgados que yo mismo le había comprado y se lo llevó al pecho.

Aparté la mirada mientras se cambiaba para darle intimidad. Pero cuando terminó y se acercó a la cama, no pude evitar mirarla otra vez.

Estaba preciosa.

Delicada, suave, vulnerable, con aquella ropa sencilla y el pelo oscuro cayéndole suelto sobre los hombros, iluminado por la claridad tenue de la luna.

Nos metimos juntos en la cama y nos acomodamos despacio bajo las sábanas frescas. El silencio se instaló entre nosotros, cálido

y extraño, hasta que su voz lo rompió.

—Brody, siento muchísimo haberte metido en todo esto —susurró, claramente apenada—. Por mi culpa tu vida entera se ha complicado. Tu trabajo, tus hermanos... Y ahora mi vida en Inglaterra tendrá que esperar.

Me giré hacia ella y le observé la cara con ternura.

—Eh, no digas eso —murmuré, acariciándole la mejilla—. Yo decidí ayudarte. Nadie me obligó a nada. Y lo de Inglaterra... bueno, ya veremos. Siempre hay tiempo.

Bella soltó el aire despacio y se acercó un poco más a mí mientras me estudiaba con ojos serios.

—¿Crees que sería más fácil salir del país desde un aeropuerto pequeño?

Guardé silencio un momento, valorando lo que iba a decirle.

Mi corazón latía demasiado rápido cuando al final me atreví a hacer la pregunta que llevaba horas dándome vueltas en la cabeza.

—Bella, si hubiera una manera de que pudieras quedarte... ¿te gustaría hacerlo?

Noté cómo se le cortaba el aliento.

—¿Quedarme? ¿En Nueva York? —preguntó sorprendida—. ¿Crees que eso sería posible?

Me encogí ligeramente de hombros y le busqué la mano bajo las sábanas.

—Ahora que Viktor ya sabe quién soy, no creo que irte solucione del todo el problema. Estoy metido hasta el cuello contigo y eso no va a cambiar. Pero si conseguimos hacer algo con la información que tienes sobre él... puede que haya una forma. Si la hubiera, ¿te quedarías?

Esta vez no dudó.

Sus ojos brillaron en la penumbra cuando asintió.

—Sí. Joder, claro que sí. Podría volver a la escuela, seguir siendo maestra, tener a mis niños cerca, quedar con Sue... Y tú...

Algo dentro de mí se aflojó al oírla.

—Entonces tendremos que conseguirlo —susurré.

Bella sonrió un poco más. Las mejillas se le habían teñido de rosa y eso me remató.

—¿Crees que podría quedarme también con Regaliz? —preguntó con una sonrisa llena de esperanza—. Le he cogido muchísimo cariño.

Solté una risa baja y negué con la cabeza.

—Eso tendría que negociarlo con mi cuñada. Genny es bastante posesiva con sus gatos.

—Bueno, supongo que podríamos compartirlo —dijo riéndose por lo bajo—. Pero sobre todo me encantaría quedarme y poder salir contigo a cenar, ir al cine... Me gustaría que nos conociéramos, si tú también quieres, claro. Sé que no hemos hablado de lo que pasó anoche. Pero para mí fue algo más que un polvo casual. Si pudiera quedarme en Nueva York y tú me dejaras... me gustaría ser una chica normal preparada para enamorarse de ti.

Aquellas palabras me dieron de lleno en el pecho.

Alargué la mano y aparté con suavidad un mechón de pelo oscuro de su cara.

—Yo quiero lo mismo, Bella —dije con firmeza—. Encontraremos la forma de que eso sea posible. Esta noche, cuando noté que te habías ido de mi habitación, sentí un vacío que no había sentido nunca. Algo en mí me dice que tú eres esa *ella* de la que hablan todas esas canciones de amor.

Bella se quedó mirándome en silencio. Respiraba poco a poco, como si intentara contener todo lo que sentía, y tenía los ojos

brillantes.

Luego se acercó despacio, cerrando el espacio entre nosotros, hasta rozarme los labios.

La besé con ternura y en ese beso desaparecieron de golpe las dudas, el miedo, el peligro y todo lo demás.

Porque en ese momento tuve claro dónde quería estar.

Y era justo allí, en aquella cama, con ella entre mis brazos.

21



Brody

La besé otra vez y esta vez ya no hubo nada suave en ello.

Bella abrió la boca para mí con un jadeo pequeño, y aproveché ese sonido para profundizar el beso, saboreándola despacio al principio y con mucha menos paciencia un segundo después. Su lengua se enredó con la mía y noté cómo todo su cuerpo se arqueaba hacia mí, como si ya no pudiera seguir fingiendo calma.

Yo tampoco.

La apreté contra el colchón con una mano en la cintura y la otra deslizándose por debajo de la camiseta del pijama. Su piel estaba caliente, suave, y cada vez que mis dedos descubrían un tramo nuevo de su cuerpo, ella temblaba como si la chispa le saltara por dentro.

—Brody... —jadeó contra mi boca.

La forma en que dijo mi nombre me golpeó directamente en el vientre.

Le subí la camiseta despacio, besándole los labios entre cada gesto, dándole espacio para apartarme si quería.

No lo hizo.

Al contrario.

Se incorporó lo justo para ayudarme a quitársela y volvió a tumbarse mirándome con la respiración agitada y las mejillas ardiendo.

Estaba preciosa.

Demasiado.

Bajé la boca por su cuello, la clavícula, el nacimiento del pecho, mientras una de mis manos seguía explorándole la cintura, la curva de la cadera, el borde del pantalón del pijama. Noté cómo contenía el aliento cuando mis dedos se detuvieron ahí.

—Dime que pare y paro —murmuré.

Negó con la cabeza al instante.

—No pares.

Eso fue todo lo que necesité.

Le bajé el pantalón despacio, besando la piel que iba descubriendo, y Bella soltó un gemido bajo, tembloroso, que me hizo apretar la mandíbula. Cuando volvió a buscarme la boca ya no quedaba nada tímido entre nosotros. Me besó con hambre, con una urgencia que me volvió completamente loco. Su mano se coló bajo la cinturilla de mis bóxers y al tocarme tuve que separar la frente de la suya solo para respirar.

—Joder, Bella...

Ella soltó una risa nerviosa, casi satisfecha, y volvió a acariciarme, rodeando mi polla con los dedos, esta vez con algo más de seguridad. El calor de su mano, la torpeza dulce del gesto mientras subía y bajaba, el modo en que me miraba como si todavía no terminara de creerse que me tenía así... todo me estaba rompiendo.

Yo deslicé la mano entre sus muslos. En cuanto metí un dedo entre sus pliegues y acaricié su clítoris, Bella cerró los ojos y dejó escapar un jadeo roto. La sentí caliente, húmeda, ya preparada para mí, y esa certeza me nubló la cabeza.

—Mírame —le pedí.

Lo hizo, mordándose el labio.

Seguí acariciándola despacio, disfrutando de cada reacción, de cómo se le tensaba el vientre, de cómo separaba más las piernas, de cómo mi nombre empezaba a escapársele de la boca con una necesidad que ya no sabía esconder. No quise ir deprisa. Quise verla perder el control poco a poco, sentir cómo se me deshacía entre las manos.

—Así... —susurró, moviéndose contra mí.

—Lo sé.

La toqué con más presión, marcándole un ritmo firme que la hizo jadear más alto. Bella dejó de tocarme para aferrarse a mi hombro y a las sábanas, buscando algo a lo que sujetarse mientras su respiración se volvía cada vez más irregular.

—Brody, por favor...

Me incliné para besarla justo mientras seguía tocándola, tragándome sus gemidos, dejando que la tensión creciera entre los dos hasta hacerla estremecerse entera. Podría haberla llevado al límite entonces, y los dos lo sabíamos, pero me detuve un segundo, solo uno, lo suficiente para verla abrir los ojos con frustración.

—No seas malo —murmuró.

Sonreí contra su boca.

—No sabes lo difícil que me lo estás poniendo.

Volví a bajar la mano entre sus piernas y esta vez no aflojé. La noté tensarse, perder el aire, apretarse contra mí con una desesperación preciosa.

—Dime lo que quieres.

Bella abrió los ojos, brillantes, deshecha, con el pecho subiendo y bajando a toda velocidad.

—Quiero que me hagas tuya —susurró con la voz temblorosa—. Ahora.

Aquello terminó de romperme.

Me quité los bóxers con una torpeza poco digna, demasiado pendiente de ella, del calor de su cuerpo, de cómo me miraba. Bella me acarició cuando volví a colocarme entre sus piernas y tuve que cerrar los ojos un segundo para no perder del todo la cabeza.

Le separé suavemente los muslos y me incliné para besarla otra vez, más lento, más profundo, intentando regalarme un último segundo de control antes de desaparecer dentro de ella.

Y fue justo entonces cuando caí en la cuenta.

Me quedé quieto.

Bella frunció un poco el ceño, todavía sin aire.

—¿Qué pasa?

Apoyé la frente en la suya y maldije en voz baja.

—Joder... no llevo condones.

La confusión apenas duró un instante en sus ojos. Enseguida dio paso a una urgencia nerviosa.

—Brody...

—Lo digo en serio. —Me obligué a apartarme lo justo para mirarla bien—. No pensé que pudiera darse esta situación.

Ella me sostuvo la mirada unos segundos, todavía jadeante.

—Tomo la píldora. Y estoy limpia —añadió más despacio—. No pasa nada.

Aun así dudé.

No porque no la deseara.

Precisamente por todo lo contrario.

—No quiero que mañana pienses que debimos parar.

Bella me acarició la cara, todavía con la respiración temblándole un poco.

—Si no quisiera, te lo diría.

—Bella...

—Te lo diría.

Hubo algo en la firmeza suave de su voz que terminó de desarmarme.

La besé otra vez, esta vez casi con reverencia, como si me estuviera entregando algo mucho más grande que permiso.

—Mírame —le pedí, con la voz áspera.

Lo hizo.

Y cuando por fin entré en ella, lo hice despacio, sintiendo cómo los dos perdíamos el aire a la vez.

Joder.

Estaba caliente, apretada, y la sensación de hundirme en ella sin nada entre los dos me nubló la cabeza por completo. Me quedé quieto un segundo, mordiéndome un gemido, intentando no precipitarme.

—Brody... —susurró, clavándome las uñas en los hombros.

Me moví otra vez, lento al principio, dándole tiempo, aunque cada fibra de mi cuerpo me pedía más. Bella arqueó la espalda y me rodeó con las piernas, arrastrándome más adentro, y eso terminó de matarme.

Empecé a empujar con más ritmo.

La cama crujió suavemente bajo nosotros. Su respiración se mezcló con la mía, con los sonidos húmedos de nuestros cuerpos, con los gemidos que ya ninguno de los dos intentaba contener. Cada vez que entraba en ella, Bella soltaba mi nombre como si le doliera y le gustara al mismo tiempo. Yo la besaba, le mordía suave el cuello, la agarraba más fuerte de la cadera, buscando un ritmo que la hiciera perderse del todo.

Cuando bajé una mano entre nosotros y la toqué otra vez, se deshizo.

La sentí tensarse, temblar, romperse con un gemido que me atravesó entero. Verla así, abierta, sin defensas, apretándose alrededor de mí mientras se corría, me arrastró detrás de ella casi al instante. Me corrí con un sonido bajo, hundiendo la cara en su cuello, sujetándola como si no quisiera caer solo.

Después no nos movimos.

Solo respiramos, con el corazón desbocado y el cuerpo todavía sacudiéndose a pequeños intervalos.

Bella me acarició la nuca. Yo le besé el hombro, incapaz de apartarme.

—Creo que acabamos de encontrar una buena razón para luchar por salir de esto juntos.

Apreté un poco más los brazos a su alrededor y le besé la frente.

—Estoy completamente de acuerdo. Ahora tenemos un buen motivo para que todo salga bien.

Ella sonrió y cerró los ojos, acomodándose entre mis brazos.

La abracé entonces, tirando de ella hasta dejarla pegada a mi pecho, con las piernas todavía enredadas bajo las sábanas y el calor de su piel metiéndoseme dentro como una promesa demasiado peligrosa.

Y allí, con ella temblando aún entre mis brazos y el cuerpo satisfecho pero el pecho hecho un nudo, entendí que el amor no pide permiso para colarse por las grietas, derribar muros y obligarte a replanteártelo todo.

Bella ya no se iba.

Y yo estaba decidido a no soltarla nunca más.



Bella

El ruido del coche entrando por la grava fue lo que nos despertó a primera hora de la mañana.

Me incorporé enseguida en la cama, todavía medio dormida. A mi lado, Brody ya estaba en pie, subiéndose deprisa los pantalones mientras se acercaba con cautela a la ventana. Apartó un poco el visillo y miró hacia fuera con el ceño fruncido.

—¿Quién es? —pregunté, poniéndome rápido la camiseta que él mismo me había comprado días atrás.

Brody soltó un pequeño suspiro de alivio y se volvió hacia mí.

—Es Liam —dijo, con una voz ya más relajada, aunque todavía se le notaba la tensión en los hombros—. Vístete, vamos.

Me vestí deprisa, intentando calmar los latidos acelerados de mi corazón. Cuando salimos juntos al pequeño porche, Liam ya se estaba bajando del coche con gesto preocupado y cara de pocos amigos.

—Hola —dijo secamente, acercándose a buen paso—. Me alegro de veros todavía de una pieza.

—¿Va todo bien? —preguntó Brody con cautela.

Liam negó un poco con la cabeza y le tendió una bolsa de deporte oscura.

—Te he traído ropa, provisiones básicas y esto —añadió, entregándole también un teléfono pequeño todavía precintado—. Es un móvil de prepago que Xander ha preparado para vosotros. Es totalmente irrastreable, así que a partir de ahora usad solo este.

Brody asintió con gesto serio, cogiendo el móvil con una expresión agradecida, pero tensa.

Liam respiró hondo antes de seguir.

—Anoche Viktor se presentó en el castillo, Brody. Preguntó por ti.

Sentí cómo se me encogía el estómago.

Brody respiró despacio, sin apartar la vista de su hermano.

—¿Qué pasó? ¿Le dijisteis algo?

Liam negó otra vez, con cansancio.

—No. Todos mantuvimos la misma versión. Nadie sabía nada. Pero sinceramente, no sé cuánto tiempo podremos seguir así sin que sospeche. —Me miró un instante—. Está decidido a encontrarte, Bella. Y ahora creo que también a ti, hermano.

Brody bajó la vista un segundo y volvió a levantarla, tenso.

—Lo sé. Pero tenemos algo que podría ayudarnos. —Se giró hacia mí—. Bella, ¿puedes traer la bolsa Faraday con tu móvil?

Asentí enseguida y entré en la casa a buscarla. Cuando volví, Brody la cogió entre las manos y miró a Liam con determinación.

—Necesitamos que Xander saque toda la información que hay aquí dentro para analizarla. Documentos, contratos, transferencias, cualquier cosa que sirva para hundir a Viktor. Creo que esta puede ser nuestra mejor baza.

Liam asintió despacio, captando enseguida la gravedad de lo que le estaba diciendo.

—Se lo llevaré ahora mismo. Estoy seguro de que podrá darnos una respuesta rápida sobre lo que tenemos.

Brody soltó algo parecido a un suspiro de alivio y le entregó la bolsa.

—Cuanto antes, mejor. Cuídate, Liam.

—Vosotros también —respondió él, dedicándonos una última mirada preocupada antes de volver al coche y marcharse.

Me giré hacia Brody con el corazón todavía acelerado.

—¿Crees que esto va a funcionar?

—Tiene que funcionar, Bella. Vamos a salir de esto juntos. Te lo prometo.

Y yo le creí.

Porque si algo había aprendido con él en aquellos días era que, juntos, parecíamos capaces de enfrentarnos a cualquier tormenta.

Desayunamos sin prisa, disfrutando de aquel momento extraño de calma. Después hicimos el amor durante toda la mañana, despacio,

con suavidad, como si realmente tuviéramos todo el tiempo del mundo y nada más importara aparte de estar juntos.

Tras comer algo ligero, Brody me propuso salir a dar una vuelta. La casa estaba lo bastante aislada como para que los dos nos sintiéramos seguros, así que acepté encantada.

Cogimos un sendero estrecho que salía por detrás de la casa y nos internamos en el bosque. La tarde estaba fresca, tranquila, y el olor de los árboles y de la tierra húmeda llenaba el aire con una sensación reconfortante.

Caminamos despacio, cogidos de la mano, hablando de todo y de nada al mismo tiempo. Brody me contó recuerdos de su infancia en el castillo Dunbrae, historias divertidas de él y sus hermanos. Yo le hablé de mis sueños de niña, de los veranos en casa de mis abuelos en Italia, de cómo la vida a veces no sale como una espera, pero otras veces te sorprende con regalos que no has sabido imaginar.

Al final llegamos a un riachuelo escondido entre los árboles, con el agua clara corriendo entre piedras cubiertas de musgo.

Nos sentamos en una roca grande y plana junto a la orilla y durante unos minutos nos quedamos allí en silencio, disfrutando simplemente de la tranquilidad.

Fue Brody quien rompió primero el silencio.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Le miré despacio, sonriendo un poco.

—Claro.

Dudó un segundo antes de hablar.

—¿Cómo se arruinaron tus padres, Bella? Nunca me has contado los detalles.

Suspiré y desvié la mirada hacia el agua.

No era un recuerdo agradable, pero a esas alturas ya no tenía sentido esconderle nada.

—Hicieron varias inversiones que salieron mal —expliqué al fin, recordando aquella época oscura—. Apostaron prácticamente todo lo que teníamos a un proyecto inmobiliario en el extranjero. Sobre el papel parecía seguro, rentable, perfecto. Pero algo salió mal. Nunca supimos exactamente qué pasó, solo que el proyecto se derrumbó casi de la noche a la mañana y se llevó por delante todo nuestro patrimonio.

Brody se quedó callado unos segundos, mirándome con gesto pensativo.

—Lo siento mucho. Debió de ser muy duro.

—Lo fue —admití—. Pero lo peor no fue perder el dinero. Fue la humillación. Ver cómo mi familia pasaba de ser respetada a quedar completamente hundida. Y entonces apareció Viktor ofreciéndose a ayudar... y ya sabes cómo siguió todo.

Me volví hacia Brody y lo miré despacio, sintiendo el aire fresco en la piel. La paz de aquel rincón era un contraste rarísimo con toda la incertidumbre que seguía rodeándonos, pero en ese instante decidí agarrarme solo al presente. A él.

—¿Sabes una cosa? —dije al final, en voz baja—. No tengo ni idea de lo que va a pasar. No sé qué ocurrirá con nosotros ni cómo vamos a arreglar todo esto... pero no pienso renunciar a lo que siento por ti, Brody. Ya he renunciado demasiadas veces en mi vida. Esta vez no voy a hacerlo.

Brody sostuvo mi mirada con intensidad, se inclinó hacia mí y me besó como si quisiera prometerme una vez más, sin palabras, que todo iba a salir bien.

Esa noche Brody volvió a hacerme el amor despacio, con una suavidad que me apretó el corazón. Cada beso suyo parecía una promesa silenciosa. Cada caricia, una declaración.

Sentirlo dentro de mí, abrazado a mi cuerpo mientras se movía con esa calma cargada de emoción, me hizo entender que nunca había vivido nada tan intenso ni tan real con nadie.

Me dormí después acurrucada contra su pecho, segura entre sus brazos.

Pero aquella tranquilidad duró poco.

Me desperté sobresaltada en mitad de la noche y tardé apenas un segundo en darme cuenta de que la cama estaba vacía. Parpadeé en la oscuridad, desorientada. Al principio no supe qué me había despertado exactamente. Pero entonces oí la voz de Brody, baja y tensa, llegando desde la habitación contigua.

Preocupada, me levanté con cuidado, me envolví en una manta fina para combatir el frío y avancé despacio hasta el salón. La puerta estaba entreabierta, lo justo para dejarme escuchar con claridad.

Me detuve en el umbral.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Brody, y la preocupación en su voz me heló por dentro.

Hubo un breve silencio.

Luego lo oí soltar un jadeo frustrado.

—¿Os han amenazado directamente? Joder, Ewan. —Respiró hondo, claramente tenso—. ¿Cómo que os han enviado fotos? ¿De Genny y de Liza? Lo siento muchísimo. No quería que esto acabara afectándoos así. Estamos trabajando en ello. Solo necesito un poco más de tiempo para encontrar una solución, ¿vale?

Me quedé paralizada, sintiendo cómo el corazón me golpeaba las costillas hasta doler.

Los hermanos de Brody estaban en peligro.

Viktor había ido un paso más allá.

Ya no solo me buscaba a mí. Estaba dispuesto a arrasar con cualquiera que se interpusiera en su camino. Y ahora no solo corrían peligro ellos, también sus parejas. Incluso había enviado fotos.

Era un mensaje clarísimo.

Sabía dónde encontrarlos y sabía cómo hacer daño.

—No... todavía no. —La voz de Brody bajó hasta casi convertirse en un susurro—. Pero pronto, Ewan. Voy a solucionarlo. No dejaré que os pase nada por culpa mía. Ni a ti, ni a Liam, ni a Connor, ni a las chicas. Os lo prometo.

Volví a la habitación lentamente, con las piernas temblándome y el pecho oprimido por el miedo y la culpa. Cerré la puerta con suavidad detrás de mí y me senté al borde de la cama, tapándome la cara con las manos.

Brody no se merecía aquello.

Él me había salvado cuando nadie más quiso ayudarme. Había arriesgado demasiado por mí.

Y ahora era su familia la que estaba pagando las consecuencias.

Noté cómo las lágrimas empezaban a resbalarme por las mejillas.

Odiaba lo que estaba a punto de decidir, pero lo vi con total claridad.

No podía quedarme.

No podía seguir poniendo en peligro a los McRae.

Tenía que hacer algo. Tenía que alejarme, aunque eso significara romperme el corazón en el proceso.

Porque por encima de todo tenía que protegerlo a él.

Aunque protegerlo significara renunciar a lo único auténtico que había tenido nunca.



Brody

Después de colgar a Ewan me quedé un momento plantado en medio del salón, intentando digerir toda la mierda que acababa de soltarme mi hermano. Viktor nos estaba cerrando el cerco y jugaba más sucio que nunca. Esas fotos enviadas directamente a mis hermanos, dejándoles claro que sabía perfectamente cómo llegar a nosotros y cómo hacernos daño, no eran solo una amenaza. Eran una declaración de guerra.

Joder.

Respiré hondo, intentando mantener la calma, aunque por dentro sentía el pecho a punto de estallarme. Tenía que protegerlos a todos. A Ewan, a Liam, a Connor. Y ahora también a Genny y a Liza.

Y, sobre todo, a Bella.

Fuera como fuera.

Volví despacio a la habitación, todavía dándole vueltas a todo, intentando encontrar una solución, y entonces me di cuenta de que Bella estaba despierta. Me miraba en silencio, sentada en medio de la cama, con la luz tenue de la lámpara dibujándole el rostro y los ojos demasiado abiertos, como si llevara rato atrapada en sus propios pensamientos.

—¿Te he despertado? —pregunté, acercándome despacio.

Negó con la cabeza.

Se quedó mirándome unos segundos más, como si quisiera grabarse mi cara en la memoria.

—¿Va todo bien, Brody?

Abrí la boca para contestar, pero no llegué a hacerlo.

Bella se incorporó de golpe y me besó.

Fue un beso hambriento, desesperado, casi doloroso. No uno de esos besos lentos con los que solía tantearme, sino uno urgente, lleno de una necesidad feroz que me golpeó de lleno. Sus dedos se hundieron en mi nuca, reteniéndome, como si no quisiera dejarme escapar nunca más. Como si quisiera arrancarme el aliento y quedárselo.

Gemí contra su boca y la sujeté por la cintura, sorprendido por la intensidad con la que se movía sobre mí. Bella no me dio tiempo a pensar. Me empujó hacia atrás hasta hacerme caer sobre el colchón y se colocó a horcajadas sobre mis caderas. El pelo oscuro le caía sobre los hombros desnudos, enmarcando un rostro precioso y tenso a la vez, con los labios hinchados y la respiración cada vez más agitada.

Había algo distinto en ella.

Algo más profundo.

Más triste.

Pero entonces sus manos bajaron entre nosotros y cualquier pensamiento coherente desapareció de mi cabeza.

Me quitó los bóxers despacio, con una mezcla rara de suavidad y urgencia, como si quisiera saborear cada segundo y al mismo tiempo temiera que el tiempo se le acabara. Cuando me liberó, noté cómo su mirada bajaba hacia mí. La forma en que me observó, mordiéndose el labio, me arrancó un jadeo ronco.

Después se llevó las manos al borde de la camiseta con la que dormía y se la quitó despacio por encima de la cabeza.

Contuve la respiración.

Desnuda, sentada sobre mí, bañada por aquella luz tenue, Bella era una visión capaz de destruir a cualquier hombre. La curva de sus pechos, la suavidad de su vientre, la forma en que sus muslos se abrían a ambos lados de mis caderas... todo en ella era tan jodidamente hermoso que dolía mirarla.

—Eres preciosa —susurré, con la voz más grave de lo normal—. ¿Lo sabes, verdad?

Bella sonrió un poco, pero no fue una sonrisa del todo feliz. Había una tristeza rara en el fondo de sus ojos. Algo quebrado que me apretó el pecho sin que supiera por qué.

—Solo quiero olvidarme de todo esta noche.

Y me besó de nuevo.

Esta vez más despacio. Más profundo.

Como si quisiera memorizarme también con la boca.

Mis manos recorrieron su espalda desnuda, bajando por la curva de la cintura hasta apretarla contra mí. La sentí estremecerse y el pequeño gemido que se le escapó me volvió loco. Bella empezó a moverse sobre mi cuerpo con una lentitud casi insoportable, rozándose contra mi polla de una forma deliberada, íntima, tortuosa.

Como si estuviera provocando el incendio y quisiera arder dentro de él.

—Bella... —gruñí, sujetándole las caderas.

Ella me apartó las manos con dulzura y negó un poco con la cabeza, como si quisiera hacerlo a su manera. Como si necesitara tener el control, aunque solo fuera por esa vez.

Entonces bajó la mano entre nuestros cuerpos, cogió mi erección y la guio hasta ella.

El aire se me quedó atascado en los pulmones cuando empezó a hundirse lentamente sobre mí.

—Joder... —se me escapó, dejando caer la cabeza hacia atrás.

Bella cerró los ojos, y de sus labios salió un gemido tembloroso, roto, casi ahogado, mientras me recibía centímetro a centímetro. Sus uñas se clavaron en mi pecho. Su frente cayó contra la mía. Y durante un segundo sentí que aquello era mucho más que deseo. Que había algo desesperado en la forma en que se aferraba a mí, en cómo su cuerpo parecía agarrarse al mío.

Cuando por fin estuvo completamente sentada sobre mí, se quedó quieta un instante, respirando de forma entrecortada, con los labios rozando los míos.

Y entonces empezó a moverse.

Lento al principio, con un vaivén profundo y húmedo que me hizo perder la razón casi al instante. Cada vez que bajaba sobre mí, cada vez que volvía a elevarse con un gemido sofocado, sentía que me arrancaba algo por dentro. Bella escondió la cara en mi cuello, besándome allí, mordiéndome la piel, como si quisiera dejar una marca que durara más que la noche.

La sujeté con fuerza por las caderas, acompañando el ritmo, incapaz de hacer otra cosa que entregarme a ella. A la forma en que temblaba. A cómo pronunciaba mi nombre en susurros rotos. A

cómo su cuerpo entero parecía pedir más, aunque su corazón estuviera a punto de romperse.

—Mírame —le pedí en voz baja, alzándole suavemente la barbilla.

Bella levantó los ojos hacia mí y lo que vi me golpeó de lleno.

Deseo, sí.

Amor, también.

Pero había algo más.

Una despedida tan silenciosa que no supe reconocerla, aunque me atravesó igualmente.

La besé con fuerza, volcándome sobre ella, rodando hasta dejarla debajo de mí entre las sábanas. Quería estar más cerca. Quería borrar aquella sombra de su mirada, aunque no entendiera de dónde venía.

Entré en ella otra vez con una embestida lenta y profunda, arrancándole un gemido más alto. Bella arqueó la espalda, aferrándose a mis hombros, y empecé a moverme con un ritmo cada vez más firme, más hambriento, más necesitado. El sonido húmedo de nuestros cuerpos llenó la habitación, mezclándose con nuestras respiraciones rotas y con sus pequeños jadeos, que cada vez sonaban menos contenidos.

—Así... —susurró ella, casi suplicando—. No pares, Brody... por favor...

Aquello me desarmó.

Hundí la cara en su cuello mientras seguía embistiéndola, besándole la piel, lamiendo el sabor salado que le dejaba el sudor, sintiendo cómo sus piernas me rodeaban la cintura para llevarme todavía más adentro. Bella me recibía como si quisiera fundirse conmigo. Como si intentara guardar dentro de sí cada roce, cada empuje, cada gemido, cada segundo compartido.

Subí una mano entre nuestros cuerpos y acaricié donde más la hacía estremecerse. Bella se tensó al instante, soltando un jadeo quebrado, casi un sollozo, y supe que estaba al límite.

—Brody... —mi nombre salió de su boca como una plegaria rota.

La besé para tragármelo, para ahogar cualquier pregunta, cualquier sombra. Seguí moviéndome dentro de ella, duro, profundo, sin darle tregua, hasta que Bella se quebró entre mis brazos con un gemido ahogado y el cuerpo temblándole entero. La sentí apretarse alrededor de mí, húmeda, caliente, desesperada, y ese fue mi final también.

Me corrí con un gruñido ronco, enterrando la cara en su cuello mientras el cuerpo se me sacudía sobre el suyo.

Durante unos segundos no existió nada más que el sonido de nuestras respiraciones intentando acompasarse.

Después levanté un poco la cabeza para mirarla.

Bella tenía los ojos brillantes.

Demasiado brillantes.

Le aparté un mechón pegado a la mejilla y le besé la frente.

—Eh —murmuré, todavía intentando recuperar el aliento—. ¿Qué pasa?

Negó enseguida, forzando una pequeña sonrisa mientras me acariciaba la cara con una ternura que me desarmó del todo.

—Nada —susurró—. Solo abrázame.

Y yo la abracé sin saber que, para ella, aquello no había sido solo hacer el amor.

Desperté despacio, todavía con la sensación cálida del cuerpo de Bella pegado al mío, y una sonrisa idiota se me instaló en la boca al recordar la noche anterior. Giré la cabeza sobre la almohada, dispuesto a mirarla, con ganas de volver a abrazarla y robarle unos minutos más a aquella paz que solo encontraba a su lado.

Pero Bella no estaba.

Fruncí el ceño y me incorporé en la cama.

Miré alrededor, confundido. Quizá había ido al baño. O a la cocina.

Sin embargo, algo en mi pecho se tensó de golpe.

Me levanté rápido, me puse los boxers a toda prisa y avancé descalzo hasta el salón. Cuando entré, lo encontré vacío. Silencioso.

Un escalofrío desagradable me recorrió la espalda.

—¿Bella? —llamé en voz alta, aunque ya sospechaba la respuesta.

Nada.

Silencio.

Entonces la vi.

Sobre la pequeña mesa del salón había una hoja doblada con mi nombre escrito en una caligrafía delicada.

Me acerqué deprisa, cogí la nota y la desdoblé con dedos torpes mientras empezaba a leer.

Brody,

Siento muchísimo hacer esto así, pero es lo mejor para todos. He decidido volver con Viktor. No me busques, por favor. Es lo mejor para todos. No quiero ponerte a ti y a tu familia más en peligro.

Gracias por estos últimos instantes de libertad. Me diste más felicidad en unos días que en toda mi vida.

Cuídate mucho.

Siempre tuya,

Bella.

Me quedé inmóvil, sin aire, mirando aquellas palabras sin terminar de creérmelas. El dolor en el pecho fue tan repentino, tan brutal, que tuve que apoyarme en el borde de la mesa para no caer.

—Joder, Bella —susurré, lleno de rabia y desesperación—. ¿Qué coño has hecho?

Entonces todo encajó.

La urgencia extraña de la noche anterior. La forma desesperada en que me había besado. Cómo me había mirado, como si quisiera grabarme en la memoria.

Era evidente.

Bella había escuchado mi conversación con Ewan y había tomado una decisión tan drástica como desesperada para protegernos.

Pero no podía permitirlo.

No así.

No con ella entregándose otra vez a ese monstruo por nosotros. Por mí.

Cerré los ojos con fuerza, notando cómo la frustración, la rabia y la impotencia me iban consumiendo por dentro.

No pensaba dejar que aquello terminara así.

Ni de coña.

Iba a recuperarla, aunque eso significara enfrentarme de una vez a Viktor Bellucci.

Apreté los puños, cogí aire y me obligué a pensar rápido.

Lo que estaba claro era que Bella todavía no había entendido hasta dónde estaba dispuesto a llegar por ella.

Pero se lo iba a demostrar.



Bella

El corazón me latía tan deprisa que llegué a pensar que en cualquier momento iba a salirse del pecho. Respiré hondo varias veces, intentando controlar el temblor de las manos mientras caminaba por el sendero de tierra, alejándome de la casa donde Brody seguía dormido, ajeno a todo lo que estaba pasando.

Se me cerró la garganta al pensar en él. En lo que habíamos compartido la noche anterior. En el calor de sus brazos. En esa sonrisa suave que me había dedicado justo antes de quedarse dormido.

Pero tenía que hacerlo.

No podía permitir que él y su familia pagaran por mi culpa.

No sería capaz de vivir con eso.

Al final había tomado una decisión.

Y por mucho que doliera, iba a cumplirla.

Con un suspiro tembloroso saqué del bolsillo del abrigo el teléfono que Brody me había dado el primer día. Tenía que hacerlo ya. Rápido. Antes de perder el valor.

Con dedos torpes marqué el número que Viktor me había obligado a memorizar meses atrás.

Solo sonó una vez.

A la primera, su voz fría e impaciente resonó en mi oído.

—¿Sí?

Tragué saliva con fuerza, sujetando el teléfono como si pudiera desmoronarme en cualquier momento.

—Soy yo —dije en voz baja, casi en un susurro.

Se hizo un silencio tenso al otro lado.

Cuando volvió a hablar, la voz de Viktor sonaba áspera, helada, cargada de amenaza.

—¿Dónde estás?

Inspiré hondo, cerrando los ojos un segundo antes de responder.

—Te mando mi ubicación.

Colgué en el acto y le envié la ubicación desde ese mismo móvil.

Me quedé quieta al borde del camino, temblando en la madrugada fría y húmeda, con el teléfono apretado entre los dedos y los latidos golpeándome con fuerza dentro del pecho.

Ya estaba hecho.

No había vuelta atrás.

Pasaron horas.

Cada minuto se me hizo eterno.

El amanecer empezó a teñir el cielo de tonos rosados y dorados cuando escuché a lo lejos el motor de un coche acercándose. Inspiré profundamente, intentando controlar el nudo de ansiedad que amenazaba con asfixiarme mientras veía aparecer el vehículo negro.

Dos hombres de Viktor bajaron sin decir una palabra. Uno de ellos me abrió la puerta trasera con gesto seco, sin apenas mirarme.

Subí en silencio.

Sabía perfectamente adónde me llevaban.

Durante todo el trayecto hasta Manhattan nadie habló. Me limité a mirar por la ventanilla, apretando tanto las manos sobre el regazo que los nudillos se me pusieron blancos.

Intenté repetirme una y otra vez que estaba haciendo lo correcto.

Que aquello era lo que tocaba.

Que era la única manera.

Cuando llegamos a la mansión de Viktor, el hombre que iba de copiloto me abrió la puerta. Bajé despacio y lo seguí hasta el interior, en dirección al despacho privado.

Al entrar me lo encontré de pie junto a la enorme ventana que dominaba la ciudad, dándome la espalda. Iba impecable, como siempre, con uno de sus trajes oscuros y esa postura rígida, controlada, tensa.

Sin girarse todavía, habló con una voz fría cargada de tensión.

—¿Tienes siquiera idea de lo que has hecho, Isabella?

Cerré los ojos un instante antes de responder con toda la calma de la que fui capaz.

—He hecho lo que tenía que hacer, Viktor.

Entonces se volvió despacio y clavó en mí aquellos ojos oscuros.

Había rabia. Frustración. Y algo mucho más peligroso latiendo debajo de su expresión aparentemente impenetrable.

—¿Creías que podías huir de mí y olvidarte del compromiso que adquiriste? —Su voz era fría, cortante—. ¿De verdad pensaste que eso no tendría consecuencias?

Apreté los labios, intentando ocultar el miedo que me recorría por dentro.

Tenía que mantenerme firme.

Por Brody. Por su familia.

—Viktor, escúchame —dije, obligándome a controlar el temblor de la voz—. Me casaré contigo. Esta vez no intentaré escapar. Pero solo si dejas a los McRae fuera de esto. Ellos no tienen nada que ver. Déjalos en paz.

La sonrisa que le apareció en la boca me heló la sangre.

—No estás en posición de negociar, Bella.

—Sí lo estoy —respondí, reuniendo toda la firmeza que me quedaba y alzando un poco la barbilla—. Si les haces daño a los McRae, volveré a escaparme. Y si intentas impedirlo, te juro que antes prefiero morirme a estar contigo. Y si me muero, perderás lo único que realmente quieres. Poseerme.

El silencio que cayó en el despacho fue tenso, afilado, insoportable.

Viktor me miraba fijamente, como si estuviera valorando si hablaba en serio o solo intentaba provocarlo.

—No me pongas a prueba, Isabella —susurró al final, avanzando despacio hacia mí, con una amenaza latente en los ojos—. No te conviene jugar conmigo.

—No estoy jugando, Viktor. —Me mantuve firme, sosteniéndole la mirada con toda la fuerza que me quedaba—. Es mi única condición. La aceptas y me tendrás. Si no, no me tendrás nunca.

Vi cómo cerraba lentamente los puños a ambos lados del cuerpo.

La tensión en la habitación se volvió casi insoportable.

Pasaron unos segundos eternos hasta que al final asintió con rigidez. Cuando volvió a hablar, su voz fue aún más fría. Más dura.

—Muy bien, Isabella. Acepto tus términos. Pero ten mucho cuidado con romper tu palabra otra vez. Porque entonces te prometo que no habrá lugar en este mundo donde puedas esconderte de mí.

Me sostuvo la mirada un instante más, cargado de advertencia, antes de darse la vuelta bruscamente y volver junto a la ventana.

Yo me quedé quieta, con el corazón latiéndome con fuerza dentro del pecho.

Sabía perfectamente que Viktor cumpliría su amenaza si volvía a intentarlo.

Pero también sabía que había conseguido lo único que me importaba en ese momento.

Proteger a Brody y a su familia.

Aunque para hacerlo tuviera que entregar mi propia libertad.



Brody

Me había pasado toda la mañana dando vueltas, incapaz de concentrarme en nada desde que encontré la nota de Bella sobre la mesa del salón. Tenía un vacío doloroso en el pecho y una ansiedad afilada que amenazaba con comerme por dentro. Había intentado llamarla al móvil codificado, pero, como ya me esperaba, no contestaba.

Cuando escuché un coche acercándose a la cabaña, salí al porche casi de inmediato. Era Liam otra vez.

—¿Qué pasa? —preguntó nada más verme, frunciendo el ceño—. Tienes cara de haber visto un fantasma.

Solté el aire antes de responder.

—Bella se ha ido, Liam.

Mi hermano abrió mucho los ojos.

—¿Cómo que se ha ido? ¿Adónde?

—Se ha entregado a Viktor —admití con amargura—. Ha dejado una nota diciendo que no quería ponernos más en peligro. Estoy casi seguro de que escuchó mi conversación de anoche con Ewan y tomó una decisión desesperada.

Liam maldijo por lo bajo, visiblemente preocupado.

—Mierda, Brody. ¿Y qué piensas hacer ahora?

Apreté los labios.

—No me voy a quedar aquí sentado. Necesito saber exactamente qué hay en su móvil. Dijiste que Xander tendría los documentos esta tarde, ¿no?

Liam asintió con gesto serio.

—Sí. Me ha dicho que podrá sacar todo en unas horas.

Inspiré hondo y apreté los puños.

—Entonces volvamos a la ciudad. Quiero ver con mis propios ojos qué tenemos contra Bellucci y cómo podemos usarlo para ayudar a Bella.

Liam se pasó una mano por el pelo y soltó un suspiro resignado.

—De acuerdo. Vámonos ya.

Tres horas después, Liam y yo estábamos sentados en el pequeño apartamento que Xander usaba como oficina clandestina. Trabajaba frente a nosotros a toda velocidad, con los dedos volando sobre el teclado mientras iba desmontando una a una las capas de protección del móvil de Bella.

—¿Cuánto te falta? —pregunté, incapaz de disimular la impaciencia.

Xander ni siquiera levantó la vista de la pantalla.

—¿Quieres dejar de meterme presión, McRae? No es precisamente fácil descryptar esto.

Liam resopló desde la silla de al lado.

—Tranquilo, Xander. Sabemos que eres el mejor.

Xander soltó una risa seca, todavía sin apartar los ojos del portátil.

—El peloteo tampoco hace que vaya más rápido. —Tecleó un poco más, frunció el ceño y de pronto soltó en voz alta—: Vale. Lo tengo. Aquí está.

Liam y yo nos levantamos enseguida y nos colocamos detrás de él mientras abría carpetas una tras otra en la pantalla.

—¿Y bien? —pregunté, inclinándome sobre su hombro—. ¿Qué coño hay ahí exactamente?

Xander fue abriendo los archivos uno a uno, enseñándonos lo que Bella había fotografiado. Contratos. Copias de transferencias bancarias. Listas de nombres vinculados a actividades que no tenían nada de limpias.

—Mira esto —dijo, señalando la pantalla con gesto serio—. Transferencias grandes, muy sospechosas. Dinero moviéndose a paraísos fiscales desde varias empresas controladas por Bellucci. Todo perfectamente maquillado para que parezcan inversiones legítimas, pero si rascas un poco...

—¿Lavado de dinero? —preguntó Liam, con la mandíbula tensa.

—Exactamente. Y a lo grande. Cantidades millonarias. Viktor tiene negocios legales, sí, pero esto lo puede hundir.

—¿Hay algo más? —pregunté, sin apartar la vista de la pantalla—. Algo que la policía no pueda ignorar ni aunque quiera.

Xander asintió mientras abría otro documento.

—Mira este contrato. Parece que Viktor estaba comprando propiedades de forma ilegal, usando métodos bastante oscuros para obligar a los dueños a vender. —Se giró un poco hacia mí, alzando una ceja—. De película, ¿eh?

—¿Es suficiente para implicarlo de verdad? —preguntó Liam.

Xander asintió otra vez, más despacio.

—Más que suficiente para que se abra una investigación policial seria. Aunque Bellucci tenga recursos y abogados caros, esto podría joderle de verdad. Sobre todo si se filtra a la prensa.

Observé toda aquella mierda en silencio, atando cabos a toda velocidad.

—¿Hay manera de guardar esto en un sitio al que nadie pueda llegar? Algo seguro, cifrado, pero que podamos activar rápido si nos pasa algo.

Xander arqueó una ceja y sonrió despacio.

—Claro que sí. Puedo crear una copia en una nube segura y cifrada. La configuro para que, si no se mete una clave cada día, se mande automáticamente todo a la policía y a varios periodistas importantes. Un seguro de vida, por si intentan cargarse el problema.

Asentí lentamente.

—Hazlo. Necesitamos una garantía antes de mover ninguna pieza. Esto es demasiado peligroso.

Xander se puso a trabajar al instante.

—Lo tendré listo en unos minutos. Solo tengo que establecer la clave y dejaros el acceso únicamente a vosotros.

Liam me miró con cautela.

—¿Qué planeas exactamente, Brody?

Le sostuve la mirada.

—Voy a usar toda esta información para negociar con Viktor. Bella se ha entregado para protegernos, pero no pienso dejar que se quede en sus manos. Con esto podemos obligarlo a ceder. Y con la copia de seguridad, si intenta hacernos algo, sabrá que todo acabará en manos de la policía.

Liam soltó el aire despacio.

—Estás jugando con fuego.

—Lo sé. Pero ahora mismo no tenemos otra opción.

Xander levantó un momento la vista y nos cortó la tensión.

—Ya está. Lo tenéis preparado. Os mando ahora mismo los accesos y el código. Solo vosotros vais a saberlo.

Respiré hondo, consciente de que estaba a punto de dar un paso sin vuelta atrás.

—Gracias, Xander.

Él asintió serio, plenamente consciente del peso de lo que nos traíamos entre manos.

—Buena suerte, McRae. La vas a necesitar.

Cuando salimos del apartamento y subimos al coche, Liam guardó silencio unos segundos antes de volver a hablar.

—¿Cómo piensas llegar hasta Viktor?

Miré hacia la calle con la determinación clavada en el pecho.

—Llamándolo directamente. Ahora que me busca en persona, no va a rechazar un encuentro cara a cara.

Liam suspiró, preocupado.

—¿Estás seguro de esto, Brody? Viktor es peligroso.

Lo miré con firmeza.

—Claro que lo es. Pero Bella vale la pena. Y no pienso dejar que ese cabrón le haga daño.

Liam asintió despacio mientras arrancaba el coche.

—Está bien. Entonces hagamos lo que haya que hacer. Y más nos vale que esto salga bien.

Mientras Liam conducía de vuelta al castillo para preparar el encuentro, sentí todo el peso de lo que estaba a punto de hacer.

Estaba decidido a proteger a Bella. A mi familia. A todos.

Al precio que hiciera falta.

Porque había algo que Viktor no entendía.

Cuando amas de verdad, dejas de tener algo que perder.

Y yo amaba a Bella con cada maldita fibra de mi cuerpo.

Y eso me convertía en alguien más peligroso de lo que él se imaginaba.

—Prepárate, Viktor —murmuré al aire—, porque voy a por ti.



Bella

—Fuiste extremadamente irresponsable, Isabella. ¿Tienes idea de lo que nos has hecho pasar a tu padre y a mí?

Mi madre lo dijo con esa voz calmada suya, afilada como un cuchillo, mirándome fijamente desde la silla donde se había sentado frente a mí, en la elegante sala de estar de Viktor.

Solté el aire despacio y miré por encima de su hombro hacia los enormes ventanales que daban al jardín impecable de la casa. Llevaba veinte minutos oyendo las mismas acusaciones, y sinceramente ya no me quedaban fuerzas para discutir una y otra vez lo mismo.

—Lo sé, mamá —respondí en voz baja, evitando su mirada fría y decepcionada—. Y ya te he pedido perdón. Pero entenderás que no

estaba pensando con claridad.

Mi madre dejó escapar un pequeño bufido elegante y tomó un sorbo de su taza de té.

—Está claro que no estabas pensando en absoluto, Isabella. ¿Sabes lo que podría haber hecho Viktor si no hubieras recapaacitado y vuelto por tu cuenta? ¿Lo que podría habernos hecho a nosotros?

Fruncí un poco el ceño y apreté los labios para no decirle lo que de verdad pensaba.

Que si ella y papá no se hubieran empeñado en vender mi futuro para salvar sus propios problemas, ninguno de nosotros estaría en esa situación.

Pero ya daba igual.

Había tomado mi decisión.

Y ahora me tocaba cargar con ella.

—¿De verdad entiendes lo grave que fue lo que hiciste? —insistió mi madre, frustrada por mi silencio.

—Lo entiendo perfectamente —respondí, manteniendo la voz serena aunque el corazón me golpeará con fuerza en el pecho—. Y lo siento, de verdad. Ahora solo queda mirar hacia delante y esperar que Viktor decida perdonar todo esto.

Mi madre asintió, algo más calmada, y dejó la taza sobre la mesa con un pequeño tintineo.

—Espero que así sea, Isabella. Por tu bien y por el nuestro. No siempre tendrás tanta suerte, hija mía. Tienes que aprender a aceptar tu vida, aunque no sea exactamente la que soñaste.

La miré a los ojos con firmeza, intentando esconder el dolor que me causaban aquellas palabras.

—Supongo que ya la he aceptado.

Ella asintió con cierta satisfacción, como si por fin hubiera oído exactamente lo que quería.

—Bien. En ese caso, voy a dejarte descansar. Tienes un aspecto terrible. Deberías intentar dormir un poco. Viktor querrá verte en la cena. Haz el favor de presentarte como es debido.

—Lo haré —respondí con suavidad, controlando como pude el temblor de las manos.

Cuando se levantó y salió de la habitación, respiré hondo, sintiendo cómo la ansiedad volvía a cerrarse sobre mí, asfixiante. Me puse en pie y caminé despacio hasta la ventana, buscando un poco de aire, un poco de calma.

Y entonces lo vi.

Un coche negro acababa de aparcar frente a la entrada principal y la puerta del conductor se abrió lentamente.

Mi corazón dio un vuelco salvaje al reconocer de inmediato la figura alta y segura de Brody saliendo del vehículo.

No podía ser.

—Brody... —susurré con angustia, viendo cómo avanzaba con decisión hacia la puerta principal.

¿Qué demonios hacía allí?

¿Es que no entendía que se estaba metiendo de lleno en la boca del lobo?

Me giré sin pensarlo y eché a correr hacia la entrada. Abrí la puerta con tanta prisa que casi tropecé en el umbral.

Él ya estaba cerca, cruzando el camino de piedra hacia mí, con esa expresión seria y decidida que me hizo temblar todavía más.

—¡Brody! —exclamé, bajando los escalones deprisa en su dirección—. ¿Qué haces aquí? Tienes que irte, no puedes...

Pero antes de que pudiera llegar hasta él, la voz fría de Viktor sonó detrás de mí y me cortó en seco.

—Bella, entra ahora mismo.

Me giré despacio y lo vi acercarse con pasos firmes. Su expresión era implacable. Sus ojos, duros como el acero, se clavaron en mí antes de pasar a Brody.

—Brody McRae —pronunció despacio, saboreando cada sílaba de su nombre—. Admito que hace falta valor para presentarte aquí después de lo que has hecho.

Brody se detuvo a pocos pasos de mí, pero no me miró. Toda su atención estaba clavada en Viktor, en una tensión tan evidente que parecía cortar el aire.

—He venido porque tenemos asuntos importantes que tratar, Bellucci —respondió con firmeza—. Creo que sabes perfectamente de qué estoy hablando.

Sentí cómo me temblaban las piernas al oír su tono. No entendía bien qué estaba pasando, pero sí sabía una cosa.

Nada bueno podía salir de aquello.

Viktor ladeó un poco la cabeza y una sonrisa fría, casi burlona, empezó a dibujársele en los labios.

—Interesante. ¿Asuntos importantes? ¿De verdad crees que estás en posición de exigirme o negociarme nada después de lo que hiciste?

Brody ni pestañeó. Se mantuvo quieto, seguro, sosteniéndole la mirada como si no le tuviera miedo en absoluto.

—Sí, lo creo —dijo con tranquilidad—. Porque tengo algo que te interesa bastante más que tu ego herido.

Vi cómo Viktor se tensaba apenas un poco, aunque intentara disimularlo.

—Muy bien —aceptó al final con frialdad—. Entonces será mejor que entremos y hablemos con calma.

Brody asintió y avanzó hacia la entrada sin apenas mirarme.

Yo los seguí en silencio, con el corazón completamente desbocado y una chispa de esperanza naciendo, muy a mi pesar, dentro del pecho.

¿Qué demonios estaba pasando?

¿Tenía Brody algo con lo que plantarle cara a Viktor?

¿Algo relacionado con la información que había en mi móvil?

Intenté mantener la cabeza fría mientras cerraba la puerta tras de mí y observaba cómo Viktor guiaba a Brody hacia su despacho privado.

La incertidumbre me devoraba por dentro. No quería ilusionarme, era demasiado peligroso permitirme algo así, pero no podía evitar sentir esa pequeña ráfaga de esperanza.

Me abracé a mí misma y me quedé mirando la puerta cerrada del despacho.

Y mientras lo hacía, no pude dejar de pensar en lo mucho que Brody estaba arriesgando al venir hasta allí.

Solo sabía una cosa.

Tenía que hacer lo que fuera necesario para mantenerlo a salvo, pasara lo que pasara en esa reunión.

Porque si a Brody le ocurría algo, jamás podría perdonármelo.



Brody

Viktor me observaba fijamente desde el otro lado del escritorio. Su postura era aparentemente relajada, pero sus ojos, fríos y oscuros, brillaban con una rabia contenida que podía sentir desde donde estaba sentado.

Respiré profundamente, intentando mantener la calma mientras sacaba lentamente el pequeño pen drive del bolsillo interior de mi chaqueta.

—¿Qué es eso? —preguntó Viktor con una mezcla de desdén y cautela, mirando el dispositivo con gesto desconfiado.

—Aquí tienes todo lo que necesito para asegurar que dejes en paz a Bella y a su familia —respondí tranquilamente—. Documentos,

contratos sospechosos, transferencias comprometedoras. Lo suficiente para hundirte y acabar con todo lo que has construido.

La expresión de Viktor se endureció de golpe, sus ojos clavándose en mí con una intensidad feroz.

—¿Crees que puedes chantajearme con esto? —dijo con un tono peligroso, inclinándose lentamente hacia adelante—. ¿Sabes a quién estás amenazando?

Sostuve su mirada sin pestañear y coloqué con suavidad el pen drive sobre la mesa, empujándolo lentamente hacia él.

—Compruébalo tú mismo —le dije con calma—. Verás que no estoy exagerando.

Viktor lo tomó con un gesto brusco, introduciéndolo en su ordenador con movimientos nerviosos y rabiosos. Mientras abría los documentos, observé cómo su rostro se iba desencajando progresivamente, sus manos crispadas sobre el teclado mientras pasaba rápidamente de un archivo a otro.

—Maldito seas, McRae —gruñó entre dientes, sus ojos llameando con una furia incontrolable—. ¿Cómo demonios has conseguido esto?

Negué lentamente con la cabeza, dejando escapar un suspiro seco.

—Eso es irrelevante, Bellucci. Lo que importa ahora es que tengo muchas copias de esta información guardadas en distintos lugares. Si me pasa algo a mí o a alguien de mi familia, o a Bella... Todo esto irá directo a las manos de la policía. —Hice una pequeña pausa, clavando mis ojos en los suyos—. Lo entiendes, ¿verdad?

Viktor se levantó violentamente, sacando el pen drive del ordenador y aplastándolo contra el escritorio con rabia, partiéndolo en varios pedazos. Sus puños estaban cerrados con tanta fuerza que los nudillos se le habían vuelto blancos.

—Puedes romper ese y todos los que quieras —le dije con tranquilidad—. Tengo docenas más esperando. Y sí, lo entiendo: crees que nadie puede desafiarte, pero ahora mismo ya no tienes el control. —Me incorporé lentamente, apoyando las manos sobre el escritorio para mirarlo de frente—. Así que escucha mis condiciones, porque solo las diré una vez.

Viktor me miró fijamente, respirando con agitación, esperando en silencio.

—Primero: dejarás a Bella en paz. Ella es libre. Olvídate de cualquier represalia contra ella o contra los McRae, o toda esta información saldrá a la luz. —Mi voz era firme y clara, sin margen para discusiones—. Segundo: Bella seguirá trabajando en su escuela y recuperará su vida, exactamente como ella decida hacerlo. Y ni tú ni nadie de tu entorno se acercará jamás a ella.

Él entrecerró los ojos, una sonrisa cínica y amarga asomándose lentamente en sus labios.

—¿Algo más?

—Sí —respondí con seriedad—. La familia de Bella. Sé perfectamente que fuiste tú quien los llevó a la ruina. Entre estos documentos, encontré pruebas claras de que manipulaste las inversiones de su padre a propósito, forzándolos a una situación límite para que no tuvieran más opción que entregarte a su hija.

La expresión de Viktor se congeló durante un instante, su mirada pareció sorprendida por primera vez en toda la conversación.

—¿Qué pretendes, McRae?

—Restitución. Cancelarás todas las deudas que tienen contigo, y los dejarás rehacer sus vidas desde cero. No volverás a tener contacto con ellos, directa ni indirectamente.

Viktor respiró lentamente, evaluando mi expresión con una mezcla de incredulidad, rabia e impotencia.

—Sabes que nadie se atreve a hablarme así —dijo finalmente, aunque su voz ya no era tan segura como antes.

—Lo sé —respondí con seriedad, mirándolo directamente a los ojos—. Y sabes también que nunca me habría arriesgado a venir aquí sin asegurarme de tener todas las cartas a mi favor.

Su expresión era pura rabia contenida. Se levantó de golpe, temblando de ira.

—¿Y crees que voy a aceptar estas condiciones absurdas solo porque me amenazas con estas pruebas?

—No tienes otra opción —contesté con tranquilidad—. Ya no tienes el control, Viktor. Esta vez, pierdes tú.

Durante unos segundos eternos, el silencio se extendió denso entre nosotros, los ojos de Viktor clavados en mí como cuchillos. Finalmente, gruñó con irritación contenida, asintiendo lentamente.

—Está bien. —Su voz era casi irreconocible por la furia que ocultaba—. Pero esto no ha terminado, McRae.

—Oh, créeme, Viktor, sí ha terminado —respondí en voz baja, con total seguridad—. Ahora mismo mis abogados están preparando los documentos oficiales para sellar este acuerdo. Lo firmarás, y después no volverás a vernos jamás.

Sin esperar su respuesta, me giré hacia la puerta, abriéndola de golpe. Bella estaba al otro lado, esperándome con ansiedad contenida, los ojos le brillaban de miedo y esperanza al mismo tiempo.

La tomé de la mano con firmeza.

—Bella, vámonos.

Ella me miró con sorpresa, temblando suavemente entre mis dedos.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado ahí dentro, Brody?

—Eres libre. La información que conseguiste es suficiente para sacarnos de esta —le respondí, mirándola fijamente a los ojos, dejando que viera toda la determinación y certeza que sentía en ese momento—. Viktor ya no podrá tocarte nunca más. Vamos a salir por esa puerta, y tú y yo empezaremos de cero. Ahora mismo.

Bella soltó el aire con un jadeo, las lágrimas se agolparon en sus ojos mientras asentía despacio, aún procesando mis palabras.

Salimos al exterior, dejando atrás la voz furiosa de Viktor.

La tarde estaba empezando a caer, tiñendo el cielo de suaves tonos dorados y rosas.

Ayudé a Bella a subir al coche, notando cómo temblaba.

En cuanto cerré la puerta tras nosotros, la observé.

Las lágrimas rodaban silenciosas por sus mejillas, y sentí que el corazón se me apretaba con fuerza.

Acerqué suavemente mi mano, secando con delicadeza esas lágrimas que ella trataba inútilmente de contener.

—Ya está, Bella. Todo se ha acabado —le susurré con dulzura—. Podrás hacer todas esas cosas que tanto deseabas. Podrás volver a tu escuela, abrazar a tus niños otra vez. Podrás ir corriendo a contárselo todo a Sue.

Bella respiró hondo, soltando un pequeño suspiro tembloroso. Su mirada buscó la mía, con ojos brillantes y llenos de una emoción profunda.

—Y también podré estar contigo —añadió con suavidad, mirándome fijamente con una pequeña sonrisa tímida asomándose en sus labios.

Sentí cómo una calidez intensa se extendía por mi pecho, sonriendo lentamente mientras la miraba a los ojos.

—Sí. También podrás estar conmigo —susurré, acariciando suavemente su mejilla con el pulgar—. Ahora podemos hacerlo bien,

Bella. Ahora podemos enamorarnos como lo hacen las personas normales. Aunque, para ser sincero... creo que es demasiado tarde para mí. Porque yo ya estoy enamorado de ti.

Bella soltó una pequeña risa llena de emoción, negando ligeramente con la cabeza mientras sus ojos volvían a llenarse de lágrimas, esta vez diferentes, lágrimas dulces, felices.

—Vaya casualidad, Brody McRae —susurró suavemente, con una sonrisa radiante extendiéndose en sus labios—, porque resulta que yo también estoy completamente enamorada de ti.

Sonreí despacio, acercándome a ella con el corazón latiendo desbocado, y cuando nuestros labios se encontraron en un beso dulce, cálido y lleno de promesas, supe con certeza que nuestro verdadero comienzo acababa de empezar.

Y esta vez sería para siempre.

Estábamos a salvo.

Éramos libres.

Y nos amábamos.

¿Qué más podía pedir?

Epílogo



Bella

El sonido alegre de la campana anunció el final de las clases. Sonreí mientras mis niños recogían sus cosas a toda prisa, llenando el aula de ese alboroto tan familiar que tanto adoraba.

—¡Hasta mañana, señorita Bella! —se despidió Lily con su sonrisa luminosa.

—¡Hasta mañana, chicos! No olvidéis los deberes —respondí con alegría mientras los veía salir, feliz de haber vuelto a la escuela, a mis niños y a la vida que tanto quería.

El móvil me vibró justo cuando terminaba de guardar los libros. Era un mensaje de Sue.

SUE

Te recuerdo que tenemos cena el viernes. Prometo vino ecológico y comida aún más ecológica. Te quiero.

Se me ensanchó la sonrisa mientras contestaba.

BELLA

No me lo perdería por nada. Llevaré postre, también ecológico, claro.

Guardé el teléfono en el bolso y caminé hacia la salida, saludando a los profesores con los que había vuelto a trabajar desde hacía ya unos meses. La verdad era que me sentía más feliz de lo que alguna vez habría imaginado posible.

Cuando crucé la puerta principal, el corazón me dio un pequeño vuelco al ver el coche de Brody aparcado justo delante. Estaba apoyado sobre el capó, con los brazos cruzados, mirándome con esa sonrisa suave que siempre conseguía hacerme latir el pecho más deprisa.

—¿Qué hace aquí, señor McRae? —pregunté, fingiendo sorpresa mientras me acercaba.

—He venido a buscar a una maestra preciosa para llevarla a su casa —respondió divertido, rodeándome la cintura con suavidad antes de besarme con ternura.

—Mmm... qué suerte tiene esa maestra —murmuré.

—La suerte la tengo yo, Bella —susurró, acariciándome la mejilla—. Muchísima.

Me sonrojé un poco y sonreí contra sus labios antes de separarnos para subir al coche.

—¿Qué tal el día? —preguntó Brody mientras arrancaba y conducía hacia mi casa.

—Muy bien —respondí, soltando un suspiro feliz—. Cada día siento que recupero un poquito más de mi vida.

—Me alegra oír eso —dijo con sinceridad, apretándome la mano.

—Por cierto —comenté, cambiando un poco de tema—, hoy he hablado con mi madre.

Brody me miró de reojo con cierta curiosidad. Sabía que la relación con mis padres había quedado muy tocada después de todo lo ocurrido con Viktor, pero también que, poco a poco, estaba empezando a recomponerse. Había conversaciones difíciles, sí, pero lentamente estábamos encontrando una forma de volver a acercarnos.

—¿Y qué tal?

—Mejor —dije con una pequeña sonrisa—. Poco a poco vamos avanzando. No creo que llegue a entender del todo por qué hicieron lo que hicieron, pero quiero pensar que algún día podremos llevarnos bien. Ella también parece quererlo.

Brody asintió despacio.

—Me alegro, Bella. Sé lo importante que es eso para ti.

—Sí, lo es. Igual que tenerte a ti. Y a Regaliz, por supuesto —añadí de prisa, haciendo que soltara una risa.

—Por cierto, hoy Regaliz ha destrozado otra de mis corbatas —me informó con una sonrisa resignada—. Empiezo a sospechar que jamás me va a aceptar del todo.

—No digas tonterías, está loco por ti —respondí riéndome—. Lo hace para llamar tu atención.

Brody me lanzó una mirada escéptica, aunque divertida.

—Bueno, puede ser. O quizá simplemente le has enseñado malas costumbres.

—A mí me llegó ya así.

Sonreí al recordar el día que Genny me permitió quedarmelo, porque, según ella, estaba deprimido desde nuestra separación.

Y pensar en eso me hizo recordar otra cosa.

—Sue dice que la boda de Ewan y Genny ha salido reseñada en varios medios.

—Sí. Ewan estaba insoportable. Le encanta fingir que odia todo lo mediático, pero no puede ocultar lo mucho que le gusta ver feliz a Genny. Y la verdad es que la boda quedó espectacular en Dunbrae. Por cierto, tú estabas impresionante como dama de honor.

Reí al recordar aquel día en el castillo, la boda de Ewan y Genny celebrada unas semanas atrás. Había sido precioso formar parte de algo así. Hasta Regaliz había llevado una pajarita para la ocasión.

—Fue una boda preciosa —admití, sonriendo al recordarlo.

—Sí, lo fue —dijo con suavidad, volviendo a cogerme la mano—. ¿Sabes una cosa, Bella? Cuando te vi allí, sonriendo así, pensé que algún día quizá podríamos ser nosotros los que estuviéramos delante de nuestra familia y de nuestros amigos.

Me giré despacio hacia él, sorprendida y emocionada a la vez.

—¿Me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo?

Brody soltó una risa suave, un poco avergonzada.

—Lo que intento decir es que me encantaría pasar el resto de mi vida contigo, Bella. Pero no quiero asustarte ni presionarte, solo...

—No me asusta —lo interrumpí con suavidad, acariciándole los dedos—. Me encanta esa idea.

Brody detuvo el coche frente a mi apartamento y me miró con una sonrisa cálida, llena de promesas.

—¿En serio?

—Completamente en serio.

Su sonrisa se hizo aún más grande antes de inclinarse para besarme otra vez, despacio y a fondo.

Y mientras subíamos las escaleras hacia casa, con Brody sosteniéndome la mano y Regaliz esperándonos al otro lado de la puerta, supe que todo lo vivido había valido la pena.

Porque al final tenía exactamente lo que siempre había deseado.

Amor, libertad y felicidad.

Extra



Bella

—Vale, empieza a hablar —le ordené a Sue con curiosidad divertida nada más sentarnos en nuestra mesa favorita del pequeño restaurante vegetariano donde habíamos quedado—. Desde que me mandaste ese mensaje tan críptico llevo toda la mañana comiéndome la cabeza. ¿Qué ha pasado?

Sue respiró hondo, echó un vistazo rápido alrededor y se inclinó hacia mí con una sonrisa traviesa.

—No te lo vas a creer.

—Pruébalo —respondí riéndome mientras daba un sorbo a mi té.

Sue se aclaró la garganta y se sonrojó un poco.

—¿Te acuerdas de lo que te conté sobre esa app de citas que me descargué?

—Sí. Dijiste que estabas intentando conocer a alguien para practicar y mejorar en... —bajé la voz, divertida— ya sabes, temas sexuales.

Sue asintió con una pequeña mueca de vergüenza.

—Exacto. Pues hace un par de noches quedé con un chico con el que llevaba días hablando. Por mensajes parecía simpático, aunque tampoco era Brad Pitt, claro. Pero cuando llegó...

Fruncí un poco el ceño.

—¿Qué pasó? ¿Te hizo algo?

—¡No! —respondió enseguida—. No fue eso. Simplemente era un auténtico desastre. Te juro que no había visto a nadie tan aburrido, grosero e insoportable desde aquel tipo con el que salí hace un par de años. ¿Te acuerdas?

—Oh, sí que me acuerdo —respondí divertida—. El horroroso de la colección de sellos.

Sue soltó una risa.

—Pues este era incluso peor. Tan pesado que no sabía cómo quitármelo de encima sin montar una escena. Y justo cuando estaba a punto de perder toda esperanza, lo vi.

Alcé una ceja, intrigada.

—¿A quién?

—A Liam McRae.

Abrí mucho los ojos.

—¿Liam? ¿Nuestro Liam? ¿El hermano de Brody?

—El mismo —dijo Sue con una risita—. Estaba solo en la barra y, en cuanto lo reconocí, no me lo pensé dos veces. Me acerqué, y le pedí ayuda discretamente. En serio, Bella, me salvó la vida.

Sonreí al imaginarme la escena.

—¿Y cómo reaccionó Liam?

—Como un caballero —respondió, claramente impresionada—. No solo me ayudó a librarme del tipo insoportable, sino que luego nos quedamos hablando y tomando algo. Bueno... bastante más que algo. Liam es muy distinto a como yo pensaba.

—Lo es —admití con cariño—. Es un buen tipo.

Sue se sonrojó todavía más.

—Lo mejor fue que empezó a preguntarme qué hacía allí y, no sé cómo, acabé contándole lo de mi plan para mejorar en las relaciones sexuales. Te juro que no sé de dónde saqué el valor, pero Liam es de esas personas que hacen que te sientas cómoda contándole cualquier cosa.

—Eso es verdad —dije con suavidad, animándola a seguir.

Sue se mordió el labio inferior, claramente avergonzada y emocionada a la vez.

—Bueno... después de soltarle todo eso, Liam se quedó mirándome unos segundos con esa sonrisa suya tan... desconcertante. Y entonces dijo: «Si quieres practicar de verdad y aprender en serio, quizá debería ayudarte alguien con experiencia. Alguien como yo».

Abrí más los ojos, notando cómo se me escapaba una sonrisa.

—¿Liam te propuso ayudarte con... eso?

Sue asintió despacio, todavía mordiéndose el labio, con una sonrisa nerviosa y traviesa asomándole en la boca.

—Sí. Y añadió que él estaba disponible y encantado de compartir sus conocimientos.

Solté una carcajada asombrada, tapándome la boca con la mano.

—No me lo puedo creer. ¿Y tú qué le dijiste?

Sue bajó la vista, con las mejillas completamente encendidas.

—¿Que podía decirle? Pues que aceptaba. No todos los días alguien como Liam McRae se ofrece a ser tu profesor sexual.

La miré unos segundos más, entre divertida y sorprendida, antes de echarme a reír.

Algo me decía que mi mejor amiga estaba a punto de meterse en un lío del que no iba a querer salir en muchísimo tiempo.

¿ME DEJAS UNAS ESTRELLITAS?



Puede que no lo sepas, pero cada valoración y reseña que dejas en Amazon tiene un impacto enorme.

Es como si dijeras: «Esta historia me llegó, y quiero que más lectoras puedan descubrirla».

No hace falta escribir un texto largo; una frase, una emoción, incluso solo las estrellas... todo ayuda muchísimo.

Eso sí, hay algo importante que quizá no sabías: en Amazon, una valoración por debajo de 4 estrellas se interpreta como que el libro no te ha gustado, aunque tú solo quieras expresar que te gustó «un poquito menos».

Por eso, si disfrutaste la lectura, dejar 4 o 5 estrellas ayuda a que la historia pueda seguir llegando a más lectoras.

Gracias, de corazón, por cada palabra, cada reseña y cada gesto de cariño.

Detrás de cada historia hay una autora que sonríe al leerte.

¡MUCHAS GRACIAS!

SINOPSIS

Liam, millonario y seductor

Una mujer que quiere soltarse de una vez. Un escocés encantador con demasiada experiencia. Y una propuesta indecente que ninguno de los dos va a olvidar.

Soy Sue Graham. Prudente, dulce, y probablemente la última persona del mundo que pensó que acabaría metida en algo así.

Solo quería ganar un poco de experiencia.

Perder la vergüenza.

Dejar de sentirme la torpe de la historia cada vez que intento acostarme con un hombre.

Lo que no esperaba era cruzarme con Liam McRae.

Hermano de los dueños de Dunbrae.

Irresistible. Descarado. Y peligrosamente bueno haciendo que una mujer se sienta cómoda.

Él apareció justo cuando más lo necesitaba.

Me salvó de una cita espantosa, me hizo reír cuando quería salir corriendo... y después me lanzó una propuesta que ninguna mujer sensata rechazaría.

Ser el encargado de enseñarme todo lo que necesito.

Y ahora no dejo de pensar en su sonrisa, en su seguridad insolente y en lo fácil que hace parecer todo lo que a mí siempre me ha dado miedo.

Yo solo quería practicar.

Lo que encontré... fue a un escocés dispuesto a enseñarme mucho más que eso.

Lo que encontrarás en esta historia:

- ✓ Un escocés encantador, experto y absolutamente irresistible.
- ✓ Una protagonista dulce y tímida dispuesta a salir de su zona de confort.
- ✓ Química explosiva, tensión juguetona y una propuesta imposible de ignorar.
- ✓ Humor, deseo y una conexión que promete complicarlo todo.
- ✓ Un romance sexy, adictivo y con muchísimo potencial McRae.

ÚNETE AL CLUB DE LAS PRINCESAS MODERNAS!

¡Hola, princesa!

Si habéis llegado hasta aquí, primero de todo: ¡GRACIAS! De verdad, gracias por haberme regalado vuestro tiempo, por confiar en mí para acompañaros durante todas estas páginas y por enamoraros conmigo de Bella y Brody.

Escribir esta novela ha sido una aventura preciosa, intensa y muy especial. Os confieso que estos personajes me han dado algún que otro dolor de cabeza (y más de una noche sin dormir, creedme), pero también me han regalado risas, emociones y momentos muy bonitos que han quedado en mi corazón para siempre.

Para mí, cada libro que escribo es como compartir un pedacito de mi alma con vosotras. Y esta historia especialmente me ha enseñado que a veces la vida nos pone pruebas complicadas en el camino, pero también nos da la oportunidad de ser valientes, de luchar por lo que soñamos y, sobre todo, de creer que los finales felices existen, aunque a veces haya que pelearlos un poquito más.

Espero de verdad que hayáis disfrutado la lectura tanto como yo lo he hecho al escribirla, y sobre todo, que os haya llegado al corazón de alguna manera. Porque al final ese es mi mayor sueño: llegar a vosotras y dejar un poquito de magia en vuestro día a día.

Me encantaría leer vuestros comentarios, saber qué habéis sentido, qué personaje os ha robado más sonrisas o lágrimas, o simplemente charlar un ratito sobre lo que más os ha gustado.

Gracias infinitas por ser parte de este viaje conmigo. Sois increíbles y no puedo estar más feliz y agradecida de que mis historias hayan llegado a vuestras manos.

Un abrazo muy fuerte y lleno de cariño,

Leila Yoon

P.D. Sígueme en redes sociales.

Instagram: <https://www.instagram.com/leilayoonautora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/profile.php?id=61572377692065>

Date de alta en mi boletín de novedades y recibirás un relato gratis:

<https://www.leilayoon.com/>

MIS NOVELAS

SERIE MILLONARIOS INSOPORTABLES DE MANHATTAN

- Un acuerdo millonario**
- Un contrato millonario**
- Un deseo millonario**
- Un problema millonario**
- Un error millonario**
- Un sueño millonario**
- Un desafío millonario**
- Un sabor millonario**

[Aquí para leer la serie](#)

SERIE HEREDEROS MILLONARIOS DE MANHATTAN

- Millonario irresistible**
- Millonario arrogante**
- Millonario encantador**
- Millonario provocador**
- Millonario insaciable**

[Aquí para leer la serie](#)

SERIE REGÁLAME UN CEO POR NAVIDAD

- Novia del CEO por Navidad**
- Atrapada con el CEO por Navidad**

[Aquí para leer la serie](#)